CIRANO DE BERGERAC

Cyrano de Bergerac



EDMOND ROSTAND

Comedia heroica en cinco actos

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *Cyrano de Bergerac*, comedia heroica en cinco actos de Edmond Rostand (1868-1918), estrenada en París en 1897. La obra original, en francés, es de dominio público. No hay resúmenes ni recortes. El texto base es la versión inglesa de Gladys Thomas y Mary F. Guillemard (Project Gutenberg, eBook n.º 1254), que sirvió de punto de partida; no se reproducen sus avisos de edición electrónica. La traducción al español es un trabajo nuevo.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica, línea por línea. Rostand escribió la obra en versos alejandrinos rimados; aquí las partes en verso se mantuvieron como versos, pero libres: no se respetó la métrica ni la rima estricta del original. Los pasajes más célebres (la tirada de la nariz, la balada del duelo, el «No, gracias», la canción de los cadetes) se tradujeron verso a verso.

Cirano, Roxana y Cristián se tutean; los demás personajes se hablan de «usted», y los cadetes, como grupo, reciben el «ustedes». Los nombres propios se pasaron a su forma española (Cirano, Cristián, Roxana); Le Bret, De Guiche y Ragueneau se conservan. Los juramentos gascones (*Mordioux*, *Ventrebieu*, *Morbleu*) y algunas frases en francés se dejaron en su idioma.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic. Las decisiones principales se explican en las «Notas de la traducción».

Personajes

Cirano de Bergerac, poeta, soldado y espadachín

Cristián de Neuvillette, joven gascón, cadete

El conde de Guiche, enamorado de Roxana

Ragueneau, pastelero y amigo de los poetas

Le Bret, oficial, amigo fiel de Cirano

Carbon de Castel-Jaloux, capitán de los cadetes de Gascuña

Lignière, poeta y bebedor

De Valvert, vizconde

Montfleury, actor

Bellerose, director de la compañía

Jodelet, actor

Cuigy y Brissaille, caballeros

Roxana, prima de Cirano

La hermana Marta, la madre Margarita y la hermana Clara, monjas de la Santa Cruz

Lise, esposa de Ragueneau

La dueña, acompañante de Roxana

Además: el portero, lacayos, un pesado, un mosquetero, burgueses, un ratero, Bertrand el pífano, un monje, los poetas, los pasteleros, pajes, marqueses, cadetes de Gascuña, soldados y espectadores.

ESCENA: París, 1640; el sitio de Arras, 1640; París, 1655.

Índice

ACTO PRIMERO 5

ACTO SEGUNDO 69

ACTO TERCERO 128

ACTO CUARTO 183

ACTO QUINTO 243

Notas de la traducción 274

ACTO PRIMERO

Una función en el Hôtel de Bourgogne

La sala del Hôtel de Bourgogne, en 1640. Una especie de frontón de pelota, dispuesto y decorado para una representación teatral.

La sala es oblonga y se ve en diagonal, de modo que uno de sus lados forma el fondo de la derecha del primer plano y, al juntarse con el fondo izquierdo, hace un ángulo con el escenario, que se ve en parte.

A ambos lados del escenario hay bancos. El telón está compuesto por dos tapices que pueden correrse. Sobre un manto de arlequín están las armas reales. Anchos escalones llevan del escenario a la sala; a cada lado de ellos están los puestos de los violinistas. Candilejas.

Dos hileras, una sobre otra, de galerías laterales: la más alta dividida en palcos. No hay asientos en el patio de la sala, que es el verdadero escenario del teatro; al fondo del patio, es decir, en el primer plano derecho, unos bancos que forman gradas y, debajo, una escalera que lleva a los asientos altos. Un buffet improvisado, adornado con arañitas, jarrones, vasos, platos de tartas, pasteles, botellas, etc.

La entrada del teatro está en el centro del fondo, bajo la galería de los palcos. Una gran puerta, entreabierta para dejar pasar a los espectadores. En los paneles de esta puerta, en diversos rincones, y sobre el buffet, hay carteles rojos con las palabras «La Clorise».

Al levantarse el telón, la sala está en penumbra y aún vacía. Las arañas están bajadas en medio del patio, listas para ser encendidas.

ESCENA I

El público, que llega poco a poco. Soldados, burgueses, lacayos, pajes, un ratero, el portero, etc., seguidos de los marqueses. Cuigy, Brissaille, la muchacha del buffet, los violinistas, etc.

(Se oye fuera de la puerta una confusión de voces fuertes. Un soldado entra apresuradamente.)

EL PORTERO
(Siguiéndolo.) ¡Eh! ¡Usted! ¡Su dinero!

EL SOLDADO
Yo entro gratis.

EL PORTERO
¿Por qué?

EL SOLDADO
¿Por qué? ¡Soy de la Caballería de la Casa del Rey, por mi fe!

EL PORTERO
(A otro soldado que entra.) ¿Y usted?

SEGUNDO SOLDADO
Yo no pago nada.

EL PORTERO
¿Cómo es eso?

SEGUNDO SOLDADO
Soy mosquetero.

PRIMER SOLDADO
(Al segundo.) La función no empezará hasta las dos. El patio está vacío. Vamos, un asalto de florete para pasar el rato.

(Se baten con los floretes que han traído.)

UN LACAYO
(Entrando.) Pst... ¡Flanquin...!

OTRO
(Ya allí.) ¿Champán?...

EL PRIMERO
(Mostrándole naipes y dados que saca del jubón.) Mira, aquí hay naipes y dados.

(Se sienta en el suelo.)

Vamos a jugar.

EL SEGUNDO
(Haciendo lo mismo.) Bien; ¡cuenta conmigo, bribón!

PRIMER LACAYO
(Sacando del bolsillo un cabo de vela, que enciende y clava en el suelo.) ¡Me tomé la libertad de proveerme de luz a costa de mi amo!

UN GUARDIA
(A una muchacha de tienda que se acerca.) ¡Qué bien hecho, venir antes de que enciendan las luces!

(La toma por la cintura.)

UNO DE LOS ESGRIMISTAS
(Recibiendo una estocada.) ¡Tocado!

UNO DE LOS JUGADORES DE NAIPES
¡Bastos!

EL GUARDIA
(Siguiendo a la muchacha.) ¡Un beso!

LA MUCHACHA DE TIENDA
(Esforzándose por soltarse.) ¡Nos miran!

EL GUARDIA

(Llevándola a un rincón oscuro.) ¡No hay miedo! ¡Nadie puede ver!

UN HOMBRE

(Sentado en el suelo con otros, que han traído sus provisiones.) Llegando temprano, uno puede comer a gusto.

UN BURGUÉS

(Conduciendo a su hijo.) Sentémonos aquí, hijo.

UN JUGADOR DE NAIPES

¡Trío de ases!

UN HOMBRE

(Sacando una botella de debajo de la capa y sentándose también en el suelo.) ¡Un bebedor bien puede empinar su Borgoña

(bebe)

en el Hotel de Borgoña!

EL BURGUÉS

(A su hijo.) ¡Por mi fe! ¡Cualquiera diría que ha caído en una mala casa!

(Señala con el bastón al borracho.)

¡Con tanto bebedor!

(Uno de los esgrimistas, al apartarse, lo empuja.)

¡Pendencieros!

(Tropieza en medio de los jugadores.)

¡Tahúres!

EL GUARDIA

(Detrás de él, sin dejar de molestar a la muchacha.) Vamos, un beso.

EL BURGUÉS

(Sacando apresuradamente a su hijo.) ¡Por todos los santos! Y este, hijo mío, es el teatro donde antaño se representaba a Rotrou.

EL JOVEN

¡Sí, y a Corneille!

UNA TROPA DE PAJES

(Entran bailando la farándola, de la mano, y cantando.) Tra la la, la la la la, lere...

EL PORTERO

(Severo, a los pajes.) ¡Pajes, nada de travesuras!...

PRIMER PAJE

(Con aire de dignidad ofendida.) ¡Oh, señor! ¡Qué sospecha!...

(Vivamente, al segundo paje, en cuanto el portero vuelve la espalda.)

¿Tienes cuerda?

EL SEGUNDO

Sí, y un anzuelo con ella.

PRIMER PAJE

Entonces podremos pescar pelucas allá arriba, en la galería.

UN RATERO
(Reuniendo a su alrededor a unos jóvenes de mala catadura.) Escuchen, jóvenes cortabolsas, presten oído mientras les doy su primera lección de hurto.

SEGUNDO PAJE
(Llamando a otros en las galerías altas.) ¡Eh, ustedes! ¿Tienen cerbatanas?

TERCER PAJE
(Desde arriba.) ¡Sí, y también guisantes!

(Sopla y los acribilla con guisantes.)

EL JOVEN
(A su padre.) ¿Qué obra nos dan?

EL BURGUÉS
«Clorise».

EL JOVEN
¿Quién será el autor?

EL BURGUÉS
El maestro Balthazar Baro. ¡Es una obra!...

(Se va del brazo con su hijo.)

EL RATERO
(A sus alumnos.) Cuidado, sobre todo, con los encajes de las rodilleras: ¡córtenlos!

UN ESPECTADOR
(A otro, mostrándole un rincón de la galería.) Yo estuve allí arriba la primera noche del «Cid».

EL RATERO
(Haciendo con los dedos el gesto de hurtar.) Así para los relojes...

EL BURGUÉS

(Volviendo a bajar con su hijo.) ¡Ah! Enseguida verá usted a unos actores famosos...

EL RATERO

(Haciendo los gestos de quien tira de algo a escondidas, con pequeños tirones.) Así para los pañuelos...

EL BURGUÉS

Montfleury...

ALGUIEN

(Gritando desde la galería alta.) ¡Enciendan las luces, abajo!

EL BURGUÉS

...¡Bellerose, L'Épy, La Beauprè, Jodelet!

UN PAJE

(En el patio.) ¡Aquí viene la muchacha del buffet!

LA MUCHACHA DEL BUFFET

(Tomando su puesto tras el buffet.) ¡Naranjas, leche, agua de frambuesa, amargos de cidra!

(Se oye un alboroto fuera de la puerta.)

UNA VOZ DE FALSETE

¡Hagan sitio, brutos!

UN LACAYO

(Asombrado.) ¡Los marqueses! ¿En el patio?...

OTRO LACAYO

¡Oh, solo por uno o dos minutos!

(Entra una pandilla de jóvenes marqueses.)

UN MARQUÉS

(Viendo que la sala está medio vacía.) ¡Cómo! ¡Así que hacemos nuestra entrada como un hatajo de pañeros! ¡Pacíficamente, sin molestar a la gente ni pisarle los pies! ¡Ay, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

(Reconociendo a otros caballeros que han entrado un poco antes que él.)

¡Cuigy! ¡Brissaille!

(Saludos y abrazos.)

CUIGY

¡Fieles a la palabra!... A fe mía, estamos aquí antes de que enciendan las velas.

EL MARQUÉS

¡Sí, por cierto! ¡Basta! Estoy de mal humor.

OTRO

¡No, no, marqués! ¡Mire, para su consuelo, vienen a encender!

TODO EL PÚBLICO

(Acogiendo la entrada del encendedor.) ¡Ah!...

(Se agrupan alrededor de las arañas a medida que las encienden. Algunas personas han ocupado sus asientos en las galerías. Lignière, un calavera de aspecto distinguido, con la pechera desordenada, del brazo de Cristián de Neuvillette. Cristián, que va vestido con elegancia, pero algo pasado de moda, parece preocupado y no deja de mirar los palcos.)

ESCENA II

Los mismos. Cristián, Lignière, luego Ragueneau y Le Bret.

CUIGY
¡Lignière!

BRISSAILLE
(Riendo.) ¿Aún no está borracho?

LIGNIÈRE
(Aparte, a Cristián.) ¿Puedo presentarte?

(Cristián asiente.)

El barón de Neuvillette.

(Saluda.)

EL PÚBLICO
(Aplaudiendo al encenderse y subir la primera araña.) ¡Ah!

CUIGY
(A Brissaille, mirando a Cristián.) ¡Es un joven apuesto!

PRIMER MARQUÉS
(Que lo ha oído.) ¡Bah!

LIGNIÈRE
(Presentándolos a Cristián.) Mis señores de Cuigy, de Brissaille...

CRISTIÁN
(Saludando.) ¡Encantado!...

PRIMER MARQUÉS
(Al segundo.) No está mal de aspecto, pero ciertamente no va vestido a la última moda.

LIGNIÈRE
(A Cuigy.) Este caballero viene de Turena.

CRISTIÁN
Sí, apenas llevo veinte días en París; mañana ingreso en la Guardia, en los Cadetes.

PRIMER MARQUÉS
(Mirando a la gente que entra en los palcos.) Ahí está la esposa del Presidente del Tribunal.

LA MUCHACHA DEL BUFFET
Naranjas, leche...

LOS VIOLINISTAS
(Afinando.) La, la...

CUIGY
(A Cristián, señalando la sala, que se llena rápidamente.) Está lleno.

CRISTIÁN
Sí, en efecto.

PRIMER MARQUÉS
¡Toda la gente importante!

(Reconocen y nombran a las distintas damas elegantes que entran en los palcos, saludándolas con reverencias. Las damas responden con sonrisas.)

SEGUNDO MARQUÉS
La señora de Guéménée.

CUIGY
La señora de Bois-Dauphin.

PRIMER MARQUÉS
¡Adorada por todos nosotros!

BRISSAILLE
La señora de Chavigny...

SEGUNDO MARQUÉS
¡Que juega con nuestros pobres corazones!...

LIGNIÈRE
¡Ja! ¡Así que el señor de Corneille ha vuelto de Ruan!

EL JOVEN
(A su padre.) ¿Está aquí la Academia?

EL BURGUÉS
Oh, sí, veo a varios de ellos. Allí están Boudu, Boissat, y Cureau de la Chambre, Porchères, Colomby, Bourzeys, Bourdon, Arbaud... todos nombres que perdurarán. ¡Qué bien!

PRIMER MARQUÉS
¡Atención! Aquí vienen nuestras preciosas: Barthénoïde, Urimédonte, Cassandace, Félixerie...

SEGUNDO MARQUÉS
¡Ah! ¡Qué exquisitos son sus nombres de fantasía! ¿Las conoce a todas, marqués?

PRIMER MARQUÉS
Sí, marqués, ¡a todas!

LIGNIÈRE
(Llevando aparte a Cristián.) Amigo, solo vine aquí para darte gusto. La dama no viene. Me volveré a mi vicio favorito.

CRISTIÁN
(Persuasivo.) ¡No, no! Usted, que es el rimador de baladas de la Corte y de la Ciudad por igual, puede decirme mejor que nadie quién es la dama por quien muero de amor. Quédese un momento más.

EL PRIMER VIOLÍN
(Golpeando el atril con el arco.) ¡Señores violinistas!

(Alza el arco.)

LA MUCHACHA DEL BUFFET
Macarrones, limonada...

(Los violines empiezan a tocar.)

CRISTIÁN
¡Ah! ¡Temo que sea coqueta, y demasiado delicada y exigente! Yo, tan pobre de ingenio, ¿cómo me atreveré a hablarle? ¿Cómo dirigirme a ella? Este lenguaje que se habla hoy, y se escribe, me confunde; soy solo un soldado honrado, y además tímido. Ella ocupa siempre su sitio, allí, a la derecha: ¡el palco vacío, vea!

LIGNIÈRE
(Haciendo ademán de irse.) Debo irme.

CRISTIÁN
(Deteniéndolo.) No, quédese.

LIGNIÈRE
No puedo. D'Assoucy me espera en la taberna, y aquí uno se muere de sed.

LA MUCHACHA DEL BUFFET
(Pasando ante él con una bandeja.) ¿Agua de naranja?

LIGNIÈRE
¡Puf!

LA MUCHACHA DEL BUFFET
¿Leche?

LIGNIÈRE
¡Bah!

LA MUCHACHA DEL BUFFET
¿Rivesaltes?

LIGNIÈRE
Espera.

(A Cristián.)

Me quedaré un rato. Déjame probar este rivesaltes.

(Se sienta junto al buffet; la muchacha le sirve una copa.)

GRITOS
(De todo el público, a la entrada de un hombrecillo regordete, alegremente agitado.) ¡Ah! ¡Ragueneau!

LIGNIÈRE
(A Cristián.) Es el famoso pastelero Ragueneau.

RAGUENEAU
(Vestido con el traje de domingo de un pastelero, acercándose rápido a Lignière.) Señor, ¿ha visto al señor de Cirano?

LIGNIÈRE
(Presentándoselo a Cristián.) ¡El pastelero de los actores y de los poetas!

RAGUENEAU
(Abrumado.) Me hace usted demasiado honor...

LIGNIÈRE
¡Calle, calle, Mecenas que es usted!

RAGUENEAU
Es cierto, estos señores me emplean...

LIGNIÈRE
¡A crédito!

Él mismo es un poeta de bastante talento...

RAGUENEAU
Así me dicen.

LIGNIÈRE
¡Loco por la poesía!

RAGUENEAU
Es verdad que, por una odita...

LIGNIÈRE
Das una tarta...

RAGUENEAU
¡Oh! ¡Una tartita!

LIGNIÈRE
¡Valiente! ¡Quiere excusarse!

Y por un triolet, ¿no diste a cambio...?

RAGUENEAU
¡Unos panecillos!

LIGNIÈRE
(Severo.) ¡Eran bollos de leche! ¿Y el teatro, que tanto amas?

RAGUENEAU
¡Oh! ¡A la locura!

LIGNIÈRE
¿Cómo pagas tus entradas, eh? Con pasteles. Tu localidad de esta noche, dime al oído, ¿cuánto te costó?

RAGUENEAU
Cuatro natillas y quince buñuelos de crema.

(Mira a su alrededor.)

¿No está aquí el señor de Cirano? Es extraño.

LIGNIÈRE
¿Por qué?

RAGUENEAU
¡Actúa Montfleury!

LIGNIÈRE
Sí, es cierto que ese viejo tonel de vino hará hoy el papel de Fedón; pero ¿qué le importa eso a Cirano?

RAGUENEAU
¿Cómo? ¿No lo sabe? Le tiene un odio ardiente a Montfleury y por eso le ha prohibido estrictamente mostrar la cara en el escenario durante un mes entero.

LIGNIÈRE
(Bebiendo su cuarta copa.) ¿Y bien?

RAGUENEAU
¡Montfleury va a actuar!

CUIGY
No puede impedirlo.

RAGUENEAU
¡Oh, oh! ¡A eso he venido, a verlo!

PRIMER MARQUÉS
¿Quién es ese Cirano?

CUIGY
Un tipo muy diestro en todas las tretas de la esgrima.

SEGUNDO MARQUÉS
¿Es de noble cuna?

CUIGY
Sí, bastante noble. Es cadete en la Guardia.

(Señalando a un caballero que va y viene por la sala como si buscara a alguien.)

Pero su amigo Le Bret, allí, es quien mejor puede decírselo.

(Lo llama.)

¡Le Bret!

(Le Bret se acerca.)

¿Busca a De Bergerac?

LE BRET
Sí, estoy inquieto...

CUIGY
¿No es verdad que es el más extraño de los hombres?

LE BRET
(Con ternura.) ¡Verdad, y que es el más selecto de los seres de la tierra!

RAGUENEAU
¡Poeta!

CUIGY
¡Soldado!

BRISSAILLE
¡Filósofo!

LE BRET
¡Músico!

LIGNIÈRE
¡Y de qué fantástica presencia!

RAGUENEAU

¡A fe mía, hasta nuestro severo pintor Philippe de Champaigne tendría dificultad para retratarlo! Creo que, caprichoso, salvaje, cómico como es, solo Jacques Callot, ya muerto y enterrado, habría tenido mejor suerte, y habría hecho de él el más loco peleador de toda su tropa de enmascarados, con su sombrero de tres plumas y su jubón de seis puntas, ¡con la punta de la espada asomando bajo la capa como la insolente cola de un gallo! ¡Es más orgulloso que todos los fieros Artabanes de los que Gascuña ha sido y será la fecunda madre! Sobre su gorguera de Tobías lleva ¡una nariz! ¡Ah, buenos señores, qué nariz! Al verla uno tiene ganas de gritar: «¡No, es demasiado! ¡Nos gasta una broma!». Entonces uno ríe y dice: «Se la quitará enseguida». ¡Pero no! El señor de Bergerac la lleva siempre puesta.

LE BRET

(Echando la cabeza atrás.) ¡La lleva puesta y parte en dos a cualquier hombre que se atreva a mencionarla!

RAGUENEAU

(Con orgullo.) ¡Su espada es una mitad de las tijeras de las Parcas!

PRIMER MARQUÉS

(Encogiéndose de hombros.) ¡No vendrá!

RAGUENEAU

¡Digo que sí! Y apuesto una gallina, a la Ragueneau.

EL MARQUÉS

(Riendo.) ¡Bien!

(Murmullos de admiración en la sala. Roxana acaba de aparecer en su palco. Se sienta delante, la dueña detrás. Cristián, que

está pagando a la muchacha del buffet, no ve su entrada.)

SEGUNDO MARQUÉS

(Con gritos de alegría.) ¡Ah, señores! ¡Es espantosamente, terriblemente encantadora!

PRIMER MARQUÉS

¡Al mirarla uno piensa en un durazno que sonríe a una fresa!

SEGUNDO MARQUÉS

¡Y qué frescura! Un hombre que se le acerque demasiado podría coger un mal enfriamiento en el corazón.

CRISTIÁN

(Alzando la cabeza, ve a Roxana y agarra a Lignière del brazo.) ¡Es ella!

LIGNIÈRE

¡Ah! ¿Es ella?

CRISTIÁN

Sí, dime rápido, tengo miedo.

LIGNIÈRE

(Probando su rivesaltes a sorbos.) ¡Magdeleine Robin, llamada Roxana! Un ingenio sutil, una preciosa.

CRISTIÁN

¡Ay de mí!

LIGNIÈRE

Libre. Huérfana. La prima de Cirano, de quien hablábamos hace un momento.

(En ese momento un noble elegante, con una cinta azul cruzada sobre el pecho, entra en el palco y habla con Roxana, de pie.)

CRISTIÁN

(Sobresaltado.) ¿Quién es aquel hombre?

LIGNIÈRE

(Que se va poniendo achispado, guiñándole un ojo.) ¡Ja, ja! El conde de Guiche. Enamorado de ella. Pero casado con la sobrina de Armand de Richelieu. Querría casar a Roxana con un pobre diablo, un tal señor de Valvert, vizconde y... ¡complaciente! Ella no quiere saber nada de ese trato; pero De Guiche es poderoso y puede perseguir a la hija de un simple caballero sin título. Además, yo mismo he expuesto al mundo este astuto plan suyo en una canción que... ¡Jo! ¡Debe de estar furioso conmigo! El final dio en el blanco... ¡Escucha!

(Se levanta tambaleándose y alza la copa, dispuesto a cantar.)

CRISTIÁN

No. Buenas noches.

LIGNIÈRE

¿Adónde vas?

CRISTIÁN

¡Al señor de Valvert!

LIGNIÈRE

¡Cuidado! Él es quien te matará.

(Mostrándole a Roxana con la mirada.)

Quédate donde estás: ella te está mirando.

CRISTIÁN

¡Es verdad!

(Se queda mirándola. El grupo de rateros, al verlo así, con la cabeza alta y la boca abierta, se le acerca.)

LIGNIÈRE
Soy yo quien se va. ¡Tengo sed! ¡Y me esperan en las tabernas!

(Sale tambaleándose.)

LE BRET
(Que ha recorrido toda la sala y vuelve donde Ragueneau, tranquilizado.) No hay señal de Cirano.

RAGUENEAU
(Incrédulo.) Aun así...

LE BRET
Me queda una esperanza: ¡que no haya visto el cartel!

EL PÚBLICO
¡Que empiece, que empiece!

ESCENA III

Los mismos, menos Lignière. De Guiche, Valvert, luego Montfleury.

UN MARQUÉS
(Observando a De Guiche, que baja del palco de Roxana y cruza el patio rodeado de nobles serviles, entre ellos el vizconde de Valvert.) ¡Qué buena corte hace su De Guiche!

OTRO
¡Puaj!... ¡Otro gascón!

EL PRIMERO
¡Sí, pero el gascón frío y flexible: de esa materia está hecho el éxito! Créanme, más nos vale saludarlo.

(Van hacia De Guiche.)

SEGUNDO MARQUÉS

¡Qué hermosas cintas! ¿Cómo llama usted a ese color, conde de Guiche? ¿«Bésame, mi amor» o «Cervatillo tímido»?

DE GUICHE

Es el color llamado «Español enfermo».

PRIMER MARQUÉS

¡A fe mía! El color dice la verdad, pues, gracias a su valor, las cosas pronto irán mal para España en Flandes.

DE GUICHE

¡Voy al escenario! ¿Vienen?

(Va hacia el escenario, seguido de los marqueses y caballeros. Volviéndose, llama.)

¡Venga usted, Valvert!

CRISTIÁN

(Que observa y escucha, se sobresalta al oír este nombre.) ¡El vizconde! ¡Ah! Le arrojaré en plena cara mi...

(Mete la mano en el bolsillo y encuentra allí la mano de un ratero que está a punto de robarle. Se vuelve.)

¿Eh?

EL RATERO

¡Oh!

CRISTIÁN

(Sujetándolo con fuerza.) Buscaba un guante.

EL RATERO

(Sonriendo lastimosamente.) Y encuentra una mano.

(Cambiando de tono, rápido y en un susurro.)

Suélteme y le entregaré un secreto.

CRISTIÁN
(Sin soltarlo.) ¿Cuál?

EL RATERO
Lignière... el que acaba de dejarlo...

CRISTIÁN
(Igual.) ¿Y bien?

EL RATERO
Su vida corre peligro. Una canción escrita por él ha ofendido a gente de arriba, y cien hombres, y yo soy uno de ellos, están apostados esta noche...

CRISTIÁN
¡Cien hombres! ¿Apostados por quién?

EL RATERO
No puedo decirlo: un secreto...

CRISTIÁN
(Encogiéndose de hombros.) ¡Oh!

EL RATERO
(Con gran dignidad.) ...De la profesión.

CRISTIÁN
¿Dónde están apostados?

EL RATERO
En la Puerta de Nesle. En su camino de regreso. Avíselo.

CRISTIÁN
(Soltándole las muñecas.) Pero ¿dónde puedo encontrarlo?

EL RATERO
Corra por todas las tabernas: el Lagar de Oro, la Piña, el Cinturón Reventado, las Dos Antorchas, los Tres Embudos, y en cada una deje un recado que lo ponga en guardia.

CRISTIÁN

¡Bien, vuelo! ¡Ah, los canallas! ¡Cien hombres contra uno!

(Mirando con amor a Roxana.)

¡Ah, dejarla!...

(mirando con rabia a Valvert)

¡y a él!... Pero debo salvar a Lignière.

(Sale apresuradamente. De Guiche, el vizconde y los marqueses han desaparecido todos tras el telón para ocupar sus asientos en los bancos puestos en el escenario. El patio está completamente lleno; las galerías y los palcos también están abarrotados.)

EL PÚBLICO

¡Que empiece!

UN BURGUÉS

(Cuya peluca es izada en el extremo de una cuerda por un paje de la galería alta.) ¡Mi peluca!

GRITOS DE REGOCIJO

¡Es calvo! ¡Bravo, pajes, ja, ja, ja!...

EL BURGUÉS

(Furioso, agitando el puño.) ¡Joven bribón!

RISAS Y GRITOS

(Que empiezan muy fuertes y se van apagando gradualmente.) ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

(Silencio total.)

LE BRET

(Asombrado.) ¿Qué significa este súbito silencio?...

(Un espectador le dice algo en voz baja.)

¿Es verdad?

EL ESPECTADOR

Acabo de oírlo de buena fuente.

MURMULLOS

(Que se extienden por la sala.) ¡Silencio! ¿Es él? ¡No! ¡Sí, digo!

¡En el palco con rejas delante!

¡El Cardenal! ¡El Cardenal! ¡El Cardenal!

UN PAJE

¡Diablos! Tendremos que portarnos bien...

(Se oye un golpe en el escenario. Todos quedan inmóviles. Una pausa.)

LA VOZ DE UN MARQUÉS

(En el silencio, tras el telón.) ¡Despabilen esa vela!

OTRO MARQUÉS

(Asomando la cabeza por la abertura del telón.) ¡Una silla!

(Una silla pasa de mano en mano sobre las cabezas de los espectadores. El marqués la toma y desaparece, tras enviar unos besos a los palcos.)

UN ESPECTADOR

¡Silencio!

(Se oyen tres golpes en el escenario. El telón se abre por el centro. Cuadro. Los marqueses, en actitudes insolentes, sentados a cada lado del escenario. La escena representa un paisaje pastoril. Cuatro arañitas iluminan el escenario; los violines tocan suavemente.)

LE BRET

(En voz baja, a Ragueneau.)

¿Montfleury sale a escena?

RAGUENEAU
(También en voz baja.) Sí, él empieza.

LE BRET
Cirano no está aquí.

RAGUENEAU
He perdido mi apuesta.

LE BRET
¡Tanto mejor!

(Se oye un aire de gaita y entra Montfleury, enormemente gordo, con traje de pastor arcadio, un sombrero coronado de rosas caído sobre una oreja, soplando una gaita con cintas.)

EL PATIO
(Aplaudiendo.) ¡Bravo, Montfleury! ¡Montfleury!

MONTFLEURY
(Tras una profunda reverencia, empieza el papel de Fedón.) «Heureux qui loin des cours, dans un lieu solitaire, / Se prescrit à soi-même un exil volontaire, / Et qui, lorsque Zéphire a soufflé sur les bois...»

UNA VOZ
(Del medio del patio.) ¡Bribón! ¿No te prohibí mostrar la cara aquí durante un mes?

(Estupor general. Todos se vuelven. Murmullos.)

VARIAS VOCES
¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa?...

(La gente se pone de pie en los palcos para mirar.)

CUIGY
¡Es él!

LE BRET
(Aterrado.) ¡Cirano!

LA VOZ
¡Rey de los payasos! ¡Abandona el escenario ahora mismo!

TODO EL PÚBLICO
(Indignado.) ¡Oh!

MONTFLEURY
Pero...

LA VOZ
¿Te atreves a desafiarme?

VARIAS VOCES
(Del patio y los palcos.) ¡Paz! ¡Basta! ¡Siga, Montfleury, no tema nada!

MONTFLEURY
(Con voz trémula.) «Heureux qui loin des cours, dans un lieu sol...»

LA VOZ
(Más fiera.) ¡Bien! ¡Jefe de todos los bribones, tendré que ir a darte a probar mi bastón?

(Una mano que sostiene un bastón asoma sobre las cabezas de los espectadores.)

MONTFLEURY
(Con voz cada vez más temblorosa.) «Heureux qui...»

(El bastón se agita.)

LA VOZ
¡Fuera del escenario!

EL PATIO
¡Oh!

MONTFLEURY

(Ahogándose.) «Heureux qui loin des cours...»

CIRANO

(Apareciendo de pronto en el patio, de pie sobre una silla, los brazos cruzados, el sombrero ladeado con fiereza, el bigote erizado, la nariz terrible de ver.) ¡Ah! ¡Dentro de un minuto me voy a enfadar!...

(Sensación.)

ESCENA IV

Los mismos. Cirano, luego Bellerose, Jodelet.

MONTFLEURY

(A los marqueses.) ¡Vengan en mi ayuda, mis señores!

UN MARQUÉS

(Con indiferencia.) ¡Siga, siga!

CIRANO

¡Hombre gordo, ten cuidado! Si sigues,
me veré obligado a abofetearte la cara.

EL MARQUÉS

¡Basta!

CIRANO

Y si estos señores no callan la lengua,
me veré obligado a darles a probar mi bastón.

TODOS LOS MARQUESES

(Levantándose.) ¡Basta!... Montfleury...

CIRANO

Si no se va deprisa,
le cortaré las orejas y lo abriré en canal.

UNA VOZ
Pero...

CIRANO
¡Se va!

OTRA VOZ
Sin embargo...

CIRANO
¿No se ha ido todavía?

(Hace el ademán de arremangarse los puños.)

¡Bien! Subiré ahora al escenario, como a un buffet,
para trinchar esta hermosa salchicha italiana, ¡así!

MONTFLEURY
(Tratando de mantener la dignidad.) ¡Usted ultraja a Talía al insultarme!

CIRANO
(Muy cortés.)

Si esa Musa, señor, que no lo conoce en absoluto,
pudiera reclamar su trato, oh, créame
(viendo cuán panzudo, gordo y lento es usted),
¡que le haría probar la suela de su coturno!

EL PATIO
¡Montfleury! ¡Montfleury! ¡Vamos, la obra de Baro!

CIRANO
(A los que gritan.)

Les ruego que tengan cuidado: si siguen,
¡mi vaina pronto entregará su hoja!

(El círculo en torno a él se ensancha.)

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

LA MULTITUD

(Retrocediendo.) ¡Cuidado!

CIRANO

(A Montfleury.) ¡Fuera del escenario!

LA MULTITUD

(Acercándose y rezongando.) ¡Oh!...

CIRANO

¿Alguien habló?

(Retroceden de nuevo.)

UNA VOZ

(Cantando al fondo.)

El señor de Cirano
exhibe sus tiranías:
¡un higo para los tiranos! ¡Eh!
¡Vamos, dadnos «La Clorise»!

TODO EL PATIO

(Cantando.) ¡«La Clorise»! ¡«La Clorise»!...

CIRANO

Que oiga solo una vez más esa rima necia
y degüello a todos y cada uno de ustedes.

UN BURGUÉS

¡Oh! ¿Sansón?

CIRANO

¡Sí, Sansón! ¿Me presta su quijada, señor?

UNA DAMA

(En los palcos.) ¡Indignante!

UN SEÑOR

¡Escandaloso!

UN BURGUÉS
¡Es muy molesto!

UN PAJE
¡Buena diversión!

EL PATIO
¡Chss! Montfleury... ¡Cirano!

CIRANO
¡Silencio!

EL PATIO
(Enloquecido.) ¡Jo-o-o-o-o! ¡Cuac! ¡Quiquiriquí!

CIRANO
¡Ordeno...!

UN PAJE
¡Miau!

CIRANO
¡Ordeno silencio, a todos!
¡Y desafío al patio entero en conjunto!
¡Anoto sus nombres! Acérquense, jóvenes héroes,
¡cada uno a su turno! ¡Yo grito los números!
Ahora, ¿cuál de ustedes vendrá a abrir la liza?
¿Usted, señor? ¿No? ¿Usted? ¿No? ¡El primer duelista
será despachado por mí con los honores debidos!
¡Que levanten la mano todos los que anhelan la muerte!

(Silencio.)

¿Modestos? ¿Temen ver mi hoja desnuda?
¿Ni un nombre? ¿Ni una mano? Bien, ¡prosigo!

(Volviéndose hacia el escenario, donde Montfleury espera en una agonía.)

¡El teatro está demasiado lleno, congestionado, y yo querría despejarlo... Si no...

(Pone la mano en la espada.)

¡el cuchillo deberá actuar!

MONTFLEURY
Yo...

CIRANO
(Deja la silla y se coloca en medio del círculo que se ha formado.) Voy a dar tres palmadas, así, ¡luna llena! A la tercera palmada, ¡eclipsaos!

EL PATIO
(Divertido.) ¡Ah!

CIRANO
(Dando una palmada.) ¡Una!

MONTFLEURY
Yo...

UNA VOZ
(En los palcos.) ¡Quédese!

EL PATIO
Se queda... se va... se queda...

MONTFLEURY
Creo... Señores...

CIRANO
¡Dos!

MONTFLEURY
Creo que sería más prudente...

CIRANO
¡Tres!

(Montfleury desaparece como por una trampilla. Tempestad de risas, silbidos, gritos, etc.)

TODO EL TEATRO
¡Cobarde... vuelve!

CIRANO
(Encantado, se sienta de nuevo en su silla, con los brazos cruzados.) ¡Vuelva, si se atreve!

UN BURGUÉS
¡Que llamen al orador!

(Bellerose se adelanta y saluda.)

LOS PALCOS
¡Ah! ¡Aquí está Bellerose!

BELLEROSE
(Con elegancia.) Mis nobles señores...

EL PATIO
¡No, no! ¡Jodelet!

JODELET
(Adelantándose, hablando por la nariz.) ¡Ternera!

EL PATIO
¡Ah! ¡Bravo! ¡Bien! ¡Siga!

JODELET
¡Nada de bravos, señores!
El gordo trágico a quien todos ustedes quieren
sintió...

EL PATIO
¡Cobarde!

JODELET
...que se veía obligado a irse.

EL PATIO
¡Que vuelva!

ALGUNOS
¡No!

OTROS
¡Sí!

UN JOVEN
(A Cirano.) Pero dígame, señor, ¿por qué razón odia a Montfleury?

CIRANO
(Con amabilidad, aún sentado.)

Joven ganso, sepa
que tengo dos razones, y cualquiera basta.
Primero: un actor villano, que masca
y levanta como un cubo de un pozo
los versos que deberían volar como pájaros. Segundo...
¡Ese es mi secreto...!

EL VIEJO BURGUÉS
(Detrás de él.)

¡Vergonzoso! ¡Nos priva
de la «Clorise»! Debo insistir...

CIRANO
(Volviendo su silla hacia el burgués, respetuoso.)

¡Viejo mulo!
Los versos del viejo Baro no valen
ni un ardite! Me alegra interrumpir...

LAS PRECIOSAS
(En los palcos.)

¡Nuestro Baro!
¡Querida mía! ¿Cómo se atreve...?

CIRANO

(Volviendo su silla, galante, hacia los palcos.)

Bellísimas,
¡irradien, florezcan, ofrézcannos a los labios la copa
de sueños embriagadores, a lo Hebe!
O, cuando la muerte golpee, hechicen a la muerte con sus dulces sonrisas;
¡inspiren nuestro verso, pero no lo critiquen!

BELLEROSE

¡Tendremos que devolver las entradas!

CIRANO

(Volviendo su silla hacia el escenario.)

Bellerose,
¡hace el primer comentario inteligente!
¿Acaso rasgaría yo el manto sagrado de Tespis? ¡No!

(Se levanta y arroja una bolsa al escenario.)

¡Tome, pues, la bolsa que arrojo, y guarde silencio!

EL TEATRO

(Deslumbrado.) ¡Ah! ¡Oh!

JODELET

(Atrapando la bolsa con destreza y sopesándola.)

A este precio, tiene autoridad
para venir cada noche y detener «Clorise», señor.

EL PATIO

¡Jo!... ¡Jo! ¡Jo!...

JODELET

¡Aunque nos persiga en tropel!...

BELLEROSE

¡Despejen la sala!...

JODELET

¡Fuera todos de una vez!

(La gente empieza a salir, mientras Cirano mira con satisfacción. Pero la multitud pronto se detiene al oír la escena siguiente y se queda donde está. Las mujeres, que ya están de pie en los palcos con los mantos puestos, se detienen a escuchar y por fin vuelven a sentarse.)

LE BRET

(A Cirano.) ¡Es una locura!...

UN PESADO

(Acercándose a Cirano.)

¡El actor Montfleury! ¡Es vergonzoso!
¡Pero si lo protege el duque de Candal!
¿Tiene usted un mecenas?

CIRANO

¡No!

EL PESADO

¿No tiene mecenas?...

CIRANO

¡Ninguno!

EL PESADO

¿Cómo, ningún gran señor que lo proteja con su nombre?

CIRANO

(Irritado.)

¡No, ya se lo dije dos veces! ¿He de repetirlo?
¡No! Ningún protector...

(Con la mano en la espada.)

Una protectora... ¡aquí!

EL PESADO
Pero ¿tendrá usted que dejar la ciudad?

CIRANO
¡Bueno, eso depende!

EL PESADO
¡El Duque tiene el brazo largo!

CIRANO
Pero no tanto
como el mío, cuando se alarga...

(Muestra su espada.)

¡Así!

EL PESADO
¿Piensa no contender?

CIRANO
¡Esa es mi idea!

EL PESADO
Pero...

CIRANO
¡Muestre los talones! ¡Ahora!

EL PESADO
Pero yo...

CIRANO
¡O dígame por qué mira tanto mi nariz!

EL PESADO
(Aturdido.) Yo...

CIRANO
(Yendo derecho hacia él.) Bien, ¿qué tiene de extraño?

EL PESADO
(Retrocediendo.) ¡Su Gracia se equivoca!

CIRANO
¿Cómo así? ¿Es blanda y colgante, como una trompa?...

EL PESADO
(Igual.) Nunca...

CIRANO
¿Es ganchuda, como un pico de lechuza?

EL PESADO
Yo...

CIRANO
¿Ve una verruga en la punta?

EL PESADO
No...

CIRANO
¿O una mosca que toma el aire ahí? ¿Qué

hay que mirar?

EL PESADO
Oh...

CIRANO
¿Qué ve?

EL PESADO
Pero tuve cuidado de no mirar: sabía más.

CIRANO
¿Y por qué no mirarla, si me hace el favor?

EL PESADO
Yo estaba...

CIRANO
¡Oh! ¡Le da asco!

EL PESADO
¡Señor!

CIRANO
¿Su color

le parece malsano?

EL PESADO
¡Señor!

CIRANO
¿O su forma?

EL PESADO
¡No, al contrario!...

CIRANO
Entonces, ¿por qué ese aire

despectivo? ¿Quizá la cree grande?

EL PESADO
(Tartamudeando.) ¡No, pequeña, muy pequeña, diminuta!

CIRANO
¡Diminuta! ¿Cómo?

¡Me acusa de algo ridículo!

¿Pequeña, mi nariz?

EL PESADO
¡El cielo me ayude!

CIRANO

¡Es enorme!
Viejo cabeza chata, entrometido de cabeza hueca, sepa
que estoy orgulloso de poseer tal apéndice.
Es bien sabido que una gran nariz es indicio
de un alma afable, bondadosa y cortés,
liberal, valiente, como yo mismo, y tal
como usted nunca se atreverá a soñar ser,
¡canalla despreciable! Pues esa cara sin ingenio
que mi mano pronto irá a abofetear es toda
tan vacía...

(Lo abofetea.)

EL PESADO

¡Ay!

CIRANO

...de orgullo, de aspiración,
de sentimiento, de poesía, de chispa divina,
de todo lo que pertenece a mi gran nariz,

(Lo hace girar por los hombros, acompañando la acción con la palabra.)

como... ¡lo que mi bota pronto vendrá a patear!

EL PESADO

(Huyendo.) ¡Socorro! ¡Llamen a la Guardia!

CIRANO

¡Tomen nota, bobos todos,
los que hallan en el adorno central de mi rostro
cosa de burla: que es mi costumbre,
si el burlón es noble, antes de separarnos
darle a probar mi acero, y no mi bota!

DE GUICHE

(Que ha bajado del escenario con los marqueses.) ¡Pero se está volviendo una molestia!

EL VIZCONDE DE VALVERT

(Encogiéndose de hombros.) ¡Fanfarrón!

DE GUICHE

¿Nadie va a ponerlo en su lugar?...

EL VIZCONDE

¿Nadie? ¡Pero esperen!
Le voy a dar... una de mis agudezas... ¡Verán!...

(Se acerca a Cirano, que lo observa, y con aire engreído.)

Señor, su nariz es... hum... es... ¡muy grande!

CIRANO

(Grave.) ¡Muy!

EL VIZCONDE

(Riendo.) ¡Ja!

CIRANO

(Imperturbable.) ¿Es todo?...

EL VIZCONDE

¿Qué quiere decir?

CIRANO

¡Ah, no, joven espadachín! ¡Eso fue algo corto!
Podía haber dicho por lo menos cien cosas
variando el tono... Así, por ejemplo...
Agresivo: «¡Señor, si yo tuviera esa nariz,
me la amputaría!» Amistoso: «Cuando usted cene
le debe estorbar al mojar en la copa;
¡necesita un tazón de forma especial!»
Descriptivo: «¡Es una roca!... ¡un pico!... ¡un cabo!
¡Un cabo, qué digo! ¡Es una península!»
Curioso: «¿Para qué sirve ese estuche oblongo?
¿Vaina de tijeras? ¿O tintero?»
Gentil: «Usted ama a los pajaritos, según creo:
¡con tierno afán les ha hallado a sus patitas un amplio
posadero!»
Truculento: «Cuando fuma usted su pipa... supongamos
que el humo del tabaco le sale por la nariz:
¿no gritarán los vecinos, aterrados, al subir los vapores:
"¡Se incendia la chimenea!"?»
Considerado: «Cuidado... con la cabeza inclinada
bajo tal peso... ¡no vaya a caer de cabeza!»
Tierno: «Mande hacer una sombrillita,
¡no sea que su vivo color se destiña al sol!»
Pedante: «Aquella bestia que Aristófanes llama
Hipocamelelefantocamello
debió de tener un bulto igual de sólido
de carne y hueso bajo la protuberancia de su frente.»
Caballeresco: «¿La última moda, amigo, ese gancho
para colgar el sombrero? ¡Es un útil garfio!»
Enfático: «¡Ningún viento, oh majestuosa nariz,
puede resfriarte, salvo que sople el mistral!»
Dramático: «¡Cuando sangra, qué Mar Rojo!»
Admirativo: «¡Rótulo para una perfumería!»
Lírico: «¿Es una caracola?... ¿Eres un Tritón?»

Sencillo: «¿Cuándo se abre al público el monumento?»
Rústico: «¿Eso una nariz? ¡Anda ya!
¡Es una calabaza enana o un nabo de concurso!»
Militar: «¡Punta contra la caballería!»
Práctico: «¡Póngala en una lotería!
¡Seguro que sería el premio mayor!»
O... parodiando los suspiros de Píramo...
«¡Mire la nariz que estropea la armonía
del rostro de su amo, sonrojada por su traición!»
Eso, mi querido señor, es lo que podía haber dicho,
si tuviera de ingenio o de letras la menor pizca;
pero, ¡oh, lamentabilísimo hombre!, de ingenio
nunca tuvo un átomo, y de letras
solo tiene tres: ¡que deletrean Asno!
Y aunque hubiera tenido el ingenio necesario
para servirme todas las gracias que cito
ante este noble auditorio... aun así,
no se le habría permitido pronunciar ni una,
¡ni la mitad ni la cuarta parte de una broma así!
Yo las tomo de mí mismo con buen talante,
¡pero no de ningún otro hombre que respire!

DE GUICHE

(Tratando de apartar al vizconde, consternado.) ¡Venga, vizconde!

EL VIZCONDE

(Ahogándose de rabia.)

¡Oigan su arrogancia!
¡Un patán de campo que... que... no tiene guantes!
¡Que sale sin lazos en las mangas, sin cintas, sin encajes!

CIRANO

Es cierto; todas mis elegancias están dentro.
No me engalano como un cachorro;
mi aseo es más a fondo, aunque menos alegre;
no saldría yo a la calle, con una afrenta
medio lavada en la mejilla, una conciencia
de ojos amarillos, bilioso, tras su sueño empapado,
un honor arrugado... ¡escrúpulos sucios y opacos!
No hago gala de joyas relucientes.
Verdad e Independencia son mis plumas al viento.
No me aprieto el talle con corsé para ser esbelto,
sino que me ciño el alma con esfuerzos como con ballenas,
cubierto de hazañas, no de lazos de cinta,
mi espíritu erizado como sus bigotes,
yo, que atravieso las multitudes y los corros parlanchines,
¡hago resonar la Verdad con valentía como el choque de espuelas!

EL VIZCONDE

Pero, señor...

CIRANO

¿No llevo guantes? ¿Y eso qué?
Tenía uno... resto de un viejo par gastado,
y, no sabiendo qué hacer con él,
lo arrojé a la cara de... algún joven necio.

EL VIZCONDE

¡Villano infame! ¡Patán rastrero de pies planos!

CIRANO

(Quitándose el sombrero y saludando como si el vizconde se hubiera presentado.) ¿Ah?... Y yo, Cirano Savinien

Hércules de Bergerac.

(Risas.)

EL VIZCONDE

(Con ira.) ¡Bufón!

CIRANO

(Gritando como si le hubiera dado un calambre.) ¡Ay! ¡Ay!

EL VIZCONDE

(Que se iba, vuelve.) ¿Qué demonios dice ahora este tipo?

CIRANO

(Con muecas de dolor.)

Hay que moverla; se me está poniendo rígida, lo juro.
¡Esto pasa por dejarla en el ocio!
¡Ay!...

EL VIZCONDE

¿Qué le pasa?

CIRANO

¡El calambre! ¡Calambre en mi espada!

EL VIZCONDE

(Desenvainando.) ¡Bien!

CIRANO

Sentirá una encantadora estocadita.

EL VIZCONDE

(Con desprecio.) ¡Poeta!...

CIRANO

¡Sí, poeta, señor! Y en prueba de ello,
mientras esgrimimos, ¡zas!, de improviso
compondré una balada.

EL VIZCONDE

¿Una balada?

CIRANO
Quizá no sepa qué es una balada.

EL VIZCONDE
Pero...

CIRANO
(Recitando, como repitiendo una lección.)

Sepa entonces que la balada debe contener
tres coplas de ocho versos...

EL VIZCONDE
(Pateando.) ¡Oh!

CIRANO
(Siguiendo recitando.)

Y un envío
de cuatro versos...

EL VIZCONDE
Usted...

CIRANO
Haré una mientras peleamos
y lo tocaré en el último verso.

EL VIZCONDE
¡No!

CIRANO
¿No?

(declamando)

«El duelo en el Hôtel de Borgoña, librado
por De Bergerac y un bueno para nada».

EL VIZCONDE
¿Qué es eso, si me hace el favor?

CIRANO
El título.

EL TEATRO
(Muy agitado.) ¡Hagan sitio! ¡Buena diversión! ¡Dejen lugar! ¡Juego limpio! ¡Sin ruido!

(Cuadro. Un círculo de espectadores curiosos en el patio; los marqueses y oficiales mezclados con la gente común; los pajes subiéndose unos a los hombros de otros para ver mejor. Todas las mujeres de pie en los palcos. A la derecha, De Guiche y su séquito. A la izquierda, Le Bret, Ragueneau, Cirano, etc.)

CIRANO
(Cerrando los ojos un segundo.)

Esperen mientras elijo mis rimas... ¡Ya las tengo!

(Acompaña la acción con cada palabra.)

Alegremente me quito el sombrero,
y, libres mano y talón,
arrojo mi pesada capa lejos
y desenvaino mi acero pulido;
gracioso como Febo, giro en redondo,
ágil como Escaramuza;
una palabra al oído, señor Chispa, te robo:
¡al final del envío, toco!

(Traban combate.)

Mejor para ti si te hubieras quedado quieto;
¿dónde ensarto mi gallo? ¿En el talón?
¿En el corazón, bajo tu cinta azul?
¿En la cadera, para hacerte arrodillar?
¡Ah, la música del acero que choca!
¿Qué ahora? ¿Un toque? ¡Poca cosa!
Será en la panza el golpe que te robo
cuando, al final del envío, toque.

¿Oh, una rima, una rima en o?
¿Te retuerces, blanco como el almidón, mi anguila?
¡Una rima! ¡Una rima! ¡Muestras la pluma blanca!
¡Tac! Paro la punta de tu acero;
la punta con que esperabas hacerme sentir;
abro la línea, ahora agarro
tu asador, señor pinche, ¡modera tu celo!
Al final del envío, toco.

(Declama solemnemente.)

Envío.
Príncipe, ¡ruega al cielo por tu alma!
Avanzo un paso... ¡así! ¡Y así!
Tajo, ¡finta!

(Tirando una estocada.)

¡Eh! ¿Te tambaleas?

(El vizconde se tambalea. Cirano saluda.)

¡Al final del envío, toco!

(Aclamaciones. Aplausos en los palcos. Arrojan flores y pañuelos. Los oficiales rodean a Cirano, felicitándolo. Ragueneau baila de alegría. Le Bret está contento, pero ansioso. Los amigos del vizconde lo sostienen y se lo llevan.)

LA MULTITUD

(Con un largo grito.) ¡Ah!

UN SOLDADO

¡Es magnífico!

UNA MUJER

¡Qué bonita estocada!

RAGUENEAU

¡Una maravilla!

UN MARQUÉS
¡Una novedad!

LE BRET
¡Oh, loco!

LA MULTITUD
(Se apiña alrededor de Cirano. Coro de:) ¡Felicitaciones!

¡Bravo! ¡Déjeme felicitarlo!... ¡Insuperable!...

VOZ DE MUJER
¡Ahí tienen a un héroe!...

UN MOSQUETERO
(Avanzando hacia Cirano con la mano tendida.)

Señor, permítame;
nada podría ser más fino. Creo que soy buen juez;
¡pateé, a fe mía, para mostrar mi admiración!

(Se va.)

CIRANO
(A Cuigy.) ¿Quién es ese caballero?

CUIGY
¡Pues D'Artagnan!

LE BRET
(A Cirano, tomándolo del brazo.) ¡Una palabra con usted!...

CIRANO
Espere; que se vaya la chusma...

(A Bellerose.)

¿Puedo quedarme?

BELLEROSE
(Respetuoso.) ¡Sin duda!

(Se oyen gritos fuera.)

JODELET
(Que ha mirado afuera.) ¡Abuchean a Montfleury!

BELLEROSE
(Solemne.) ¡Sic transit!...

(A los porteros.)

Barran, cierren todo, pero dejen las luces. Cenamos, pero más tarde hay que volver para un ensayo de la farsa de mañana.

(Jodelet y Bellerose salen, saludando profundamente a Cirano.)

EL PORTERO
(A Cirano.) ¿No cena usted, señor?

CIRANO
No.

(El portero sale.)

LE BRET
¿Por qué?

CIRANO
(Con orgullo.) Porque...

(Cambiando de tono al irse el portero.)

¡no tengo dinero!...

LE BRET
(Con el gesto de arrojar una bolsa.) ¿Cómo? ¿La bolsa de coronas?...

CIRANO

¡Generosidad paterna, en un día te has acabado!

LE BRET

¿Cómo vivirás el mes próximo?...

CIRANO

No me queda nada.

LE BRET

¡Locura!

CIRANO

¡Pero qué gesto tan gracioso! ¡Piensa!

LA MUCHACHA DEL BUFFET

(Tosiendo, tras su mostrador.) ¡Hum!

(Cirano y Le Bret se vuelven. Ella se adelanta tímidamente.)

Señor, no me gusta saber que está en ayunas.

(Mostrando el buffet.)

Vea, todo lo que necesita. ¡Sírvase!

CIRANO

(Quitándose el sombrero.)

Gentil niña,
aunque mi orgullo gascón me prohibiría
aceptar la menor dádiva de tus manos,
mi temor de ofenderte pesa más que ese orgullo
y me manda aceptar...

(Va al buffet.)

¡Una nadería!... Estas pocas uvas.

(Ella le ofrece todo el racimo. Él toma unas pocas.)

¡No, pero este racimo!...

(Ella trata de darle vino, pero él la detiene.)

¡Un vaso de agua clara!...
¡Y medio macarrón!

(Devuelve la otra mitad.)

LE BRET
¡Qué tontería!

LA MUCHACHA DEL BUFFET
¡Tome algo más!

CIRANO
Tomo tu mano para besarla.

(Le besa la mano como si fuera una princesa.)

LA MUCHACHA DEL BUFFET
¡Gracias, buen señor!

(Hace una reverencia.)

Buenas noches.

(Sale.)

ESCENA V

Cirano, Le Bret.

CIRANO
(A Le Bret.) Ahora habla: te escucho.

(Se detiene en el buffet y, colocando ante sí primero el macarrón.)

¡La comida!...

(luego las uvas)

¡El postre!...

(luego el vaso de agua)

¡El vino!...

(se sienta)

¡Así! Y ahora, ¡a la mesa!

¡Ah, tenía hambre, amigo, ¡qué digo, estaba famélico!

(comiendo)

¿Decías...?

LE BRET

Estos petimetres, aspirantes a belicosos,
¡si los atiendes, te van a trastornar la cabeza!...
Pregunta a gente de buen sentido, si quieres saber
el efecto de tu bonita insolencia...

CIRANO

(Acabando su macarrón.) ¡Enorme!

LE BRET

El Cardenal...

CIRANO

(Radiante.) ¿El Cardenal estaba?

LE BRET

Habrá pensado que era...

CIRANO

¡Original, a fe mía!

LE BRET

Pero...

CIRANO

Es autor. No dejará de gustarle
que yo estropee la obra de un hermano autor.

LE BRET

¡Te haces demasiados enemigos!

CIRANO

(Comiendo sus uvas.) ¿Cuántos crees que me he hecho esta noche?

LE BRET

Cuarenta, ni uno menos, sin contar a las damas.

CIRANO

¡Cuenta!

LE BRET

Primero Montfleury, el burgués, luego De Guiche,
el Vizconde, Baro, la Academia...

CIRANO

¡Basta! ¡Estoy rebosante de alegría!

LE BRET

Pero estas extrañas maneras,
¿adónde te llevarán, al final? Explica
tu sistema... ¡vamos!

CIRANO

Yo, en un laberinto
me perdía: demasiados caminos distintos que escoger;
tomé...

LE BRET

¿Cuál?

CIRANO

¡Oh! De lejos el más simple...
¡Decidí ser admirable en todo!

LE BRET

(Encogiéndose de hombros.) ¡Que así sea! Pero el motivo de tu odio

a Montfleury... ¡vamos, dímelo!

CIRANO

(Levantándose.)

Este Sileno,
panzudo, grosero, aún se cree un peligro,
un riesgo para el amor de las bellas damas,
y mientras escupe su papel de actor
lanza miradas de carnero a sus palcos: ¡rana saltona!
Lo odio desde la noche en que se atrevió
a alzar los ojos hacia los de ella... Me pareció ver
¡una babosa arrastrarse babeando sobre los pétalos de una flor!

LE BRET

(Estupefacto.) ¿Cómo? ¿Qué? ¿Es posible...?

CIRANO

(Riendo con amargura.) ¿Que yo ame?...

(Cambiando de tono, grave.)

Amo.

LE BRET

¿Y puedo saber...? Nunca dijiste...

CIRANO

¡Vamos, reflexiona!... La dulce esperanza de ser
amado, incluso por alguna pobre dama sin gracia,
me la ha quitado para siempre esta nariz mía;
esta larga nariz que, vaya adonde vaya,
asoma un cuarto de legua por delante de mí;
pero puedo amar, ¿y a quién? Es decreto del Destino
que ame a la más hermosa... ¿cómo iba a ser de otro modo?

LE BRET

¿La más hermosa?...

CIRANO

Sí, la más hermosa del mundo,
la más brillante, la más refinada, la de cabellos más dorados.

LE BRET

¿Quién es esa dama?

CIRANO

Es un peligro mortal,
del todo despreocupada, llena de encantos inconscientes,
como una rosa dulce y perfumada, trampa de la naturaleza,
entre cuyos pétalos Cupido acecha emboscado.
Quien ha visto su sonrisa ha conocido la perfección,
que infunde en las menudencias la esencia de la gracia,
y divinidad en cada gesto descuidado;
ni la misma Venus puede montar su concha soplada hacia el mar
como ella sube a su silla de manos,
ni Diana cruzar veloz los bosques floridos de primavera
tan ligera como mi Dama sobre las piedras de París...

LE BRET

¡Sapristi! ¡Todo está claro!

CIRANO

¡Como telarañas!

LE BRET

¿Tu prima, Madeleine Robin?

CIRANO

¡Roxana!

LE BRET

¡Bueno, tanto mejor! ¡Díselo!

¡Ella vio tu triunfo aquí esta misma noche!

CIRANO

Mírame bien, y luego dime con qué esperanza
puede inspirar mi corazón esta vil protuberancia.
No me arrullo con ilusiones; sin embargo
a veces soy débil: en las horas tenues de la tarde
entro en algún hermoso jardín, dulcemente perfumado;
con mi pobre y feo diablo de nariz
huelo la esencia de la primavera; en los rayos de plata
veo a algún caballero, con una dama del brazo,
y pienso: «¡Pasear así bajo la luna
querría yo también, con mi dama a mi lado!»
El pensamiento se eleva al éxtasis... ¡Oh, caída repentina!
¡La sombra de mi perfil en la pared!

LE BRET

(Con ternura.) ¡Amigo mío!...

CIRANO

Amigo mío, a veces es duro, es amargo
sentir mi soledad, mi propia fealdad...

LE BRET

(Tomándole la mano.)

¿Lloras?

CIRANO

¡No, nunca! ¡Piensa, qué mal avenido
bajando por esta nariz el trazo de una lágrima!
Nunca lo haré, mientras sea dueño de mí mismo,
que la divinidad de las lágrimas, su belleza,
se case con tan vulgar y fea grosería.
Nada hay más solemne que una lágrima, ni más sublime;
¡y no quisiera yo, llorando, volver risa
la grave emoción que una lágrima engendra!

LE BRET

¡Nunca estés triste! ¿Qué es el amor? ¡Un azar de la Fortuna!

CIRANO

(Moviendo la cabeza.)

¿Parezco yo un César para cortejar a Cleopatra?
¿Un Tito para aspirar a Berenice?

LE BRET

¡Tu valor y tu ingenio! La muchachita
que te ofreció refrigerio hace un momento,
sus ojos no te aborrecían: ¡bien lo viste!

CIRANO

(Impresionado.) ¡Es verdad!

LE BRET

Bueno, ¿entonces?... Vi que la misma Roxana
estaba pálida como la muerte al mirar el duelo.

CIRANO

¿Pálida?

LE BRET

¡Su corazón, su fantasía, ya están cautivos!
¡Ponlo a prueba!

CIRANO

¿Para que se burle de mi cara?
¡Eso es lo único en la tierra que temo!

EL PORTERO

(Presentando a alguien a Cirano.) Señor, alguien pregunta por usted...

CIRANO

(Viendo a la dueña.) ¡Dios! ¡Su dueña!

ESCENA VI

Cirano, Le Bret, la dueña.

LA DUEÑA
(Con una profunda reverencia.) Me mandaron preguntarle dónde podría cierta dama ver a su valiente primo, pero en secreto.

CIRANO
(Abrumado.) ¿Verme?

LA DUEÑA
(Haciendo una reverencia.) ¡Sí, señor! Tiene algo que decirle.

CIRANO
¿Algo?...

LA DUEÑA
(Siguiendo con las reverencias.) ¡Sí, asuntos privados!

CIRANO
(Tambaleándose.) ¡Ah, Dios mío!

LA DUEÑA
Mañana, al primer rubor del alba, vamos a oír misa a San Roque.

CIRANO
(Apoyándose en Le Bret.) ¡Dios mío!

LA DUEÑA
Después, ¿qué lugar hay para unos minutos de charla?

CIRANO
(Confuso.) ¿Dónde? ¡Ah!... pero... ¡Ah, Dios mío!...

LA DUEÑA
¡Diga!

CIRANO
¡Reflexiono!...

LA DUEÑA
¿Dónde?

CIRANO
En... la pastelería de Ragueneau.

LA DUEÑA
¿Dónde vive?

CIRANO
¡La calle... Dios!... ¡San Honorato!

LA DUEÑA
(Yéndose.) Bien. Esté allí. A las siete.

CIRANO
Sin falta.

(La dueña sale.)

ESCENA VII

Cirano, Le Bret. Luego actores, actrices, Cuigy, Brissaille, Lignière, el portero, los violinistas.

CIRANO
(Cayendo en brazos de Le Bret.) Una cita... ¡de ella!...

LE BRET
¡Ya no estás triste!

CIRANO
¡Ah! ¡Que arda el mundo! ¡Ella sabe que existo!

LE BRET

¿Ahora te calmarás, espero?

CIRANO

(Fuera de sí de alegría.)

¿Calmarme? ¿Yo, ahora, calmo?
¡Estaré frenético, frenético, loco de remate!
¡Oh, un ejército que atacar, una hueste!
¡Tengo diez corazones en el pecho, veinte brazos;
¡no más enanos que partir en dos!...

(Con furia.)

¡No! ¡Ahora gigantes!

(Desde hace unos momentos las sombras de los actores se mueven en el escenario; se oyen susurros: empieza el ensayo. Los violinistas están en sus puestos.)

UNA VOZ DESDE EL ESCENARIO

¡Eh, ustedes! ¡Silencio! ¡Ensayamos!

CIRANO

(Riendo.) ¡Nos vamos!

(Se aleja. Por la gran puerta entran Cuigy, Brissaille y algunos oficiales, sosteniendo a Lignière, que está borracho.)

CUIGY

¡Cirano!

CIRANO

Bueno, ¿qué ocurre ahora?

CUIGY

¡Un tordo bien gordo le traen!

CIRANO

(Reconociéndolo.) ¡Lignière!... ¿Qué ha pasado?

CUIGY
¡Te busca!

BRISSAILLE
¡No se atreve a ir a casa!

CIRANO
¿Por qué no?

LIGNIÈRE
(Con voz ronca, mostrándole una carta arrugada.) Esta carta me avisa... que cien hombres... la venganza que me amenaza... esa canción, ya sabes... en la Puerta de Nesle. Para llegar a mi casa tengo que pasar por ahí... ¡no me atrevo!... ¡Dame permiso para dormir esta noche bajo tu techo! Permite...

CIRANO
¿Cien hombres? ¡Dormirás en tu propia cama!

LIGNIÈRE
(Asustado.) Pero...

CIRANO
(Con voz terrible, mostrándole la linterna encendida que sostiene el portero, quien escucha con curiosidad.) Toma la linterna.

(Lignière la agarra.)

¡Partamos! ¡Juro que yo mismo te haré la cama esta noche!

(A los oficiales.)

¡Síganme; algunos que se queden atrás, como testigos!

CUIGY
¡Cien!...

CIRANO

¡Menos esta noche serían pocos!

(Los actores y actrices, con sus trajes, han bajado del escenario y escuchan.)

LE BRET

Pero ¿por qué te metes en líos?

CIRANO

¡Le Bret que regaña!

LE BRET

¡Ese borracho sin valor!...

CIRANO

(Dando una palmada en el hombro a Lignière.)

¿Por qué? Por esto:
este tonel de vino, este barril de Borgoña,
realizó un día una acción llena de gracia;
al salir de la iglesia, vio que su amada
tomaba agua bendita; él, que teme
el sabor del agua, corrió veloz a la pila
y la bebió toda, ¡hasta la última gota!...

UNA ACTRIZ

¡En verdad, fue algo gracioso!

CIRANO

Sí, ¿no es cierto?

LA ACTRIZ

(A las demás.) Pero ¿por qué cien hombres contra un pobre rimador?

CIRANO

¡Marchen!

(A los oficiales.)

Señores, cuando me vean cargar,
no me presten socorro, ninguno, sean cuales sean las probabilidades.

OTRA ACTRIZ

(Saltando del escenario.) ¡Oh! ¡Yo vendré a ver!

CIRANO

¡Vengan, pues!

OTRA

(Saltando abajo, a un actor viejo.) ¿Y usted?...

CIRANO

¡Vengan todos! El Doctor, Isabel, Leandro,
vengan, pues añadirán, en enjambre abigarrado,
¡la farsa italiana a este drama español!

TODAS LAS MUJERES

(Bailando de alegría.) ¡Bravo! ¡Un manto, rápido! ¡Mi capucha!

JODELET

¡Vamos!

CIRANO

¡Toquen una marcha, señores de la orquesta!

(Los violinistas se unen a la procesión, que se va formando. Toman las candilejas y las reparten como antorchas.)

¡Bravos oficiales! Luego, mujeres disfrazadas,
y, veinte pasos más allá...

(Toma su sitio.)

yo, completamente solo,
bajo el penacho que la propia Gloria presta
para adornar mi sombrero, ¡orgulloso como Escipión!...
¿Me oyen? ¡Les prohíbo socorrerme!

¡Una, dos, tres! ¡Portero, abra de par en par las puertas!

(El portero abre las puertas; se ve el viejo París a la luz de la luna.)

¡Ah!... París envuelto en la noche, medio nebuloso;
la luz de luna fluye sobre los tejados de sombra azul;
¡qué hermoso marco para esta salvaje escena de batalla!
Bajo las bufandas flotantes de la bruma, el Sena
tiembla, misterioso, como un espejo mágico,
¡y pronto verán lo que verán!

TODOS

¡A la Puerta de Nesle!

CIRANO

(De pie en el umbral.)

¡Sí, a la Puerta de Nesle!

(Volviéndose a la actriz.)

¿No preguntó usted, joven señora, por qué causa
se enviaron cien hombres contra este rimador?

(Desenvaina la espada; luego, con calma.)

¡Porque sabían que es amigo mío!

(Sale. Lignière va tambaleándose tras él; luego las actrices del brazo de los oficiales, los actores. La procesión parte al son de los violines y a la tenue luz de las velas.)

Cae el telón.

|

ACTO SEGUNDO

La hostería de los poetas

La cocina y pastelería de Ragueneau. Una gran cocina en la esquina de la calle de San Honorato y la calle del Árbol Seco, que se ven al fondo, a través de la puerta de cristal, en el gris del amanecer.

A la izquierda, en primer plano, un mostrador coronado por un soporte de hierro forjado del que cuelgan gansos, patos y pavos reales. En grandes jarrones de porcelana hay altos ramos de flores sencillas, sobre todo girasoles amarillos.

Del mismo lado, más al fondo, una inmensa chimenea abierta, delante de la cual, entre enormes morillos de los que cuelga un cazo pequeño, los asados gotean en las cacerolas.

A la derecha, en primer plano, una puerta. Más al fondo, una escalera que conduce a un cuartito bajo el tejado, cuya entrada se ve por el postigo abierto. En este cuarto hay una mesa puesta. Arde una pequeña araña flamenca. Es un lugar para comer y beber. Una galería de madera, continuación de la escalera, parece llevar a otros cuartitos semejantes.

En medio de la tienda hay un aro de hierro suspendido del techo con una cuerda que permite subirlo y bajarlo, y alrededor cuelga caza mayor. Los hornos, en la oscuridad bajo la escalera, dan un resplandor rojo. Las cacerolas de cobre brillan. Los asadores giran. Montones de comida formados en pirámides. Jamones colgados. Es la hora atareada de la mañana. Ajetreo y prisa de pinches, cocineros gordos y aprendices diminutos, con los gorros profusamente adornados con plumas de gallo y alas de pintada.

En platos de metal y de mimbre traen pilas de pasteles y tartas. Mesas cargadas de panecillos y fuentes de comida. Otras mesas, rodeadas de sillas, están preparadas para los consumidores.

En un rincón, una mesita cubierta de papeles, en la que Ragueneau está sentado escribiendo cuando se levanta el telón.

ESCENA I

Ragueneau, pasteleros, luego Lise. Ragueneau escribe, con aire inspirado, en una mesita, y cuenta con los dedos.

PRIMER PASTELERO
(Trayendo un elaborado plato de adorno.) ¡Frutas en turrón!

SEGUNDO PASTELERO
(Trayendo otro plato.) ¡Natillas!

TERCER PASTELERO
(Trayendo un asado decorado con plumas.) ¡Pavo real!

CUARTO PASTELERO
(Trayendo una tanda de pasteles sobre una losa.) ¡Empanadillas!

QUINTO PASTELERO
(Trayendo una especie de fuente de horno.) ¡Gelatina de carne!

RAGUENEAU
(Dejando de escribir y alzando la cabeza.) ¡Los rayos de plata de la Aurora empiezan a centellear ya en las cacerolas de cobre, y tú, oh Ragueneau, debes por fuerza ahogar en tu pecho al dios del Canto! Pronto llegará la hora del laúd: ¡ahora es la hora del horno!

(Se levanta. A un cocinero.)

¡Usted, alargue esa salsa, que está demasiado corta!

EL COCINERO

¿Cuánto de corta?

RAGUENEAU

Tres pies.

(Pasa más allá.)

EL COCINERO

¿Qué quiere decir?

PRIMER PASTELERO

(Mostrando un plato a Ragueneau.) ¡La tarta!

SEGUNDO PASTELERO

¡El pastel!

RAGUENEAU

(Ante el fuego.) ¡Musa mía, retírate, no sea que tus brillantes ojos se enrojezcan con la llama del haz de leña!

(A un cocinero, mostrándole unos panes.)

Ha puesto el corte de los panes en el lugar equivocado; ¿no sabe que la cesura debe ir entre los hemistiquios?

(A otro, mostrándole un pastel sin terminar.)

A este palacio de masa debe añadirle el techo...

(A un joven aprendiz, que, sentado en el suelo, ensarta aves en el asador.)

Y tú, hijo mío, al poner en tu largo asador la modesta gallina y el soberbio pavo, alterna una con otro, como al viejo Malherbe le gustaba alternar sus versos largos con los cortos; ¡así tus asados, en estrofas, girarán ante la

llama!

OTRO APRENDIZ

(Que también se acerca con una bandeja cubierta con una servilleta.) Maestro, hace poco pensé en sus gustos y he hecho esto, que espero que le guste.

(Descubre la bandeja y muestra una gran lira hecha de masa.)

RAGUENEAU

(Encantado.) ¡Una lira!

EL APRENDIZ

Es de masa de brioche.

RAGUENEAU

(Conmovido.) Con frutas confitadas.

EL APRENDIZ

Las cuerdas, vea, son de azúcar.

RAGUENEAU

(Dándole una moneda.) ¡Ve, bebe a mi salud!

(Viendo entrar a Lise.)

¡Chist! Mi mujer. ¡Muévanse, sigan, y escondan ese dinero!

(A Lise, mostrándole la lira, con aire consciente.)

¿No es hermosa?

LISE

¡Es una tontería!

(Deja un montón de papeles sobre el mostrador.)

RAGUENEAU

¿Bolsas? Bien. Gracias.

(Los mira.)

¡Cielos! ¡Mis queridas hojas! ¡Los poemas de mis amigos! ¡Rasgados, desmembrados, para hacer bolsas donde meter bizcochos y pasteles!... Ah, es la vieja historia otra vez... ¡Orfeo y las bacantes!

LISE

(Secamente.) ¿Y no soy libre de darle por fin algún uso a lo único que sus miserables escribidores de versos cojos dejan como pago?

RAGUENEAU

¡Hormiga rastrera!... ¡No insultes a las divinas cigarras, a los dulces cantores!

LISE

Antes de ser el camarada jurado de toda esa tropa, amigo mío, no llamabas a tu mujer hormiga ni bacante.

RAGUENEAU

¡Dar a un hermoso verso tal uso!

LISE

A fe mía, es lo único para lo que sirve.

RAGUENEAU

Entonces, dime, señora, ¿a qué uso rebajarías la prosa?

ESCENA II

Los mismos. Dos niños, que acaban de entrar trotando en la tienda.

RAGUENEAU

¿Qué desean, pequeños?

PRIMER NIÑO

Tres empanadas.

RAGUENEAU

(Sirviéndoles.) Miren, calientes y bien doradas.

SEGUNDO NIÑO

Si es tan amable, señor, ¿nos las envuelve?

RAGUENEAU

(Aparte, angustiado.) ¡Ay! ¡Una de mis bolsas!

(A los niños.)

¿Qué? ¿Tengo que envolvérselas?

(Toma una bolsa y, cuando va a meter las empanadas, lee.)

«Así Ulises, al dejar a la bella Penélope...»

¡Esa no!

(La aparta y toma otra, y cuando va a meter las empanadas, lee.)

«El rubio Febo...»

¡No, tampoco esa!...

(Igual juego.)

LISE

(Impaciente.) ¿A qué esperas?

RAGUENEAU

¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

(Escoge una tercera, resignado.)

¡El soneto a Filis!... ¡pero cuesta tanto separarse de él!

LISE

¡Por suerte se ha decidido por fin!

(Encogiéndose de hombros.)

¡Nicodemo!

(Sube a una silla y empieza a colocar platos en un aparador.)

RAGUENEAU

(Aprovechando que ella da la espalda, llama a los niños, que ya están en la puerta.) ¡Chist! ¡Niños!... Devuélvanme el soneto a Filis, y les daré seis empanadas en lugar de tres.

(Los niños le devuelven la bolsa, toman rápidamente los pasteles y salen.)

RAGUENEAU

(Alisando el papel, empieza a declamar.) «¡Filis!...» ¡En ese dulce nombre, una mancha de mantequilla! «¡Filis!...»

(Entra Cirano apresuradamente.)

ESCENA III

Ragueneau, Lise, Cirano, luego el mosquetero.

CIRANO

¿Qué hora es?

RAGUENEAU

(Con una gran reverencia.) Las seis.

CIRANO

(Con emoción.) ¡Dentro de una hora!

(Va y viene por la tienda.)

RAGUENEAU

(Siguiéndolo.) ¡Bravo! Vi...

CIRANO

Bueno, ¿qué vio usted?

RAGUENEAU

¡Su combate!...

CIRANO
¿Cuál?

RAGUENEAU
¡El del Hôtel de Bourgogne, a fe mía!

CIRANO
(Con desdén.) ¡Ah!... ¡el duelo!

RAGUENEAU
(Con admiración.) ¡Sí! ¡El duelo en verso!...

LISE
¡No sabe hablar de otra cosa!

CIRANO
¡Bueno! ¡Bien! ¡Déjelo!

RAGUENEAU
(Haciendo estocadas con un asador que agarra.) «¡Al final del envío, toco!... ¡Al final del envío, toco!»... ¡Es bellísimo, bellísimo!

(Con entusiasmo creciente.)

«¡Al final del envío...!»

CIRANO
¿Qué hora es ahora, Ragueneau?

RAGUENEAU
(Deteniéndose en seco en plena estocada para mirar el reloj.) ¡Las seis y cinco!... «¡Toco!»

(Se endereza.)

...¡Ah, escribir una balada!

LISE
(A Cirano, que, al pasar junto al mostrador, le ha estrechado la mano distraídamente.) ¿Qué le pasa en la mano?

CIRANO
Nada; un corte leve.

RAGUENEAU
¿Ha corrido algún peligro?

CIRANO
Ninguno en el mundo.

LISE
(Sacudiendo el dedo ante él.) ¡Me parece que no dice la verdad al decir eso!

CIRANO
¿Vio mi nariz temblar al hablar? A fe mía, debió de ser una mentira monstruosa para moverla.

(Cambiando de tono.)

Espero aquí a alguien. Déjennos solos, y no nos molesten por nada, ¡aunque fuera por el fin del mundo!

RAGUENEAU
Pero es imposible; vienen mis poetas...

LISE
(Con ironía.) ¡Oh, sí, para su primera comida del día!

CIRANO
Le ruego que los aparte cuando le haga una seña... ¿Qué hora es?

RAGUENEAU
Las seis y diez.

CIRANO
(Sentándose nervioso a la mesa de Ragueneau y acercándose algo de papel.) ¡Una pluma!...

RAGUENEAU
(Dándole la que lleva tras la oreja.) Aquí tiene, una pluma de cisne.

UN MOSQUETERO
(De fieros bigotes, entra, y con voz estentórea.) ¡Buenos días!

(Lise va rápidamente hacia él.)

CIRANO
(Volviéndose.) ¿Quién es ese?

RAGUENEAU
Es un amigo de mi mujer, un guerrero terrible, al menos así lo dice él mismo.

CIRANO
(Tomando la pluma y haciendo señas a Ragueneau de que se aparte.) ¡Chist!

(Para sí.)

Escribiré, la doblaré, se la daré, ¡y huiré!

(Tira la pluma.)

¡Cobarde!... Pero que me maten si me atrevo a hablarle... ¡sí, ni una sola palabra!

(A Ragueneau.)

¿Qué hora es?

RAGUENEAU
¡Las seis y cuarto!...

CIRANO

(Golpeándose el pecho.) Sí, ¡una sola palabra de todas las de aquí, aquí! Pero escribirlo es más fácil...

(Toma la pluma.)

¡Vamos, la escribiré, esa carta de amor! ¡Oh! La he escrito y reescrito tantas veces en mi mente que está lista para pluma y tinta; y si pongo solo mi alma junto a la hoja de la carta, no hay más que copiar de ella.

(Escribe. A través del cristal de la puerta, las siluetas de las figuras se mueven con incertidumbre y vacilación.)

ESCENA IV

Ragueneau, Lise, el mosquetero. Cirano escribe en la mesita. Los poetas, vestidos de negro, con las medias sin atar y cubiertos de barro.

LISE

(Entrando, a Ragueneau.) ¡Aquí vienen sus amigos cubiertos de barro!

PRIMER POETA

(Entrando, a Ragueneau.) ¡Hermano en el arte!...

SEGUNDO POETA

(A Ragueneau, estrechándole las manos.) ¡Querido hermano!

TERCER POETA

¡Águila de alto vuelo entre los pasteleros!

(Husmea.)

¡Vaya, qué bien huele en este nido suyo!

CUARTO POETA
¡Es a los rayos del propio Febo a los que giran tus asados!

QUINTO POETA
Apolo entre los maestros cocineros...

RAGUENEAU
(A quien rodean y abrazan.) ¡Ah, qué pronto se siente uno a gusto con ellos!...

PRIMER POETA
Nos detuvo la multitud; están todos apiñados alrededor de la Puerta de Nesle...

SEGUNDO POETA
Ocho cadáveres sangrantes de bandidos yacen allí en el empedrado, ¡todos abiertos a tajos de espada!

CIRANO
(Alzando la cabeza un momento.) ¿Ocho?... Espere, creía que siete.

(Sigue escribiendo.)

RAGUENEAU
(A Cirano.) ¿Sabe usted quién pudo ser el héroe de la refriega?

CIRANO
(Con indiferencia.) Yo no.

LISE
(Al mosquetero.) ¿Y usted? ¿Lo sabe?

EL MOSQUETERO
(Retorciéndose el bigote.) ¡Tal vez!

CIRANO
(Escribiendo un poco apartado; se le oye murmurar una palabra de vez en cuando.) «¡Te amo!»

PRIMER POETA
Fue un solo hombre, dicen todos, sí, lo juran, un solo hombre que, él solo, puso en fuga a toda la banda.

SEGUNDO POETA
¡Fue un espectáculo extraño: picas y garrotes esparcidos por el suelo!

CIRANO
(Escribiendo.) ...«Tus ojos»...

TERCER POETA
¡Y andaban recogiendo sombreros por todo el camino hasta el muelle de los Orfebres!

PRIMER POETA
¡Sapristi! Pero debió de ser un feroz...

CIRANO
(Igual.) ...«Tus labios»...

PRIMER POETA
¡Un gigante temible y espantoso fue el autor de tales hazañas!

CIRANO
(Igual.) ...«Y cuando te veo venir, me desmayo de miedo.»

SEGUNDO POETA
(Hurtando un pastel.) ¿Qué has rimado últimamente, Ragueneau?

CIRANO
(Igual.) ...«Quien te adora»...

(Se detiene, justo cuando va a firmar, y se levanta, guardando la carta en el jubón.)

No hace falta que firme, pues se la daré yo mismo.

RAGUENEAU

(Al segundo poeta.) He puesto una receta en verso.

TERCER POETA

(Sentándose junto a un plato de buñuelos de crema.) ¡Vamos! ¡Oigamos esos versos!

CUARTO POETA

(Mirando un pastel que ha tomado.) ¡Tiene el gorro todo de lado!

(De un mordisco se come la parte de arriba.)

PRIMER POETA

¡Miren cómo este pan de jengibre corteja al rimador hambriento con sus ojos de almendra y sus cejas de angélica!

(Lo toma.)

SEGUNDO POETA

Escuchamos.

TERCER POETA

(Apretando suavemente un buñuelo de crema.) ¡Cómo ríe! ¡Hasta que se le desborda la crema!

SEGUNDO POETA

(Mordiendo un trozo de la gran lira de masa.) ¡Es la primera vez en mi vida que saco de la lira algún medio de alimentarme!

RAGUENEAU

(Que se ha puesto en actitud de recitar, se ha aclarado la garganta, se ha ajustado el gorro y ha adoptado una pose.) ¡Una receta en verso!...

SEGUNDO POETA

(Al primero, dándole un codazo.) ¿Estás desayunando?

PRIMER POETA

(Al segundo.) Y tú comiendo, me parece.

RAGUENEAU

Cómo se hacen las tartaletas de almendra.
Bata sus huevos, ligero y veloz;
hágalos espuma espesa;
mezcle con ellos, mientras bate,
jugo de limón, esencia fina;
luego combine
la leche reventada de las almendras dulces.
Ciña con una pasta de crema
la esbelta cintura
de sus moldes de tartaleta; la parte de arriba
con dedo hábil estampe,
muesque y marque
alrededor del borde, luego, gota a gota,
en su camita pequeña y primorosa
vierta su crema:
ponga al horno cada molde;
al reaparecer, suavemente dorado,
¡las renombradas
tartaletas de almendra contemplará!

LOS POETAS

(Con la boca llena.) ¡Exquisito! ¡Delicioso!

UN POETA

(Atragantándose.) ¡Jmmm!

(Suben, comiendo.)

CIRANO

(Que ha estado observando, va hacia Ragueneau.) Arrullados por su voz, ¿vio cómo se atiborraban?

RAGUENEAU

(En voz baja, sonriendo.) ¡Oh, sí! Lo veo muy bien, pero nunca aparentaré mirar, por miedo a afligirlos; así gano un doble placer cuando les recito mis poemas: dejo a esos pobres que no han desayunado libres para comer, a la vez que satisfago mi más querida debilidad, ¿ve usted?

CIRANO

(Dándole una palmada en el hombro.) ¡Amigo, me cae usted muy bien!...

(Ragueneau va tras sus amigos. Cirano lo sigue con la mirada y luego, algo bruscamente.)

¡Eh! ¡Lise!

(Lise, que habla con ternura al mosquetero, se sobresalta y baja hacia Cirano.)

¿Así que este buen capitán le está poniendo sitio?

LISE

(Ofendida.) Una sola mirada altiva de mis ojos puede vencer a cualquier hombre que se atreva a intentar algo contra mi virtud.

CIRANO

¡Bah! Ojos que vencen, me parece, a menudo son ojos vencidos.

LISE

(Ahogándose de ira.) Pero...

CIRANO

(Incisivo.) Aprecio bien a Ragueneau, y por eso, ¡atienda, dama Lise!, no permito que nadie lo convierta en el hazmerreír...

LISE

Pero...

CIRANO

(Que ha alzado la voz para que lo oiga el galán.) A buen entendedor...

(Saluda al mosquetero y va a la puerta a vigilar, tras mirar el reloj.)

LISE

(Al mosquetero, que solo ha respondido con una reverencia al saludo de Cirano.) ¿Y bien? ¿Es este su valor?... ¿Por qué no le hace una burla sobre su nariz?

EL MOSQUETERO

¿Sobre su nariz?... sí, sí... su nariz.

(Se aleja rápidamente; Lise lo sigue.)

CIRANO

(Desde la puerta, haciendo señas a Ragueneau de que aparte a los poetas.) ¡Chist!...

RAGUENEAU

(Mostrándoles la puerta de la derecha.) Estaremos más a solas allí...

CIRANO

(Impaciente.) ¡Chist! ¡Chist!...

RAGUENEAU

(Llevándolos más lejos.) Para leer poesía, aquí es mejor...

PRIMER POETA

(Desesperado, con la boca llena.) ¡Cómo! ¿Dejar los pasteles?...

SEGUNDO POETA

¡Jamás! ¡Llevémoslos con nosotros!

(Todos siguen a Ragueneau en procesión, tras barrer todos los pasteles de las bandejas.)

ESCENA V

Cirano, Roxana, la dueña.

CIRANO

¡Ah! Si veo siquiera un tenue destello de esperanza, ¡saco mi carta!

(Roxana, con antifaz, seguida de la dueña, aparece en el cristal de la puerta. Él abre rápidamente.)

¡Entre!...

(Acercándose a la dueña.)

Dos palabras con usted, dueña.

LA DUEÑA

Cuatro, señor, si gusta.

CIRANO

¿Le gustan los dulces?

LA DUEÑA

¡Sí, podría comérmelos hasta enfermar!

CIRANO
(Tomando algunas bolsas de papel del mostrador.) Bien. Mire estos dos sonetos del señor Benserade...

LA DUEÑA
¿Eh?

CIRANO
...¡Que le lleno de pastelillos de crema!

LA DUEÑA
(Cambiando de expresión.) Ja.

CIRANO
¿Qué dice del pastelillo que llaman buñuelito?

LA DUEÑA
Si es de crema, señor, me gustan muchísimo.

CIRANO
¡Aquí hundo seis para su comida en el seno de un poema de Saint-Amant! Y en estos versos de Chapelain deslizo un bocado más ligero. Espere, ¿le gustan los pasteles calientes?

LA DUEÑA
¡Sí, hasta el fondo del corazón!

CIRANO
(Llenándole los brazos de bolsas.) Hágame entonces el favor: vaya a comérselos todos en la calle.

LA DUEÑA
Pero...

CIRANO
(Empujándola hacia afuera.) ¡Y no vuelva hasta haberse comido la última migaja!

(Cierra la puerta, baja hacia Roxana y, descubriéndose, se detiene a respetuosa distancia de ella.)

ESCENA VI

Cirano, Roxana.

CIRANO

¡Bendito el momento en que usted se digna,
recordando que humildemente existo,
a venir a mi encuentro y a decir... a contar...?

ROXANA

(Que se ha quitado el antifaz.)

A darte las gracias, ante todo. Ese conde petimetre,
al que diste jaque mate con tu bravo manejo de espada
anoche... es el hombre que un gran señor,
deseoso de mi favor...

CIRANO

¿Ja, De Guiche?

ROXANA

(Bajando los ojos.) | Quiso imponerme... por esposo...

CIRANO

¡Sí! ¡Esposo! ¡Esposo engañado!... ¡Esposo a la moda!

(Haciendo una reverencia.)

¡Entonces peleé, dichosa suerte, dulce dama, no
por mi mal aspecto, sino por tus bellos favores!

ROXANA

¡La confesión después!... Pero, antes de que haga mi confesión,
debes ser otra vez aquel hermano-amigo
con quien jugaba a la orilla del lago...

CIRANO
¡Sí, venías cada primavera a Bergerac!

ROXANA
¿Recuerdas las cañas que cortabas para hacer tus espadas?...

CIRANO
¡Mientras tú trenzabas pajas de trigo para el pelo de tus muñecas!

ROXANA
¡Aquellos eran los días de los juegos!...

CIRANO
¡Y de las moras!...

ROXANA
¡En aquellos días hacías todo lo que yo te mandaba!...

CIRANO
Roxana, con su vestidito corto, era Madeleine...

ROXANA
¿Era yo hermosa entonces?

CIRANO
¡No eras fea de ver!

ROXANA
¡A menudo, con las manos ensangrentadas por una caída, corrías hacia mí! Entonces, imitando modales de madre, yo, con voz que quería ser severa, te reñía:

(Le toma la mano.)

«¿Qué es este rasguño, otra vez, que veo aquí?»

(Se sobresalta, sorprendida.)

¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¿Qué es esto?

(Cirano trata de retirar la mano.)

¡No, déjame ver!
¡A tu edad, qué vergüenza! ¿Dónde te hiciste ese rasguño?

CIRANO

Me lo hice jugando en la Puerta de Nesle.

ROXANA

(Sentándose junto a la mesa y mojando su pañuelo en un vaso de agua.) ¡Dame acá!

CIRANO

(Sentándose a su lado.) ¡Qué suave! ¡Qué alegre, dulce como de madre!

ROXANA

Y dime, mientras te limpio la sangre,
¿cuántos contra ti?

CIRANO

¡Oh! Cien, casi.

ROXANA

¡Vamos, cuéntame!

CIRANO

No, déjalo. Pero tú, cuéntame
lo que antes no te atrevías...

ROXANA

(Sin soltarle la mano.)

¡Ahora me atrevo!
¡El aroma de aquellos viejos días me da valor!
Sí, ahora me atrevo. Escucha. Estoy enamorada.

CIRANO

¡Ah!...

ROXANA
Pero de uno que no lo sabe.

CIRANO
¡Ah!...

ROXANA
Todavía no.

CIRANO
¡Ah!...

ROXANA
Pero que, si no lo sabe, pronto lo sabrá.

CIRANO
¡Ah!...

ROXANA
Un pobre joven que todo este tiempo ha amado tímidamente, de lejos, y no se atreve a hablar...

CIRANO
¡Ah!...

ROXANA
¡Deja la mano; pero si arde de fiebre! Pero he visto el amor temblar en sus labios.

CIRANO
¡Ah!...

ROXANA
(Vendándole la mano con su pañuelo.) ¡Y pensar que él, por azar... sí, primo, es de tu regimiento!

CIRANO
¡Ah!...

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ROXANA

(Riendo.) ...¡Es cadete en tu misma compañía!

CIRANO

¡Ah!...

ROXANA

En la frente lleva el sello del genio;
es orgulloso, noble, joven, intrépido, hermoso...

CIRANO

(Levantándose de repente, muy pálido.) ¡Hermoso!

ROXANA

¿Pero qué te pasa?

CIRANO

Nada; es...

(Muestra la mano, sonriendo.)

¡Este rasguño!

ROXANA

Lo amo; todo está dicho. Pero debes saber que solo lo he visto en la Comedia...

CIRANO

¿Cómo? ¿Nunca han hablado?

ROXANA

Los ojos pueden hablar.

CIRANO

¿Cómo sabes, entonces, que él...?

ROXANA

¡Oh! La gente habla
bajo los tilos de la Plaza Real...
La charla de los chismosos
me ha dado a saber...

CIRANO

¿Es cadete?

ROXANA

En la Guardia.

CIRANO

¿Su nombre?

ROXANA

El barón Cristián de Neuvillette.

CIRANO

¿Cómo?... ¡No es de la Guardia!

ROXANA

Hoy

ingresa en sus filas, bajo el capitán

Carbon de Castel-Jaloux.

CIRANO

¡Ah, qué rápido,

qué rápido ha volado el corazón!... Pero, mi pobre niña...

LA DUEÑA

(Abriendo la puerta.) ¡Los pasteles se han acabado, señor de Bergerac!

CIRANO

¡Entonces lea los versos impresos en las bolsas!

(Ella sale.)

...Mi pobre niña, tú que solo amas las palabras fluidas, el ingenio brillante, ¿y si él fuera un zafio sin gracia?

ROXANA

No, sus rubios rizos, como los héroes de D'Urfé...

CIRANO

|

¡Ah! ¡Una cabeza bien rizada y una lengua sin ingenio, quizá!

ROXANA

¡Ah, no! Adivino, siento, que sus palabras son bellas.

CIRANO

Todas las palabras son bellas bajo un bello bigote.
¡Supón que fuera un necio!...

ROXANA

(Golpeando el suelo con el pie.) ¡Entonces, entiérrame!

CIRANO

(Tras una pausa.)

¿Era para decirme esto que me trajiste aquí?
No veo para qué sirve esto, señora.

ROXANA

No, pero sentí aquí, en el corazón, un terror
al saber ayer que eran gascones
todos los de tu compañía...

CIRANO

Y provocamos
a todos los mocitos imberbes que el favor se atreve a admitir
entre nosotros, gascones puros... *(¡puros! ¡Dios guarde la señal!)*
¿También eso te dijeron?

ROXANA

¡Ah! ¡Piensa cómo
temblé por él!

CIRANO

(Entre dientes.) ¡No sin causa!

ROXANA

Pero cuando
anoche te vi, valiente, invencible,
castigar a ese petimetre, sin miedo mantenerte
contra esos brutos, pensé... pensé que si él,
a quien todos temen, todos... si él quisiera tan solo...

CIRANO

Bien.
Seré amigo de tu pequeño barón.

ROXANA

¡Ah!
¿Me prometes que harás esto por mí?
Siempre te he tenido por un tierno amigo.

CIRANO

Sí, sí.

ROXANA

¿Entonces serás su amigo?

CIRANO

¡Lo juro!

ROXANA

¡Y no se batirá en ningún duelo, prométemelo!

CIRANO

Ninguno.

ROXANA

¡Qué bueno eres, primo! Ahora debo irme.

(Se pone rápidamente el antifaz y el velo; luego, distraída.)

No me has contado la refriega de anoche.
¡Ah, pero debió de ser una pelea de héroes!...
Dile que me escriba.

(Le envía un beso con los dedos.)

¡Qué bueno eres!

CIRANO
¡Sí, sí!

ROXANA
¿Cien hombres contra ti? Ahora, adiós.

¿Somos grandes amigos?

CIRANO
¡Sí, sí!

ROXANA
¡Oh, dile que escriba!

Me lo contarás todo algún día... ¡Cien hombres!

¡Ah, valiente!... ¡Qué valiente!

CIRANO
(Haciéndole una reverencia.) He peleado mejor desde entonces.

(Ella sale. Cirano se queda inmóvil, con los ojos en el suelo. Silencio. La puerta de la derecha se abre. Ragueneau mira dentro.)

ESCENA VII

Cirano, Ragueneau, poetas, Carbon de Castel-Jaloux, los cadetes, una multitud, luego De Guiche.

RAGUENEAU
¿Podemos pasar?

CIRANO
(Sin moverse.) Sí...

(Ragueneau hace señas a sus amigos y entran. Al mismo tiempo, por la puerta del fondo, entra Carbon de Castel-Jaloux, con uniforme de capitán. Hace gestos de sorpresa al ver a Cirano.)

CARBON
¡Aquí está!

CIRANO
(Alzando la cabeza.) ¡Capitán!...

CARBON
(Encantado.) ¡Nuestro héroe! ¡Lo oímos todo! ¡Treinta o más

de mis cadetes están ahí!...

CIRANO
(Echándose atrás.) Pero...

CARBON
(Tratando de llevárselo.) ¡Venga conmigo!

¡No descansarán hasta verlo!

CIRANO
¡No!

CARBON
Están bebiendo enfrente, en la Cabeza de Oso.

CIRANO
Yo...

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CARBON
(Yendo a la puerta y llamando al otro lado de la calle con voz de trueno.) ¡No quiere venir! ¡El héroe está de morros!

UNA VOZ
(Fuera.) ¡Ah! ¡Sandious!

(Tumulto afuera. Se oye acercarse un ruido de botas y espadas.)

CARBON
(Frotándose las manos.) ¡Cruzan la calle corriendo!

LOS CADETES
(Entrando.) ¡Mille dious! ¡Capdedious! ¡Pocapdedious!

RAGUENEAU
(Retrocediendo, sobresaltado.) Señores, ¿son todos de Gascuña?

LOS CADETES
¡Todos!

UN CADETE
(A Cirano.) ¡Bravo!

CIRANO
¡Barón!

OTRO
(Estrechándole las manos.) ¡Vivat!

CIRANO
¡Barón!

TERCER CADETE
¡Venga! ¡Debo abrazarlo!

CIRANO
¡Barón!

VARIOS GASCONES
¡Lo abrazaremos, todos por turno!

CIRANO
(Sin saber a quién responder.) ¡Barón!... ¡Barón!... Les ruego...

RAGUENEAU
¿Son todos barones, señores?

LOS CADETES
¡Sí, todos!

RAGUENEAU
¿Es verdad?...

PRIMER CADETE
¡Sí! ¡Con solo nuestras coronas se podría levantar una torre, amigo!

LE BRET
(Entrando y corriendo hacia Cirano.) ¡Te buscan! Aquí hay una turba loca capitaneada por los hombres que te siguieron anoche...

CIRANO
(Alarmado.) ¡Cómo! ¿Les has dicho dónde encontrarme?

LE BRET
(Frotándose las manos.) ¡Sí!

UN BURGUÉS
(Entrando, seguido de un grupo de hombres.) ¡Señor, todo el Marais viene hacia aquí!

(Fuera, la calle se ha llenado de gente. Han llegado sillas de manos y carrozas.)

LE BRET
(En voz baja, sonriendo, a Cirano.) ¿Y Roxana?

CIRANO
(Rápido.) ¡Chist!

LA MULTITUD
(Llamando afuera.) ¡Cirano!...

(Una multitud irrumpe en la tienda, empujándose. Aclamaciones.)

RAGUENEAU
(De pie sobre una mesa.) ¡Miren, mi tienda invadida! ¡Rompen todo! ¡Magnífico!

LA GENTE
(Apiñándose alrededor de Cirano.) ¡Amigo mío!... ¡Amigo mío!...

CIRANO
Me parece que ayer no tenía todos estos amigos.

LE BRET
(Encantado.) ¡Éxito!

UN JOVEN MARQUÉS
(Acercándose apresuradamente con las manos tendidas.) Amigo mío, si supieras...

CIRANO
¡Si supieras!... ¡Vaya!... ¡Si supieras!... Dígame, ¿cuándo pastoreamos cerdos juntos, usted y yo?

OTRO
Querría presentarle, señor, a unas bellas damas que están en mi carroza, allí...

CIRANO
(Fríamente.) ¡Ah! ¿Y quién le presentará primero a usted, señor, a mí?

LE BRET
(Asombrado.) ¿Qué te pasa?

CIRANO
¡Chist!

UN HOMBRE DE LETRAS
(Con una tablilla de escribir.) ¿Algunos detalles?...

CIRANO
No.

LE BRET
(Dándole un codazo.) Es Teofrasto Renaudot... ¡de la «Gaceta de la Corte»!

CIRANO
¿Y a mí qué?

LE BRET
¡Este periódico... pero es de gran importancia!... Dicen que será un éxito inmenso.

UN POETA
(Adelantándose.) Señor...

CIRANO
¿Qué, otro más?

EL POETA
...Permítame hacer un pentacróstico con su nombre...

ALGUIEN
(Adelantándose también.) Permítame, señor...

CIRANO
¡Basta! ¡Basta!

(Movimiento en la multitud. Aparece De Guiche, escoltado por oficiales. Cuigy, Brissaille, los oficiales que fueron con Cirano la noche anterior. Cuigy se acerca rápidamente a Cirano.)

CUIGY
(A Cirano.) ¿Aquí está el señor de Guiche?

(Un murmullo; todos le abren paso.)

¡Viene de parte del mariscal de Gassion!

DE GUICHE
(Saludando a Cirano.) ...Que quiere expresarle su admiración, señor, por su nueva hazaña, pregonada a los cuatro vientos.

LA MULTITUD
¡Bravo!

CIRANO
(Saludando.) El mariscal es juez del valor.

DE GUICHE
No habría podido creerlo, de no ser porque estos caballeros juraron haberlo presenciado.

CUIGY
¡Con nuestros propios ojos!

LE BRET
(Aparte a Cirano, que tiene aire ausente.) Pero... tú...

CIRANO
¡Chist!

LE BRET
Pero... ¿sufres?

CIRANO

(Sobresaltado.) ¿Ante esta chusma? ¿Yo?...

(Se yergue, se retuerce el bigote y echa atrás los hombros.)

¡Esperen!... ¡Verán!

DE GUICHE

(A quien Cuigy ha hablado en voz baja.) En hechos de armas, su carrera ya era abundante. ¿Sirve usted con esas cabezas locas de gascones?

CIRANO

Sí, con los Cadetes.

UN CADETE

(Con voz terrible.) ¡Con nosotros!

DE GUICHE

(Mirando a los cadetes, alineados detrás de Cirano.) ¡Ah!... Todos estos caballeros de altivo porte, ¿son los famosos...?

CARBON

¡Cirano!

CIRANO

¡Sí, capitán!

CARBON

Ya que toda mi compañía está reunida aquí, hágame el favor de presentarlos a mi señor.

CIRANO

(Dando dos pasos hacia De Guiche.)

Mi señor de Guiche, permita que le presente...

(señalando a los cadetes)

¡A los bravos Cadetes de Gascuña,
los de Carbon de Castel-Jaloux!

Pendencieros y fanfarrones y presumidos,
¡los bravos Cadetes de Gascuña!
Hablando de Blasones y Heráldica,
con las venas rebosantes de sangre azul,
¡los bravos Cadetes de Gascuña,
los de Carbon de Castel-Jaloux!
Ojo de águila y zancas de huso,
¡bigote feroz y diente de lobo!
Rajan chusma y dispersan filas;
¡ojo de águila y zancas de huso!
Con una pluma flamante que alegre se pavonea
ocultando los agujeros del sombrero, ¡por cierto!
¡Ojo de águila y zancas de huso,
bigote feroz y diente de lobo!
«Atraviesa-jubones» y «Rebana-calzas»
son sus apodos más gentiles;
¡de Fama y Gloria está ebria su alma!
«Atraviesa-jubones» y «Rebana-calzas»,
en riña y escaramuza muestran su coraje,
dan cita en pelea y refriega;
«Atraviesa-jubones» y «Rebana-calzas»
¡son sus apodos más gentiles!
¡Eh, Cadetes de Gascuña!
¡Todos los amantes celosos son juego para ustedes!
¡Oh Mujer, divinidad querida!
¡Eh, Cadetes de Gascuña!
A quienes temen los maridos con ceño fruncido,
soplen «tarará» y griten «¡Cuco!»
¡Eh, Cadetes de Gascuña!
¡Maridos y amantes son caza para ustedes!

DE GUICHE
(Sentado con altivo descuido en un sillón que Ragueneau ha traído rápido.) ¡Un poeta! ¡Es la moda de la hora!

¿Quiere ser mío?

CIRANO
¡No, señor, de nadie!

DE GUICHE
Anoche

su ocurrencia agradó a mi tío Richelieu.

Con gusto le diré una palabra a su favor.

LE BRET
(Encantado.)

¡Cielos!

DE GUICHE
Imagino que habrá rimado cinco actos, más o menos.

LE BRET
(Al oído de Cirano.) ¡Tu obra, tu «Agrippine»! ¡Por fin la verás representada!

DE GUICHE
Llévesela.

CIRANO
(Empezando a sentirse tentado y atraído.) En verdad... querría...

DE GUICHE
Es un crítico hábil; todo lo más, corregirá un verso o dos.

CIRANO
(Cuyo rostro se endurece de inmediato.) ¡Imposible! Se me hiela la sangre al pensar que otra mano cambie el punto de una coma.

DE GUICHE
Pero cuando un verso le gusta, lo paga caro, buen amigo.

CIRANO
Paga menos caro que yo mismo; cuando un verso me gusta, ¡me pago yo y me lo canto a mí mismo!

DE GUICHE
Es usted orgulloso.

CIRANO
¿De veras? ¿Lo ha notado?

UN CADETE
(Entrando, con una ristra de viejos sombreros con plumas, abollados y llenos de agujeros, ensartada en la espada.) ¡Mira, Cirano: esta mañana, en el muelle, qué extraña caza de plumas vistosas conseguimos! Los sombreros de los fugitivos...

CARBON
¡«Spolia opima»!

TODOS
(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

CUIGY
¡El que tendió esa emboscada, por mi fe, debe de estar jurando y maldiciendo!

BRISSAILLE
¿Quién fue?

DE GUICHE
Yo mismo.

(Cesan las risas.)

Se lo encargué: trabajo demasiado sucio para mi espada, castigar y escarmentar a un rimador borracho.

(Silencio forzado.)

EL CADETE
(En voz baja, a Cirano, mostrándole los sombreros.) ¿Qué hacemos con ellos? ¡Están llenos de grasa! ¿Un guiso?

CIRANO
(Tomando la espada y, con un saludo, dejando caer los sombreros a los pies de De Guiche.) Señor, tenga la bondad de devolvérselos a sus amigos.

DE GUICHE
(Levantándose bruscamente.) ¡Mi silla, rápido! ¡Me voy!

(A Cirano, apasionado.)

¡En cuanto a usted, bribón!...

VOZ
(En la calle.) ¡Portadores para el señor de Guiche!

DE GUICHE
(Que se ha dominado, sonriendo.) ¿Ha leído el «Quijote»?

CIRANO
¡Sí! Y me quito el sombrero ante el nombre del loco caballero andante.

DE GUICHE
Le aconsejo que estudie...

UN PORTADOR
(Apareciendo al fondo.) ¡La silla de mi señor!

DE GUICHE
...el capítulo de los molinos.

CIRANO
(Saludando.) El capítulo trece.

DE GUICHE
Porque cuando uno arremete contra molinos, puede ocurrir...

CIRANO
¿Que arremeta yo contra los que cambian con cada brisa?

DE GUICHE
...que las aspas del molino lo barran con su brazo ¡al lodo!...

CIRANO
¡O hacia arriba, hacia las estrellas!

(De Guiche sale y sube a su silla. Los demás señores se van cuchicheando entre sí. Le Bret va a la puerta con ellos. La multitud se dispersa.)

ESCENA VIII

Cirano, Le Bret, los cadetes, que comen y beben en las mesas de la derecha y de la izquierda.

CIRANO
(Saludando con burla a los que salen sin atreverse a saludarlo.) Señores... Señores...

LE BRET
(Volviendo, desesperado.) ¡Valiente lío!

CIRANO
¡Oh! ¡Regaña, regaña!

LE BRET
Al menos admitirás que aniquilar cada oportunidad del Destino es exagerar...

CIRANO
¡Sí! ¡Exagero!

LE BRET
(Triunfante.) ¡Ah!

CIRANO
Pero por principio, y también por ejemplo, creo que está bien exagerar así.

LE BRET
¡Oh, deja ese orgullo de mosquetero, la fortuna y la gloria te esperan!...

CIRANO

Sí, ¿y luego?...
¿Buscar un protector, elegir un mecenas,
y, como la hiedra rastrera en torno a un árbol
que lame la corteza para apoyarse en el tronco,
trepar alto con astucia reptante en lugar de con fuerza?
¡No, gracias! ¡Qué! ¿Yo, como todos los demás,
dedicar versos a banqueros? ¿Hacer de bufón
con la esperanza servil de ver, por fin, una sonrisa
no desaprobadora en los labios de un mecenas?
¡No, gracias! ¡Qué! ¿Aprender a tragar sapos?
¿Con el cuerpo fatigado subir escaleras? ¿Con la piel
mugrienta y callosa, aquí, en las rodillas?
¿Y, como acróbata, enseñar a mi espalda a doblarse?
¡No, gracias! O, de doble cara y astuto,
correr con la liebre mientras se caza con los perros;
y, de lengua aceitosa, para ganar el aceite del elogio,
¿adular al gran hombre hasta en sus narices?
¡No, gracias! ¿Escabullirme suave de regazo en regazo,
pequeño gran hombre en un círculo pequeño,
o navegar, con madrigales por velas,
empujado suavemente a barlovento por suspiros de viejas?
¡No, gracias! ¿Sobornar a editores bondadosos
para que difundan mis versos? ¡No, gracias!
¿O intentar ser elegido papa
de los concilios de taberna de los imbéciles?
¡No, gracias! ¿Trabajar por ganar reputación
con un sonetito, en vez de hacer muchos?
¡No, gracias! ¿O adular a pobres chapuceros?
¿Ser aterrorizado por cada gaceta parlanchina?
¿Decir sin cesar: «¡Oh, si tuviera la ocasión
de una buena reseña en el "Mercure"!»?
¡No, gracias! ¿Palidecer, temer, calcular?
¿Preferir hacer una visita a una rima?

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

¿Buscar presentaciones, redactar peticiones?
¡No, gracias! ¡Y no! ¡Y no otra vez! Pero... ¿cantar?
¿Soñar, reír, andar ligero, solitario, libre,
con ojos que miran de frente, con voz sin miedo?
¡Ladear el sombrero como se quiera,
por un sí o un no batirse o hacer una rima!
¡Trabajar sin pensar en lucro ni en fama,
realizar ese viaje a la luna!
¡No escribir nunca una línea que no haya brotado
directa del corazón! Abrazando entonces
la modestia, decirse: «Buen amigo,
¡conténtate con flores, con frutos, con hojas,
pero no las cortes de otro huerto que el tuyo!»
Y luego, si la gloria llega por casualidad,
no pagar tributo al César, ninguno,
¡sino guardar todo el mérito para sí! En suma,
desdeñando los zarcillos del parásito,
contentarse, aunque no sea roble ni olmo,
con no subir alto, quizá, ¡pero subir solo!

LE BRET

¡Solo, si quieres! ¡Pero no con la mano
contra todos! ¿Cómo diablos
has concebido esta idea de loco,
hacerte enemigos a cada paso?

CIRANO

A fuerza de verte a cada paso
hacerte amigos, y halagar a tus muchos amigos
con la boca ancha sonriendo, rajada de oreja a oreja.
¡Yo paso, sin que me saluden, alegre,
y grito: ¡Eh! ¿Otro enemigo?

LE BRET

¡Locura!

CIRANO

Bueno, ¿y si es mi vicio,
mi placer desagradar... amar que los hombres me odien?
Ah, amigo mío, créeme, marcho mejor
bajo el fuego cruzado de miradas enemigas.
¡Qué graciosas las manchas que se ven en jubones de fino encaje,
de la hiel de la envidia o de la baba del cobarde!
La amistad enervante que te envuelve
es como un cuello italiano de cordones sueltos,
flotando en torno al cuello a la manera de las mujeres;
uno está cómodo así, ¡pero el porte es menos orgulloso!
La frente, libre de sostén o coacción,
se inclina aquí, allá, a todas partes. Pero yo, abrazando
el Odio, que me presta, severa y rígidamente plisada,
la gola de pliegues almidonados que mantiene la cabeza tan erguida;
cada enemigo, un pliegue más: un tejón
que añade constricción y añade un rayo de gloria;
pues el Odio, como la gola que usan los españoles,
¡aprieta como un tornillo, pero te enmarca como un halo!

LE BRET

(Tras un silencio, tomándolo del brazo.) ¡Habla alto, orgulloso y amargo! Pero al oído dime solo esto: ¡ella no te ama!

CIRANO

(Con vehemencia.) ¡Chist!

(Cristián acaba de entrar y se ha mezclado con los cadetes, que no le hablan; se ha sentado a una mesa, donde Lise lo atiende.)

ESCENA IX

Cirano, Le Bret, los cadetes, Cristián de Neuvillette.

UN CADETE

(Sentado a una mesa, con un vaso en la mano.) ¡Cirano!

(Cirano se vuelve.)

¡El relato!

CIRANO

¡A su tiempo!

(Sube del brazo de Le Bret. Hablan en voz baja.)

EL CADETE

(Levantándose y bajando.) ¡El relato de la refriega! Servirá de buena lección

(Se detiene ante la mesa donde está sentado Cristián.)

a este tímido joven aprendiz.

CRISTIÁN

(Alzando la cabeza.) ¡Aprendiz! ¿Quién?

OTRO CADETE

¡Este enclenque novato del Norte!

CRISTIÁN

¡Enclenque!

PRIMER CADETE

(Burlón.) ¡Escuche, señor de Neuvillette, esto al oído: hay aquí algo que uno no se atreve a nombrar, como no se dice «soga» a quien tuvo un padre ahorcado!

CRISTIÁN

¿Qué puede ser?

OTRO CADETE

(Con voz terrible.) ¡Mire!

(Se pone tres veces, misteriosamente, el dedo en la nariz.)

¿Entiende?

CRISTIÁN
¡Oh! ¡Es la...!

OTRO
¡Chist! ¡Oh, nunca pronuncie esa palabra, a menos que quiera arreglar cuentas con aquel de allí!

(Señala a Cirano, que habla con Le Bret.)

OTRO
(Que mientras tanto se ha acercado sin ruido para sentarse en la mesa, susurrando a sus espaldas.) ¡Escuche! Mató furioso a dos hombres gangosos por la sola razón de que hablaban por la nariz.

OTRO
(Con voz cavernosa, lanzándose a cuatro patas desde debajo de la mesa, adonde se había arrastrado.) Y si no quiere perecer en la flor de la juventud, ¡oh, no mencione el fatal cartílago!

OTRO
(Dándole una palmada en el hombro.) ¿Una palabra? ¡Un gesto! ¡Para el indiscreto, su pañuelo puede ser su mortaja!

(Silencio. Todos, con los brazos cruzados, miran a Cristián. Él se levanta y va hacia Carbon de Castel-Jaloux, que habla con un oficial, y finge no ver nada.)

CRISTIÁN
¡Capitán!

CARBON
(Volviéndose y mirándolo de pies a cabeza.) ¡Señor!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CRISTIÁN
Dígame, ¿qué conviene hacer con los sureños fanfarrones?...

CARBON
¡Darles prueba de que se puede ser del Norte y valiente!

(Le da la espalda.)

CRISTIÁN
Se lo agradezco.

PRIMER CADETE
(A Cirano.) ¡Ahora el relato!

TODOS
¡El relato!

CIRANO
(Acercándose a ellos.)

¿El relato?...

(Todos acercan sus taburetes y se agrupan a su alrededor, escuchando con avidez. Cristián se sienta a horcajadas en una silla.)

¡Bien! Fui yo solo al encuentro de la banda.
La luna brillaba, redonda como un reloj, llena en el cielo,
cuando de pronto algún cuidadoso relojero pasó
una nube de algodón sobre la caja
que guardaba este reloj de plata. ¡Y de pronto, zas!
La noche fue negra como la tinta, y todos los muelles
quedaron ocultos en la oscuridad turbia. ¡Voto a tal!
No se podía ver nada más allá...

CRISTIÁN
¡De las narices!

(Silencio. Todos se levantan lentamente, mirando con terror a Cirano, que se ha detenido, pasmado. Pausa.)

CIRANO

¿Quién demonios es ese?

UN CADETE

(Susurrando.) Es un hombre que ingresó hoy.

CIRANO

(Dando un paso hacia Cristián.) ¿Hoy?

CARBON

(En voz baja.) Sí... su nombre es el barón de Neuvil...

CIRANO

(Conteniéndose.)

¡Bien! Está bien...

(Palidece, se sonroja, hace ademán de abalanzarse sobre Cristián.)

Yo...

(Se domina.)

|

(Se domina.)

¿Qué dije?...

(Con un arrebato de rabia.)

¡MORDIOUS!...

(Luego continúa con calma.)

Que estaba oscuro.

(Asombro. Los cadetes vuelven a sentarse, mirándolo fijamente.)

Seguí adelante, pensando: «Por una causa bellaca
puedo provocar a algún gran hombre, algún gran príncipe,
que con certeza podría romper...»

CRISTIÁN

¡Mi nariz!...

(Todos se sobresaltan. Cristián se balancea en la silla.)

CIRANO

(Con voz ahogada.)

...«¡Mis dientes!
que me rompiera los dientes, y yo, imprudente,
metiendo...»

CRISTIÁN

¡Mi nariz!...

CIRANO

«¡Mi dedo!... en la grieta
entre el árbol y la corteza! Puede resultar fuerte
y darme...»

CRISTIÁN

Sobre la nariz...

CIRANO

(Secándose la frente.)

...«¡En los nudillos! ¡Sí!»
Pero grité: «¡Adelante, gascón! ¡El deber llama!
¡Adelante, Cirano!» Y así me aventuré...
cuando, de entre la sombra, vino...

CRISTIÁN

Un golpe en la nariz.

CIRANO

Lo paro; me encuentro...

CRISTIÁN
Nariz con nariz...

CIRANO
(Abalanzándose sobre él.)

¡Cielo y tierra!

(Todos los gascones se levantan de un salto para ver, pero, al llegar junto a Cristián, se domina y continúa.)

...con cien borrachos pendencieros,
que apestaban...

CRISTIÁN
A narices...

CIRANO
(Blanco, pero sonriendo.)

¡A cebolla y a copas de aguardiente!
Salté fuera, con la cabeza gacha...

CRISTIÁN
¡Olfateando el viento!

CIRANO
¡Cargo! Ensarto a dos, empalo a uno, lo atravieso;
uno me apunta... ¡Paf! Y lo paro...

CRISTIÁN
¡Pif!

CIRANO
(Estallando.) ¡Gran Dios! ¡Fuera, todos ustedes!

(Los cadetes se precipitan hacia las puertas.)

PRIMER CADETE
¡El tigre despierta!

CIRANO
¡Todos fuera! ¡Déjenme solo con él!

SEGUNDO CADETE
Lo encontraremos picado menudo, hecho picadillo en un gran pastelón.

RAGUENEAU
Me estoy poniendo pálido y me enrosco, como una servilleta, flojo y blanco.

CARBON
Vámonos.

OTRO
¡No dejará ni una migaja!

OTRO
¡Muero de miedo al pensar lo que pasará aquí!

OTRO
(Cerrando la puerta de la derecha.) ¡Algo demasiado horrible!

(Todos han salido por distintas puertas, algunos por la escalera. Cirano y Cristián quedan frente a frente, mirándose un momento.)

ESCENA X

Cirano, Cristián.

CIRANO
¡Abrázame ahora!

CRISTIÁN
Señor...

CIRANO
Eres valiente.

CRISTIÁN
¡Oh! Pero...

CIRANO
No, insisto.

CRISTIÁN
Dígame...

CIRANO
¡Vamos, abrázame! Soy su hermano.

CRISTIÁN
¿Hermano de quién?

CIRANO
¡De ella, por mi fe! ¡De Roxana!

CRISTIÁN
(Abalanzándose hacia él.) ¡Cielos! ¿Su hermano...?

CIRANO
¡Primo... hermano!... ¡lo mismo!

CRISTIÁN
¿Y ella le ha contado...?

CIRANO
¡Todo!

CRISTIÁN
¿Me ama? ¡Dígalo!

CIRANO
¡Quizá!

CRISTIÁN
(Tomándole las manos.) ¡Qué contento estoy de conocerlo, señor!

CIRANO
Eso puede llamarse un sentimiento repentino.

CRISTIÁN
Le pido perdón...

CIRANO
(Mirándolo, con la mano en su hombro.) ¡Es cierto que es apuesto, el bribón!

CRISTIÁN
¡Ah, señor! ¡Si supiera mi admiración!...

CIRANO
¿Y todas esas narices?...

CRISTIÁN
¡Oh! ¡Las retiro!

CIRANO
Roxana espera una carta.

CRISTIÁN
¡Ay del día!

CIRANO
¿Cómo?

CRISTIÁN
¡Estoy perdido si abro los labios!

CIRANO
¿Por qué?

CRISTIÁN
Soy un necio, ¡podría morir de vergüenza!

CIRANO

Nadie es necio si sabe que lo es.
Y usted no me atacó como un necio.

CRISTIÁN

¡Bah! Uno encuentra el grito de guerra para encabezar el asalto.
Tengo cierto ingenio militar,
pero ante las mujeres solo sé callar.
¡Sus ojos! Es verdad que, cuando paso, sus ojos son amables...

CIRANO

¿Y, cuando te quedas, sus corazones, me parece, son más amables?

CRISTIÁN

¡No! Pues soy de esos hombres, mudos,
lo sé, que nunca pueden decir su amor.

CIRANO

Y yo, me parece, si la Naturaleza hubiera sido más bondadosa,
más cuidadosa al forjarme, habría sido
¡de esos hombres que sabrían decir su amor!

CRISTIÁN

¡Oh, expresar los pensamientos con facilidad y gracia!...

CIRANO

...¡Ser mosquetero, con rostro apuesto!

CRISTIÁN

Roxana es preciosa. Seguro que le resultaré
una decepción.

CIRANO

(Mirándolo.) ¡Si yo tuviera

tal intérprete para hablar mi alma!

CRISTIÁN

(Con desesperación.) ¡Elocuencia! ¿Dónde hallarla?

CIRANO

(Bruscamente.) ¡Yo te la presto,

si tú me prestas tus hermosos encantos de vencedor!

¡Fundidos, hacemos un héroe de novela!

CRISTIÁN

¿Cómo?

CIRANO

¿Crees que puedes repetir las cosas
que cada día enseñe a tu lengua?

CRISTIÁN

¿Qué quiere decir?

CIRANO

¡Roxana nunca tendrá una desilusión!
Di, ¿quieres que la cortejemos a dos manos?
¿Quieres que los dos la cortejemos, juntos?
¿Sientes, pasando de mi jubón de cuero
a tu jubón de encajes, toda mi alma inspirándote?

CRISTIÁN

¡Pero, Cirano!...

CIRANO

¿Quieres, digo?

CRISTIÁN

¡Tengo miedo!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CIRANO

Ya que, por ti solo, temes enfriar su corazón,
¿quieres, para encender todo su corazón en llamas,
casar en uno mis frases y tus labios?

CRISTIÁN

¡Le brillan los ojos!

CIRANO

¿Quieres?

CRISTIÁN

¿Le agradará así? ¿Le daré ese placer?

CIRANO

(Con locura.) ¡Eso!...

(Luego con calma, en tono práctico.)

¡Me divertiría!

Es una empresa que tentaría a un poeta.

¿Me completarás, y te completaré yo?

Tú marchas victorioso; yo voy a tu sombra;

¡déjame ser tu ingenio, sé tú mi belleza!

CRISTIÁN

¡La carta, que ella espera ahora mismo!

Yo nunca podré...

CIRANO

(Sacando la carta que había escrito.) ¡Mira! ¡Aquí está, tu carta!

CRISTIÁN

¿Qué?

CIRANO
¡Tómala! Mira, solo le falta la dirección.

CRISTIÁN
Pero yo...

CIRANO
No temas nada. Envíala. Servirá.

CRISTIÁN
Pero ¿usted ha...?

CIRANO
¡Oh! Tenemos los bolsillos llenos,

los poetas, de cartas de amor escritas a Cloes,

Dafnes: creaciones de nuestras cabezas huecas.

Nuestras amadas son fantasmas del cerebro,

¡ensoñaciones convertidas en pompas de jabón! ¡Vamos!

Tómala, y cambia las falsas palabras de amor en verdaderas;

yo respiré mis suspiros y gemidos al azar;

llama a todos estos pájaros errantes del amor al nido.

Verás que yo estaba en estas líneas escritas,

¡más elocuente cuanto menos sincero!

¡Tómala, y acabemos!

CRISTIÁN
¿No convendría cambiar algunas palabras? Escrita al azar,

¿le irá bien a Roxana?

CIRANO
¡Le irá como un guante!

CRISTIÁN
Pero...

CIRANO
¡Ah, credulidad del amor! Roxana

creerá que cada palabra le fue inspirada a ella.

CRISTIÁN
¡Amigo mío!

(Se arroja a los brazos de Cirano. Permanecen así.)

ESCENA XI

Cirano, Cristián, los gascones, el mosquetero, Lise.

UN CADETE
(Entreabriendo la puerta.) ¡Nada aquí!... ¡El silencio de la tumba! No me atrevo a mirar...

(Asoma la cabeza.)

¿Por qué?...

TODOS LOS CADETES
(Entrando y viendo a Cirano y Cristián abrazados.) ¡Oh!...

UN CADETE
¡Esto pasa de todo!

(Consternación.)

EL MOSQUETERO
(Con burla.) ¡Jo, jo!...

CARBON
¿Nuestro demonio se ha vuelto santo? ¡Golpeado en una ventana de la nariz, mira, ofrece la otra!

EL MOSQUETERO

¡Entonces podremos hablar de su nariz de ahora en adelante!...

(Llamando a Lise con jactancia.)

¡Ah, Lise, mira!

(Olfateando con ostentación.)

¡Cielos!... ¡qué hedor!...

(Acercándose a Cirano.)

¡Usted, señor, sin duda lo ha olido!... ¿Qué es este olor que noto aquí?

CIRANO

(Dándole un golpe en la cabeza.) A clavo.

(Alegría general. ¡Los cadetes han encontrado de nuevo al viejo Cirano! Dan volteretas.)

Cae el telón.

ACTO TERCERO

El beso de Roxana

Una placita en el viejo Marais. Casas antiguas. Una perspectiva de callejuelas.

A la derecha, la casa de Roxana y el muro de su jardín, cubierto de espeso follaje. Ventana y balcón sobre la puerta. Delante, un banco.

Desde el banco y las piedras que sobresalen del muro es fácil trepar al balcón. Enfrente, una casa antigua del mismo estilo, de ladrillo y piedra. El llamador de esa puerta está vendado con lino, como un pulgar herido.

Al levantarse el telón, la dueña está sentada en el banco. La ventana del balcón de Roxana está abierta de par en par.

Ragueneau está de pie junto a la puerta, con una especie de librea. Acaba de contarle algo a la dueña y se enjuga los ojos.

ESCENA I

Ragueneau, la dueña. Luego Roxana, Cirano y dos pajes.

RAGUENEAU

...Y entonces se marchó, ¡con un mosquetero! Abandonado y arruinado, además, quise acabar con todo y me colgué. Había dado ya mi último aliento... ¡cuando entra el señor de Bergerac! Me descuelga y le ruega a su prima que me tome por mayordomo.

LA DUEÑA

Pero ¿cómo fue que se arruinó usted así?

RAGUENEAU
¡Ay! Lise amaba a los guerreros, y yo a los poetas. Los pasteles que Apolo tuvo a bien dejar los arrebataba al instante Marte. Así que la ruina no tardó en llegar.

LA DUEÑA
(Levantándose y llamando hacia la ventana abierta.) Roxana, ¿está lista? ¡Nos esperan!

LA VOZ DE ROXANA
(Desde la ventana.) ¡Solo me pongo una capa!

LA DUEÑA
(A Ragueneau, mostrándole la puerta de enfrente.) Nos esperan ahí enfrente, en casa de Clomira. Hoy recibe a todos: las preciosas, los poetas; leen un discurso sobre la Pasión Tierna.

RAGUENEAU
¿La Pasión Tierna?

LA DUEÑA
(Con voz melindrosa.) ¡Sí, señor!

(Llamando hacia la ventana.)

Roxana, ¡si no baja pronto, nos perderemos el discurso sobre la Pasión Tierna!

LA VOZ DE ROXANA
¡Voy! ¡Voy!

(Se oye acercarse un sonido de instrumentos de cuerda.)

LA VOZ DE CIRANO
(Detrás de las bambalinas, cantando.) ¡La, la, la, la!

LA DUEÑA
(Sorprendida.) ¿Nos dan una serenata?

CIRANO
(Seguido de dos pajes con archilaúdes.) ¡Les digo que son semifusas, semisemitontos!

PRIMER PAJE
(Con ironía.) ¿Sabe usted, señor, distinguir entre semicorcheas y semifusas?

CIRANO
¿No es todo discípulo de Gassendi un músico?

EL PAJE
(Tocando y cantando.) ¡La, la!

CIRANO
(Quitándole el laúd y siguiendo la frase.) ¡En prueba de lo cual, puedo continuar! ¡La, la, la, la!

ROXANA
(Apareciendo en el balcón.) ¿Qué? ¿Eres tú?

CIRANO
(Siguiendo la melodía y cantando.) ¡Soy yo, que vengo a dar serenata a tus lirios y a rendir homenaje a tus ro-o-osas!

ROXANA
¡Bajo enseguida!

(Deja el balcón.)

LA DUEÑA
(Señalando a los pajes.) ¿Cómo han llegado aquí estos dos virtuosos?

CIRANO

Por una apuesta que le gané a D'Assoucy. Disputábamos un punto delicado de gramática; las contradicciones ardían: «¡Es así!», «¡No, es así!», cuando de pronto me muestra a estos dos zancudos, a quienes lleva consigo como escolta, y que son hábiles rasgando cuerdas de laúd con sus garras flacas. «Le apuesto un día de música», dice. ¡Y lo perdió! Así, ya ve usted, hasta que el carro de Febo vuelva a ponerse en marcha, estos tañedores me pisan los talones, viendo todo lo que hago, oyendo todo lo que digo y acompañándolo todo con melodía. Al principio fue divertido, pero, a fe mía, ¡ya empiezo a cansarme!

(A los músicos.)

¡Eh, ustedes! ¡Vayan a dar serenata a Montfleury de mi parte! ¡Tóquenle una danza!

(Los pajes se dirigen a la puerta. A la dueña.)

He venido, como cada noche, a preguntar a Roxana si...

(A los pajes, que se van.)

¡Toquen mucho rato, y toquen desafinado!

(A la dueña.)

...si el elegido de su alma es siempre el mismo, siempre sin tacha.

ROXANA

(Saliendo de la casa.) ¡Ah! ¡Qué apuesto es, qué ingenio tan brillante! Y... ¡cuánto lo quiero!

CIRANO

(Sonriendo.) ¿Cristián tiene un ingenio tan brillante?

ROXANA
¡Más brillante aún que el tuyo, primo!

CIRANO
¡Sea, de todo corazón!

ROXANA
¡Ah! Me parece imposible que respire sobre la tierra un hombre capaz de decir con tanta dulzura como él todas esas naderías bonitas que significan tanto, ¡que lo significan todo! A veces su mente parece lejana, la Musa calla... ¡y de pronto habla, hechizando, encantando!

CIRANO
(Incrédulo.) ¡No, no!

ROXANA
¡Qué feo lo que dices! Pero ¡mira que los hombres son siempre así! Porque es hermoso de ver, quieres que sea torpe de palabra.

CIRANO
¿Tiene una lengua elocuente para decir su amor?

ROXANA
¿Para decir su amor? ¡Si no es simple decir, es disertación, es análisis!

CIRANO
¿Y con la pluma?

ROXANA
¡Aún mejor! Escucha, aquí:

(Recitando.)

«Cuanto más de mi pobre corazón tomes,
mayor se hace mi corazón.»

(Triunfante, a Cirano.)

¿Qué te parecen esos versos?

CIRANO

¡Bah!

ROXANA

Y sigue así...
«Y, ya que algún blanco debo mostrar
al cruel dardo de Cupido,
si el mío te dignas guardar,
¡dame entonces tu dulce corazón!»

CIRANO

¡Señor! Primero tiene demasiado, luego no tiene bastante. ¿Cuánto corazón quiere el hombre?

ROXANA

¡Sacarías de quicio a un santo!... Pero es tu envidia.

CIRANO

(Sobresaltado.) ¿Qué quieres decir?

ROXANA

¡Sí, tu envidia de poeta! A ver, ¿no es esto también tierno y dulce?
«A tu corazón el mío solo un grito lanza:
si los besos pudieran huir veloces
por carta, con tus dulces labios
mis cartas leídas serían.
¡Si los besos pudieran escribirse con tinta,
si los besos pudieran huir veloces!»

CIRANO

(Sonriendo con aprobación a su pesar.) ¡Ja! Esos últimos versos son... ¡hm!... ¡hm!...

(Corrigiéndose, con desdén.)

...¡bastante pobres!

ROXANA
Y esto...

CIRANO
(Encantado.) ¿Entonces te sabes sus cartas de memoria?

ROXANA
¡Todas!

CIRANO
¡Por todos los juramentos que existen, es halagador!

ROXANA
¡Son versos de un maestro!

CIRANO
(Con modestia.) Vamos, no... ¿un maestro?...

ROXANA
¡Sí, lo digo: un maestro!

CIRANO
Bien, sea.

LA DUEÑA
(Bajando deprisa.) ¡Viene el señor de Guiche!

(A Cirano, empujándolo hacia la casa.)

¡Adentro! Más vale que no lo vea; podría ponerlo sobre la pista...

ROXANA
(A Cirano.) ¡Sí, de mi querido secreto! Me ama, y es poderoso, y, si lo supiera, ¡todo estaría perdido! ¡Por mi fe, podría dar un golpe mortal a mi amor!

CIRANO
(Entrando en la casa.) ¡Bien, bien!

(Aparece De Guiche.)

ESCENA II

Roxana, De Guiche, la dueña, un poco apartada.

ROXANA
(Haciendo una reverencia a De Guiche.) Iba a salir.

DE GUICHE
Vengo a despedirme.

ROXANA
¿Adónde va?

DE GUICHE
A la guerra.

ROXANA
¡Ah!

DE GUICHE
Sí, esta noche.

ROXANA
¡Oh!

DE GUICHE
Me han ordenado partir. Vamos a sitiar Arras.

ROXANA
¡Ah!... ¿A sitiar?...

DE GUICHE
Sí. Mi partida no la conmueve, según parece.

ROXANA
No...

DE GUICHE
Estoy afligido hasta lo hondo del corazón. ¿Volveré a verla?... ¿Cuándo? No lo sé. ¿Ha oído que me han nombrado comandante?...

ROXANA
(Con indiferencia.) ¡Bravo!

DE GUICHE
Del regimiento de Guardias.

ROXANA
(Sobresaltada.) ¡Cómo! ¿De los Guardias?

DE GUICHE
Sí, donde sirve su primo, el fanfarrón pendenciero. Encontraré el modo de vengarme de él en Arras.

ROXANA
(Ahogándose.) ¿Qué quiere decir? ¿Los Guardias van a Arras?

DE GUICHE
(Riendo.) Piense: ¿no es mi propio regimiento?

ROXANA
(Cayendo sentada en el banco; aparte.) ¡Cristián!

DE GUICHE
¿Qué le pasa?

ROXANA
(Profundamente conmovida.) ¡Oh, estoy desesperada! ¡El hombre a quien uno ama!... ¡a la guerra!

DE GUICHE
(Sorprendido y encantado.) ¡Qué palabras tan dulces me dice! ¡Es la primera vez!... ¡y justo cuando debo dejarla!

ROXANA
(Serenándose y abanicándose.) Así que... ¿querría vengar su rencor contra mi primo?

DE GUICHE
¿Mi hermosa dama está de su parte?

ROXANA
¡No, contra él!

DE GUICHE
¿Lo ve a menudo?

ROXANA
Muy rara vez.

DE GUICHE
Ahora se lo encuentra siempre en compañía de uno de los cadetes... un tal Neu... villen... viller...

ROXANA
¿De alta estatura?

DE GUICHE
¡Rubio!

ROXANA
¡Sí, un pelirrojo!

DE GUICHE
¡Apuesto!...

ROXANA
¡Bah!

DE GUICHE
Pero de escaso ingenio.

ROXANA
¡Uno lo diría al mirarlo!

(Cambiando de tono.)

¿Cómo piensa vengarse de Cirano? ¿Tal vez pretende ponerlo en lo más espeso de los disparos? No, créame, ¡esa sería una venganza pobre: él preferiría ese puesto a cualquier otro! Yo sé cómo herir su orgullo mucho más hondo.

DE GUICHE
¿Cómo? Dígalo...

ROXANA
Si, cuando el regimiento marche a Arras, se lo dejara aquí con sus queridos compañeros, los Cadetes, de brazos cruzados mientras dure la guerra. Ese es el método, si quiere enfurecer a un hombre de su especie: quítele su ocasión de peligro mortal, y lo castigará usted cruelmente.

DE GUICHE
(Acercándose.) ¡Oh mujer, mujer! ¿Quién sino una mujer habría ideado una trampa tan sutil?

ROXANA
¿No ve cómo se le corroerá el corazón, mientras sus amigos se muerden los gruesos puños por verse privados de la batalla? Así se vengará mejor.

DE GUICHE
¿Me ama, entonces, un poco?

(Ella sonríe.)

¡Quisiera, viendo cómo toma usted mi causa, Roxana, creerlo una prueba de amor!

ROXANA

¡Es una prueba de amor!

DE GUICHE

(Mostrando unos papeles sellados.) Aquí están las órdenes de marcha; se enviarán enseguida a cada compañía... salvo...

(Separa uno.)

...¡esta! Es la de los Cadetes.

(Se la guarda en el bolsillo.)

Esta me la quedo.

(Riendo.)

¡Ja, ja, ja! ¡Cirano! ¡Su amor a la pelea!... ¿De modo que sabe usted jugar malas pasadas?... ¡usted, entre todas las damas!

ROXANA

¡A veces!

DE GUICHE
(Acercándose mucho a ella.) ¡Oh, cuánto la amo!... ¡hasta la locura! Escuche: esta noche... es cierto que debería partir... pero... ¿cómo dejarla ahora que siento su corazón conmovido? Aquí cerca, en la calle de Orleans, hay un convento fundado por el padre Atanasio, síndico de los capuchinos. Es cierto que ningún laico puede entrar, pero... ¡yo lo arreglaré con los buenos Padres! Las mangas de sus hábitos son lo bastante anchas para esconderme. Ellos sirven en la capilla privada de Richelieu, y por respeto al tío temen al sobrino. Todos creerán que me he ido. Vendré a verla, enmascarado. ¡Permítame esperar hasta mañana, dulce dama caprichosa!

ROXANA
Pero, si se rumorea, su gloria...

DE GUICHE
¡Bah!

ROXANA
Pero el sitio... Arras...

DE GUICHE
Correrá su suerte. Dé solo su permiso.

ROXANA
¡No!

DE GUICHE
¡Concédamelo!

ROXANA
(Con ternura.) ¡Sería mi deber prohibírselo!

DE GUICHE
¡Ah!

ROXANA
¡Debe partir!

(Aparte.)

Cristián se queda aquí.

(En voz alta.)

Quiero que sea usted heroico... ¡Antonio!

DE GUICHE
¡Oh, palabra celestial! ¿Ama usted, entonces, a aquel...?

ROXANA
...por quien temblaba.

DE GUICHE
(Extasiado.) ¡Ah! ¡Entonces parto!

(Le besa la mano.)

¿Está contenta?

ROXANA
Sí, amigo mío.

(Él sale.)

LA DUEÑA
(Haciendo a sus espaldas una reverencia burlona.) «Sí, amigo mío.»

ROXANA
(A la dueña.) Ni una palabra de lo que he hecho. ¡Cirano jamás me perdonaría haberle robado su pelea!

(Llama hacia la casa.)

¡Primo!

ESCENA III

Roxana, la dueña, Cirano.

ROXANA
Vamos a casa de Clomira.

(Señala la puerta de enfrente.)

¡Alcandro y Lisimón van a disertar!

LA DUEÑA
(Metiéndose el meñique en el oído.) ¡Sí! Pero mi meñique me dice que nos los perderemos.

CIRANO
¡Sería una pena perderse a tales monos!

(Han llegado a la puerta de Clomira.)

LA DUEÑA
¡Ay, mire! ¡Han amortajado el llamador!

(Hablándole al llamador.)

¡Así que han amordazado esa lengua de metal, ruidosillo, para que no moleste a los finos oradores!

(Lo levanta con cuidado y llama con precaución.)

ROXANA
(Viendo que la puerta se abre.) ¡Entremos!

(En el umbral, a Cirano.)

Si viene Cristián, como estoy segura de que vendrá, ¡dile que me espere!

CIRANO
(Rápidamente, cuando ella va a entrar.) ¡Escucha!

(Ella se vuelve.)

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

¿Sobre qué piensas interrogarlo, como sueles, esta noche?

ROXANA
Oh...

CIRANO
(Con ansia.) Vamos, dilo.

ROXANA
Pero ¿serás mudo?

CIRANO
Mudo como un pez.

ROXANA
No lo interrogaré en absoluto, sino que le diré: ¡da rienda suelta a tu fantasía! ¡No prepares tus discursos, sino di los pensamientos según vengan! ¡Háblame de amor, y háblame espléndidamente!

CIRANO
(Sonriendo.) ¡Muy bien!

ROXANA
¡Pero en secreto!...

CIRANO
En secreto.

ROXANA
¡Ni una palabra!

(Entra y cierra la puerta.)

CIRANO
(Cuando la puerta está cerrada, inclinándose ante ella.)
¡Mil gracias!

(La puerta se abre otra vez y Roxana asoma la cabeza.)

ROXANA
¡No vaya a prepararse!

CIRANO
¡El diablo! ¡No, no!

LOS DOS A LA VEZ
Secreto.

(La puerta se cierra.)

CIRANO
(Llamando.) ¡Cristián!

ESCENA IV

Cirano, Cristián.

CIRANO
Sé todo lo necesario. Aquí tienes ocasión
de cubrirte de gloria. Vamos,
no pierdas tiempo; deja esas caras hoscas,
ven a tu casa conmigo, yo te enseñaré...

CRISTIÁN
¡No!

CIRANO
¿Por qué?

CRISTIÁN
Esperaré aquí a Roxana.

CIRANO
¿Cómo? ¿Loco?
Ven rápido conmigo y aprende...

CRISTIÁN

¡No, no, digo!
Estoy harto de estas cartas prestadas,
¡de estos galanteos prestados! ¡Hacer así un papel,
y temblar todo el tiempo! Estuvo bien
al principio. ¡Ahora sé que ella me ama!
¡Ya no temo! Hablaré yo mismo.

CIRANO

¡Piedad!

CRISTIÁN

¿Y cómo sabes que no sé hablar?
¡No soy tan necio, al fin y al cabo!
He aprovechado tus lecciones. Verás
que sabré hablar solo. ¡Qué diablo!
¡Al menos sé estrecharla entre mis brazos!

(Viendo salir a Roxana de casa de Clomira.)

¡Es ella! Cirano, ¡no! ¡No me dejes!

CIRANO

(Inclinándose.) | Habla por ti mismo, amigo, y tenta tu suerte.

(Desaparece tras el muro del jardín.)

ESCENA V

Cristián, Roxana, la dueña.

ROXANA

(Saliendo de casa de Clomira con un grupo de amigos, a quienes deja. Reverencias y despedidas.) ¡Bartenoide! ¡Alcandro! ¡Gremione!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

LA DUEÑA

(Amargamente decepcionada.) ¡Nos hemos perdido el discurso sobre la Pasión Tierna!

(Entra en la casa de Roxana.)

ROXANA

(Aún haciendo reverencias.) ¡Urimedonte, adiós!

(Todos se inclinan ante Roxana y entre sí, y luego se separan, yéndose por distintas calles. Roxana, viendo de pronto a Cristián.)

¡Tú!

(Va hacia él.)

Cae la tarde. Sentémonos. Habla. Te escucho.

CRISTIÁN

(Se sienta junto a ella en el banco. Un silencio.) ¡Oh! ¡Te amo!

ROXANA

(Cerrando los ojos.) Sí, háblame de amor.

CRISTIÁN

¡Te amo!

ROXANA

¡Ese es el tema! Pero varíalo.

CRISTIÁN

Yo...

ROXANA

¡Varíalo!

CRISTIÁN

¡Te amo tanto!

ROXANA
¡Oh, sin duda! ¿Y luego?...

CRISTIÁN
Y luego... yo sería... ¡oh!... tan feliz... tan feliz... ¡si tú me amaras! Roxana, ¡dímelo!

ROXANA
(Con una pequeña mueca.) Esperaba nata, ¡y me das gachas! Dime cómo te posee el amor.

CRISTIÁN
¡Oh, por completo!

ROXANA
¡Vamos, vamos!... ¡desenreda esos sentimientos anudados!

CRISTIÁN
Tu cuello... ¡quisiera besarlo!

ROXANA
¡Cristián!

CRISTIÁN
¡Te amo!

ROXANA
(Medio levantándose.) ¡Otra vez!

CRISTIÁN
(Ansioso, deteniéndola.) ¡No, no! ¡No te amo!

ROXANA
(Sentándose de nuevo.) ¡Bien!

CRISTIÁN
¡Pero te adoro!

ROXANA
(Levantándose y alejándose.) ¡Oh!

CRISTIÁN
¡Me he vuelto estúpido!

ROXANA
(Secamente.) Y eso me disgusta casi tanto como me disgustaría que te volvieras feo.

CRISTIÁN
Pero...

ROXANA
¡Reúne tu pobre elocuencia que se ha ido!

CRISTIÁN
Yo...

ROXANA
Sí, me amas, eso lo sé. Adiós.

(Va hacia su casa.)

CRISTIÁN
¡Oh, no te vayas todavía! Quería decirte...

ROXANA
(Abriendo la puerta.) ¿Que me adoras? Lo he oído muchas veces. ¡No! ¡Vete!

CRISTIÁN
Pero yo quisiera...

(Ella le cierra la puerta en la cara.)

CIRANO
(Que ha vuelto a entrar sin ser visto.) ¡A fe mía! ¡Es un éxito!

ESCENA VI

Cristián, Cirano, dos pajes.

CRISTIÁN
¡Ayúdame!

CIRANO
¡Yo no!

CRISTIÁN
Pero me moriré si no recobro enseguida su favor.

CIRANO
Y ¿cómo puedo yo, enseguida, en nombre del diablo, darte lecciones de...?

CRISTIÁN
(Agarrándole el brazo.) ¡Oh, ahí está!

(La ventana del balcón se ilumina.)

CIRANO
(Conmovido.) ¡Su ventana!

CRISTIÁN
¡Oh! ¡Me moriré!

CIRANO
¡Habla más bajo!

CRISTIÁN
(En un susurro.) ¡Me moriré!

CIRANO
La noche es oscura...

CRISTIÁN
¿Y bien?

CIRANO
Todo puede repararse, aunque no lo mereces. ¡Ponte ahí, pobre diablo, frente al balcón! Yo me pondré debajo y te soplaré las palabras...

CRISTIÁN
Pero...

CIRANO
¡Cállate!

LOS PAJES
(Reapareciendo al fondo; a Cirano.) ¡Eh!

CIRANO
¡Chitón!

(Les hace señas de que hablen bajo.)

PRIMER PAJE
(En voz baja.) Hemos tocado la serenata que ordenó para Montfleury.

CIRANO
(Rápido, en voz baja.) ¡Vayan! Apóstense en emboscada, uno en esta esquina y otro en aquella; y, si algún transeúnte se acerca, ¡toquen una tonada!

SEGUNDO PAJE
¿Qué tonada, señor gasendista?

CIRANO
Alegre, si viene una mujer; ¡triste, si es un hombre!

(Los pajes desaparecen, uno en cada esquina. A Cristián.)

¡Llámala!

CRISTIÁN
¡Roxana!

CIRANO
(Recogiendo piedras y tirándolas a la ventana.) ¡Unos guijarros! Espera un poco.

ROXANA
(Entreabriendo el ventanal.) ¿Quién me llama?

CRISTIÁN
¡Yo!

ROXANA
¿Quién es?

CRISTIÁN
¡Cristián!

ROXANA
(Con desdén.) ¡Oh! ¿Tú?

CRISTIÁN
Quisiera hablarte.

CIRANO
(Bajo el balcón; a Cristián.) Bien. Habla suave y bajo.

ROXANA
¡No, hablas con necedad!

CRISTIÁN
¡Oh, ten piedad de mí!

ROXANA
¡No! ¡Ya no me amas!

CRISTIÁN
(Apuntado por Cirano.) ¿Dices... ¡gran Cielo!... que ya no amo? ¡Cuando... yo... amo más y más!

ROXANA
(Que iba a cerrar el ventanal, deteniéndose.) ¡Espera! Es un poquito mejor. ¡Sí, un poquito!

CRISTIÁN
(El mismo juego.) El amor creció rápido, mecido por el ansioso latir...

de este pobre corazón, que el cruel y travieso niño...

¡tomó por cuna!

ROXANA
(Saliendo al balcón.) ¡Eso es mejor! Pero,

si crees que Cupido es tan cruel,

¡deberías haber ahogado al amor niño en su cuna!

CRISTIÁN
(El mismo juego.) Ah, señora, lo intenté, pero en vano.

Este... recién nacido... ¡es un joven... Hércules!

ROXANA
¡Aún mejor!

CRISTIÁN
(El mismo juego.) Así estranguló en mi corazón

a las... serpientes gemelas... del Orgullo... y la Duda.

ROXANA
(Inclinándose sobre el balcón.) ¡Bien dicho! Pero ¿por qué tantas dudas? ¿Te ha caído la parálisis en la imaginación?

CIRANO
(Llevando a Cristián bajo el balcón y deslizándose en su lugar.) ¡Cede el sitio! ¡Esto se pone crítico!...

ROXANA
Hoy... tus palabras vacilan.

CIRANO
(Imitando a Cristián, en un susurro.) Ha llegado la noche...

en la penumbra tantean el camino hacia tu oído.

ROXANA
Pero mis palabras no hallan tal obstáculo.

CIRANO
¿Hallan el camino enseguida? ¡No es de extrañar!
Pues dentro de mi corazón encuentran su morada.
Piensa qué grande es mi corazón, qué pequeño tu oído.
Y, además, al bajar desde alturas hermosas, las palabras caen deprisa,
pero las mías deben subir, señora, ¡y eso lleva tiempo!

ROXANA
Me parece que tus últimas palabras han aprendido a trepar.

CIRANO
¡Con práctica, tal gimnasia resulta menos dura!

ROXANA
En verdad, ¡parece que hablo desde alturas lejanas!

CIRANO
Cierto, muy por encima; a tal altura sería la muerte
que una palabra dura tuya cayese sobre mi corazón.

ROXANA
(Moviéndose.) Voy a bajar...

CIRANO
(Apresuradamente.) ¡No!

ROXANA
(Mostrándole el banco bajo el balcón.) Sube entonces al banco.

CIRANO
(Retrocediendo, alarmado.) ¡No!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ROXANA

¿Cómo? ¿No quieres?

CIRANO

(Cada vez más conmovido.)

¡Quédate un momento! Es dulce...
la rara ocasión en que nuestros corazones pueden hablar
siendo nosotros mismos sin ver ni ser vistos.

ROXANA

¿Por qué sin ser vistos?

CIRANO

Sí, es dulce. Medio ocultos, medio revelados,
tú ves los pliegues oscuros de mi capa que me envuelve,
y yo, la blancura trémula de tu vestido:
¡yo apenas una sombra, tú un resplandor hermoso!
¿Sabes lo que contiene este momento para mí?
Si alguna vez fui elocuente...

ROXANA

¡Lo fuiste!

CIRANO

Y, sin embargo, hasta esta noche mi habla nunca había brotado
tan derecha del corazón como brota ahora.

ROXANA

¿Por qué no?

CIRANO

Hasta ahora hablaba al azar...

ROXANA

¿Qué?

CIRANO

Tus ojos
tienen rayos que marean a los hombres. Pero esta noche
¡creo que hallaré palabras por primera vez!

ROXANA

Es verdad, tu voz suena con un tono nuevo.

CIRANO

(Acercándose, apasionado.)

¡Sí, un tono nuevo! En el tierno y protector crepúsculo
me atrevo a ser yo mismo por una vez... ¡por fin!

(Se detiene, titubea.)

¿Qué digo? ¡No lo sé! Oh, perdóname... me estremece, es
tan dulce, tan nuevo...

ROXANA

¿Cómo? ¿Tan nuevo?

CIRANO

(Desconcertado, tratando de recobrar el hilo de la frase.)

Sí... ser por fin sincero.
Hasta ahora, mi corazón helado, por miedo a las burlas...

ROXANA

¿Burlas, por qué?

CIRANO

¡Por su latir loco! Sí,
mi corazón se ha vestido de palabras ingeniosas
para ocultarse a ojos curiosos: impulsado
a veces a apuntar a una estrella, detengo la mano
y, por miedo al ridículo, ¡corto una flor silvestre!

ROXANA

Una flor silvestre es dulce.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CIRANO

Sí, pero esta noche... ¡la estrella!

ROXANA

¡Oh! Nunca antes habías hablado así.

CIRANO

Si, dejando las flechas de Cupido, sus carcajes, sus antorchas,
nos pusiéramos a buscar cosas más dulces, más frescas.
En vez de sorber en un vasito de enano
aguas insípidas de moda, probáramos
cómo apaga el alma su sed en un trago sin miedo,
¡bebiendo desde el borde desbordado del río!

ROXANA

Pero ¿el ingenio?...

CIRANO

Si lo he usado para detenerte
al principio, ahora sería una afrenta,
un insulto a la Noche perfumada, a la Naturaleza,
decir palabras finas que guarnecen vanas cartas de amor.
¡Alza solo la vista a sus estrellas! El sereno Cielo
aliviará nuestros corazones de todo lo artificial.
Temo que, en la alquimia en que somos tan hábiles,
la verdad del sentimiento se disuelva y se desvanezca;
que el alma, agotada por estos pasatiempos vacíos,
¡gane cosas finas a costa de perderlo todo!

ROXANA

Pero ¿el ingenio? Digo...

CIRANO

En el amor es un crimen, ¡es odioso!
¡Convertir el amor franco en sutil esgrima!
Al fin llega el momento, inevitable
(¡ay de quienes nunca conocen ese momento!),
en que, al existir en nosotros el amor que ennoblece,
cada palabra bien pesada es inútil y entristece el alma.

ROXANA

Pues, si ese momento ha llegado para nosotros, supónlo.
¿Qué palabras te servirían?

CIRANO

Todas, todas, todas, cualesquiera
que me vinieran, tal como vinieran, las arrojaría
en un racimo salvaje, no en un ramillete cuidado.
¡Te amo! ¡Estoy loco! ¡Amo, me ahogo!
Tu nombre está en mi corazón como en un cencerro,
y, como siempre tiemblo pensando en ti,
¡siempre el cencerro se agita, siempre tu nombre suena!
Todo lo tuyo lo recuerdo, porque lo amo todo;
sé que el año pasado, el doce de mayo,
para salir a pasear, un día te cambiaste las trenzas.
Estoy tan hecho a tomar tu cabellera por la luz del día
que, como cuando el ojo mira fijo el disco del sol
y luego ve largo rato una mancha roja en todas las cosas,
así, cuando dejo tus rayos, mi vista deslumbrada
ve en todo una mancha rubia estampada.

ROXANA

(Agitada.) ¡Pero esto es amor de veras!...

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CIRANO

Sí, cierto, el sentimiento
que me llena, terrible y celoso, es en verdad
amor, que siempre es triste en medio de sus transportes.
Amor... y, extrañamente, ¡no una pasión egoísta!
Yo por tu alegría pondría gustoso la mía en el suelo,
aunque nunca llegaras a saberlo, ¡nunca!,
si solo pudiera a veces, lejano y solitario,
oír algún eco alegre del gozo que te compré.
Cada mirada tuya despierta en mí una virtud,
un valor nuevo, desconocido. ¿Empiezas, dulce,
a comprender? ¿Tan tarde, me comprendes?
¿Sientes mi alma, aquí, subiendo a través de la oscuridad?
¡Demasiado bella la noche! ¡Demasiado, demasiado bello el momento!
¡Que yo hable así, y que tú me escuches!
¡Demasiado bello! En los momentos en que mis esperanzas se alzaban más altivas
jamás esperé tal galardón. No me queda
más que morir ahora. ¿Tienen mis palabras el poder
de hacerte temblar, entronizada allí entre las ramas?
Sí, como una hoja entre las hojas, tiemblas.
¡Tiemblas! Pues siento, quieras o no quieras,
el temblor amado de tu mano
estremecerse por las ramas, por tus sarmientos de jazmín.

(Besa apasionadamente uno de los zarcillos colgantes.)

ROXANA

¡Sí! Tiemblo, lloro... ¡soy tuya! ¡Me has conquistado por entero!

CIRANO

¡Entonces que venga la muerte! ¡Soy yo, yo mismo, quien te conquistó!
Una cosa, solo una, me atrevo a pedir...

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CRISTIÁN
(Bajo el balcón.) ¡Un beso!

ROXANA
(Retrocediendo.) ¿Qué?

CIRANO
¡Oh!

ROXANA
¿Pides...?

CIRANO
Yo...

(A Cristián, en un susurro.)

¡Necio! ¡Vas demasiado deprisa!

CRISTIÁN
Ya que está tan conmovida, ¡lo aprovecharé!

CIRANO
(A Roxana.) Mis palabras brotaron sin pensar, pero ahora veo... ¡qué vergüenza!... que fui demasiado presuntuoso.

ROXANA
(Un poco enfriada.) Qué pronto te retiras.

CIRANO
Sí, me retiro sin retirarme. ¿He ofendido tu pudor? Si es así... el beso que pedí, oh, no lo concedas.

CRISTIÁN
(A Cirano, tirándole de la capa.) ¿Por qué?

CIRANO
¡Silencio, Cristián! ¡Calla!

ROXANA
(Inclinándose.) ¿Qué susurras?

CIRANO
Me reñía por mis avances demasiado audaces; me decía: «¡Silencio, Cristián!»

(Empiezan a sonar los laúdes.)

¡Escucha! Espera un poco... ¡Se oyen pasos!

(Roxana cierra la ventana. Cirano escucha los laúdes, uno de los cuales toca una tonada alegre y el otro una melancólica.)

¡Vaya, tocan triste... luego alegre... luego triste! ¿Qué? ¡Ni hombre ni mujer!... ¡Ah, un monje!

(Entra un fraile capuchino, con un farol. Va de casa en casa, mirando cada puerta.)

ESCENA VII

Cirano, Cristián, un fraile capuchino.

CIRANO
(Al fraile.) ¿Qué hace usted, jugando a Diógenes?

EL FRAILE
Busco la casa de la señora...

CRISTIÁN
¡Oh, que el diablo se lo lleve!

EL FRAILE
Magdalena Robin...

CRISTIÁN
¿Qué quiere?...

CIRANO
(Señalando una calle del fondo.) ¡Por aquí! Siga recto...

EL FRAILE

Se lo agradezco, y, por su intención, rezaré el rosario hasta la última cuenta.

(Sale.)

CIRANO

¡Buena suerte! Mis bendiciones sobre su capucha.

(Vuelve junto a Cristián.)

ESCENA VIII

Cirano, Cristián.

CRISTIÁN

¡Oh, consígueme ese beso!...

CIRANO

¡No!

CRISTIÁN

¡Tarde o temprano!...

CIRANO

Es verdad. El momento de embriaguez, de locura, en que las bocas de ustedes están seguras de encontrarse, gracias a tu hermoso bigote y a sus labios de rosa.

(Para sí.)

Preferiría que viniese gracias a...

(Se oye abrirse de nuevo los postigos. Cristián vuelve a colocarse bajo el balcón.)

ESCENA IX

Cirano, Cristián, Roxana.

ROXANA

(Saliendo al balcón.) ¿Seguís ahí? Hablábamos de un...

CIRANO

¡Un beso! La palabra es dulce.
No veo por qué tu labio haya de rehuirla;
si la palabra te quema, ¿qué haría el beso?
¡Oh, no dejes que tu pudor se espante!
¿No has, todo este tiempo, insensiblemente,
dejado a un lado la burla, y sin alarma
deslizádote de la sonrisa al suspiro, del suspiro al llanto?
Desliza suavemente, imperceptiblemente, adelante:
¡de la lágrima al beso hay un estremecimiento, un latido!

ROXANA

¡Calla, calla!

CIRANO

Un beso, después de todo, ¿qué es?
Un juramento ratificado, una promesa sellada,
una confesión del corazón que reclama confirmación,
un punto rosa sobre la i de «adoración»,
un secreto que se susurra a la boca, no al oído,
roce de ala de abeja que hace eterno el tiempo,
comunión perfumada como las flores silvestres de primavera,
alivio del corazón en el aliento del corazón,
¡cuando a los labios sube, rebosante, la riada del alma!

ROXANA

¡Calla, calla!

CIRANO

Un beso, señora, es honroso:
la Reina de Francia, a un señor muy favorecido,
concedió un beso... ¡la Reina misma!

ROXANA
¿Y qué?

CIRANO
(Hablando con más calor.)

Buckingham sufrió en silencio; así yo.
Adoraba a su Reina tan lealmente como yo,
estaba triste, pero fiel; así yo...

ROXANA
Y tú eres tan hermoso como Buckingham.

CIRANO
(Aparte, de pronto enfriado.) Es cierto... ¡lo olvidaba!

ROXANA
¿Debo entonces mandarte subir a coger esta flor?

CIRANO
(Empujando a Cristián hacia el balcón.) ¡Sube!

ROXANA
¡Este respirarse el corazón!...

CIRANO
¡Sube!

ROXANA
¡Este roce de ala de abeja!...

CIRANO
¡Sube!

CRISTIÁN
(Vacilando.) ¡Pero siento ahora que está mal hecho!

ROXANA
¡Este momento infinito!...

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CIRANO

(Empujándolo aún.) ¡Vamos, zoquete, sube!

(Cristián se lanza, y, valiéndose del banco, las ramas y los pilares, trepa al balcón y lo salva de una zancada.)

CRISTIÁN

¡Ah, Roxana!

(La toma en sus brazos y se inclina sobre sus labios.)

CIRANO

¡Ay! ¡Qué extraño dolor me desgarra el corazón!
¡El beso, fiesta del amor, tan cerca! Yo, Lázaro,
yazgo a la puerta en las tinieblas. Y sin embargo a mí
aún me caen una o dos migajas de la mesa del rico.
Sí, es mi corazón el que te recibe, Roxana, ¡el mío!
Pues en los labios que besas besas también
las palabras que dije hace un momento. ¡Mis palabras, mis palabras!

(Suenan los laúdes.)

Un aire triste, un aire alegre: ¡el monje!

(Echa a correr como si viniese de muy lejos, y grita.)

¡Hola!

ROXANA

¿Quién es?

CIRANO

Yo... yo solo pasaba por aquí... ¿Está Cristián?

CRISTIÁN

(Asombrado.) ¡Cirano!

ROXANA

¡Buenas tardes, primo!

CIRANO
¡Prima, buenas tardes!

ROXANA
¡Voy enseguida!

(Desaparece dentro de la casa. Al fondo vuelve a entrar el fraile.)

CRISTIÁN
(Viéndolo.) ¡Otra vez!

(Sigue a Roxana.)

ESCENA X

Cirano, Cristián, Roxana, el fraile, Ragueneau.

EL FRAILE
Es aquí, estoy seguro: la señora Magdalena Robin.

CIRANO
Pero si dijo usted Ro-LIN.

EL FRAILE
No, yo no. ¡B, I, N: BIN!

ROXANA
(Apareciendo en el umbral, seguida de Ragueneau, que lleva un farol, y de Cristián.) ¿Qué ocurre?

EL FRAILE
Una carta.

CRISTIÁN
¿Qué?

EL FRAILE
(A Roxana.) Oh, solo puede traer un asunto santo. Es de un digno señor...

ROXANA

(A Cristián.) ¡De Guiche!

CRISTIÁN

¡Se atreve...!

ROXANA

¡Oh, no me importunará siempre!

(Rompiendo el sello de la carta.)

Te amo, y por eso...

(Lee en voz baja, con ayuda del farol de Ragueneau.)

«Señora:

Los tambores redoblan;

mi regimiento se ciñe los arreos

y parte; pero yo, que creen ya lejos,

me quedo. He osado desobedecer

su mandato. Estoy entre los muros de un convento.

Esta noche iré a verla. Por este pobre monje,

simple necio que no sabe lo que lleva,

le envío esta misiva para avisar su oído.

Sus labios me sonrieron hace poco, demasiado dulces:

¡no me iré sin volver a verlos!

Quiero estar a solas; despida a toda alma,

reciba sola a quien (espero que se haya dignado

perdonar, antes de pedirla, su gran osadía),

a quien es siempre su... etcétera.»

(Al fraile.)

Padre, este es el asunto de la carta:

(Todos se acercan a ella y lee en voz alta.)

«Señora:
El deseo del Cardenal es ley, aunque
le sea desagradable. Por ello
le envío estas líneas, dirigidas a su hermoso oído,
por un hombre santo, discreto, inteligente:
es nuestra voluntad que reciba de él,
en su propia casa, el matrimonio...

(Pasa la hoja.)

...la bendición
de inmediato, esta noche. Sin que el mundo lo sepa,
Cristián será su esposo. Se lo enviamos.
Es aborrecible a su elección. No importa.
Resígnese, y esta obediencia
será bien recompensada por el Cielo. Reciba,
bella señora, toda seguridad de respeto
de quien siempre fue, y sigue siendo,
su humilde y obligado... etcétera.»

EL FRAILE

(Con gran alegría.) ¡Oh, digno señor! Sabía que nada había que temer; ¡solo podía ser un asunto santo!

ROXANA

(A Cristián, en voz baja.) ¿No soy hábil leyendo cartas?

CRISTIÁN
¡Hum!

ROXANA
(En voz alta, con desesperación.) ¡Pero esto es horrible!

EL FRAILE
(Que ha vuelto su farol hacia Cirano.) ¿Es usted?

CRISTIÁN
¡Soy yo!

EL FRAILE
(Volviendo la luz hacia él y, como asaltado por una duda al ver su belleza.) Pero...

ROXANA
(Rápidamente.) Había pasado por alto la posdata. Mire: «Dé veinte pistolas al Convento».

EL FRAILE
¡Oh! ¡Digno señor!

(A Roxana.)

¿Se somete?

ROXANA
(Con aire de mártir.) ¡Me someto!

(Mientras Ragueneau abre la puerta y Cristián invita al fraile a entrar, ella susurra a Cirano.)

¡Oh, mantén a raya a De Guiche! Vendrá. ¡Que no entre hasta que...!

CIRANO
¡Entiendo!

(Al fraile.)

¿Cuánto tiempo necesita para atar el nudo del matrimonio?

EL FRAILE

Un cuarto de hora.

CIRANO

(Empujándolos a todos hacia la casa.) ¡Id! Yo me quedo.

ROXANA

(A Cristián.) ¡Ven!...

(Entran.)

CIRANO

Ahora, ¿cómo retener a De Guiche tanto rato?

(Salta sobre el banco, trepa al balcón por el muro.)

¡Vamos!... ¡Arriba voy!... ¡Ya tengo mi plan!...

(Los laúdes empiezan a tocar un aire muy triste.)

¡Eh, ustedes!

(El trémolo se vuelve cada vez más extraño.)

¡Es un hombre! ¡Sí, esta vez es un hombre!

(Está en el balcón, se encasqueta el sombrero sobre los ojos, se quita la espada, se envuelve en la capa y luego se inclina.)

¡No es demasiado alto!

(Pasa una pierna sobre la barandilla y, tirando hacia sí de una larga rama de uno de los árboles que hay junto al muro del jardín, se agarra a ella con ambas manos, listo para dejarse caer.)

¡Voy a sacudir esta atmósfera!

ESCENA XI

Cirano, De Guiche.

DE GUICHE

(Que entra enmascarado, tanteando en la oscuridad.) ¿Qué estará haciendo ese maldito fraile?

CIRANO

¡El diablo!... ¡Como reconozca mi voz!...

(Soltando una mano, finge dar vuelta a una llave invisible. Solemne.)

¡Cric! ¡Crac!

Adopta tú, Cirano, para el caso,

¡el acento de tu natal Bergerac!...

DE GUICHE

(Mirando la casa.) Es allí. Veo poco... ¡esta máscara me estorba!

(Va a entrar, cuando Cirano salta del balcón, agarrado a la rama, que se dobla y lo deja caer entre la puerta y De Guiche; finge caer pesadamente, como desde gran altura, y queda tendido en el suelo, inmóvil, como aturdido. De Guiche retrocede.)

¿Qué es esto?

(Al alzar la vista, la rama ha vuelto a su sitio. Solo ve el cielo y queda atónito.)

¿De dónde cayó ese hombre?

CIRANO

(Incorporándose y hablando con acento gascón.) ¡De la luna!

DE GUICHE
¿De...?

CIRANO
(Con voz ensoñada.) ¿Qué hora es?

DE GUICHE
¡Ha perdido el juicio, seguro!

CIRANO
¿Qué hora? ¿Qué país es este? ¿Qué mes? ¿Qué día?

DE GUICHE
Pero...

CIRANO
¡Estoy estupefacto!

DE GUICHE
¡Señor!

CIRANO
¡Como una bomba caí de la luna!

DE GUICHE
(Impaciente.) ¡Vamos!

CIRANO
(Levantándose, con voz terrible.) ¡Digo que de la luna!

DE GUICHE
(Retrocediendo.) ¡Bien, bien! ¡Sea!... ¡Está loco de atar!

CIRANO
(Acercándose a él.) ¡Digo de la luna! ¡No es metáfora!...

DE GUICHE
Pero...

CIRANO
¿Fue hace cien años, o un minuto? No sé adivinar qué tiempo abarcó esa caída... ¡desde que estaba en aquella bola de color azafrán!

DE GUICHE
(Encogiéndose de hombros.) ¡Bien! ¡Déjeme pasar!

CIRANO
(Cortándole el paso.) ¿Dónde estoy? ¡Diga la verdad! ¡No tema decirla! ¡Oh, no me ahorre nada! ¿Dónde? ¿Dónde? ¿He caído como una estrella fugaz?

DE GUICHE
¡Morbleu!

CIRANO
¡La caída fue como un relámpago! No hubo tiempo de elegir dónde caer. ¡No sé dónde es esto! ¡Oh, dígame! ¿He aterrizado con mi peso trasero en una luna o en la tierra?

DE GUICHE
Le digo, señor...

CIRANO
(Con un chillido de terror que hace retroceder a De Guiche.) ¿No? ¿Es posible? ¿Estoy en un planeta donde los hombres tienen la cara negra?

DE GUICHE
(Llevándose la mano a la cara.) ¿Qué?

CIRANO
(Fingiendo gran alarma.) ¿Estoy en África? ¿Es usted nativo?

DE GUICHE
(Que se ha acordado de su máscara.) Esta máscara mía...

CIRANO
(Fingiendo tranquilizarse.) ¿En Venecia? ¡Ah! ¿O Roma?

DE GUICHE
(Tratando de pasar.) Una dama me espera...

CIRANO
(Del todo tranquilo.) ¡Ajá! ¡Estoy en París!

DE GUICHE
(Sonriendo a su pesar.) ¡Qué gracioso es el necio!

CIRANO
¿Se ríe?

DE GUICHE
Me río, ¡pero quiero pasar!

CIRANO
(Radiante de alegría.) ¡He vuelto disparado a París!

(Muy a sus anchas, riendo, sacudiéndose el polvo, saludando.)

Vamos, perdóneme: por el último surtidor, cubierto de éter, ¡accidente de viaje! Aún tengo los ojos llenos de polvo de estrellas y las espuelas enredadas en los filamentos de los planetas.

(Quitándose algo de la manga.)

¿Y en mi jubón? ¡Ah, un cabello de cometa!...

(Sopla como para quitarlo.)

DE GUICHE
(Fuera de sí.) ¡Señor!...

CIRANO

(Justo cuando De Guiche va a pasar, alarga la pierna como para mostrarle algo y lo detiene.) En la pierna, la pantorrilla, tengo un diente de la Osa Mayor, y, al pasar rozando a Neptuno, quise evitar la punta de su tridente y caí así sentado, ¡plaf!, justo en la Balanza. ¡Mi peso está marcado, registrado todavía, allá arriba en el cielo!

(Impidiendo apresuradamente que De Guiche pase y reteniéndolo por el botón del jubón.)

Le juro que, si me apretase la nariz, ¡manaría leche!

DE GUICHE

¿Leche?

CIRANO

¡De la Vía Láctea!

DE GUICHE

¡Oh, váyase al infierno!

CIRANO

(Cruzándose de brazos.) ¡Caigo, señor, del cielo! Y ahora, ¿lo creería?, al caer vi que Sirio lleva gorro de dormir. ¡Es cierto!

(Confidencial.)

La otra Osa es aún demasiado pequeña para morder.

(Riendo.)

Pasé por la Lira, pero rompí una cuerda.

(Grandilocuente.)

Pienso escribirlo todo en un libro; las pequeñas estrellas de oro que, envueltas en mi capa, me traje a salvo con no pocos riesgos servirán de asteriscos en la página impresa.

DE GUICHE
¡Vamos, acabemos! Quiero...

CIRANO
¡Ajá! ¡Es usted astuto!

DE GUICHE
¡Señor!

CIRANO
¡Quiere sonsacármelo todo! Cómo está hecha la luna, y si los hombres respiran y viven en su redonda calabaza.

DE GUICHE
(Con enfado.) ¡No, no! Quiero...

CIRANO
¡Ja, ja! ¿Saber cómo subí? Escuche, fue por un método enteramente mío.

DE GUICHE
(Cansado.) ¡Está loco!

CIRANO
(Con desprecio.) ¡No! Para mí no el necio águila de Regiomontano, ni la tímida paloma de Arquitas. ¡Ninguna de esas!

DE GUICHE
¡Sí, es un necio! Pero ¡un necio erudito!

CIRANO
¡No soy imitador de otros hombres!

(De Guiche ha conseguido pasar y se dirige a la puerta de Roxana. Cirano lo sigue, dispuesto a detenerlo por la fuerza.)

¡Seis métodos nuevos inventó este cerebro!

DE GUICHE

(Volviéndose.) ¿Seis?

CIRANO

(Con volubilidad.)

Primero, con el cuerpo desnudo como su mano,
festoneado de frascos de cristal, llenos
de las lágrimas que destila el rocío de la madrugada;
mi cuerpo expuesto a los rayos feroces del sol
para que me chupase, como chupa el rocío.

DE GUICHE

(Sorprendido, dando un paso hacia Cirano.) ¡Ah! ¡Ese es uno!

CIRANO

(Retrocediendo y atrayéndolo más lejos.)

Y luego, el segundo modo:
generar viento para mi impulso,
enrareciendo el aire en una caja de cedro
con espejos dispuestos en forma de icosaedro.

DE GUICHE

(Dando otro paso.) ¡Dos!

CIRANO

(Sin dejar de retroceder.)

O bien *(pues tengo algo de habilidad mecánica)*
hacer un saltamontes, con muelles de acero,
y lanzarme con fuegos rápidos y sucesivos,
alimentados de salitre, a los pastos azules de las estrellas.

DE GUICHE

(Siguiéndolo sin darse cuenta y contando con los dedos.) ¡Tres!

CIRANO

O bien *(pues los humos tienen la propiedad de subir)*
cargar un globo de humos, lo bastante
para llevarme a lo alto.

DE GUICHE

(El mismo juego, cada vez más asombrado.) Bueno, ¡eso hace cuatro!

CIRANO

O untarme con tuétano de toro,
pues, en el punto más bajo del Zodiaco,
Febo gusta de chupar ese tuétano.

DE GUICHE

(Pasmado.) ¡Cinco!

CIRANO

(Que, mientras hablaba, lo ha llevado al otro lado de la plaza, junto a un banco.)

Sentado en una plataforma de hierro, desde allí
lanzar un imán al aire. Este es
un método bien pensado: volado el imán,
el hierro lo seguirá infaliblemente;
¡entonces, rápido, relanzar el imán, y así
se puede subir y subir distancias sin medida!

DE GUICHE

¡Seis excelentes expedientes! ¿Cuál de los seis eligió?

CIRANO

¡Ninguno! ¡Un séptimo!

DE GUICHE

¡Asombroso! ¿Cuál fue?

CIRANO

Se lo contaré.

DE GUICHE
¡Este extravagante loco se vuelve interesante!

CIRANO
(Haciendo un ruido como de olas, con gestos extraños.)
¡Uuuh! ¡Uuuh!

DE GUICHE
Y bien.

CIRANO
¿Lo ha adivinado?

DE GUICHE
¡Yo no!

CIRANO
¡La marea! A la hora hechicera en que la luna corteja a la ola,
me eché, recién salido de un baño de mar, en la orilla,
y, cuidando de poner la cabeza por delante
(pues el cabello retiene el agua del mar en su malla),
me elevé en el aire, derecho, derecho, como vuelo de ángel,
y subí, subí, suavemente, sin esfuerzo...
¡Cuando de pronto, una sacudida! Entonces...

DE GUICHE
(Vencido por la curiosidad, sentándose en el banco.)
¿Entonces?

CIRANO
¡Oh! Entonces...

(De pronto, recobrando su voz natural.)

Ha pasado el cuarto de hora: no lo estorbo más. Los votos del matrimonio están hechos.

DE GUICHE

(Poniéndose en pie de un salto.) ¿Qué? ¿Estoy loco? ¿Esa voz?

(Se abre la puerta de la casa. Aparecen lacayos con candelabros encendidos. Luz. Cirano se descubre con gracia.)

¡Esa nariz... Cirano!

CIRANO

(Inclinándose.) Cirano. Mientras charlábamos, han dado su palabra.

DE GUICHE

¿Quiénes?

(Se vuelve. Cuadro. Tras los lacayos aparecen Roxana y Cristián, cogidos de la mano. Los sigue el fraile, sonriente. Ragueneau lleva también un candelero. La dueña cierra el cortejo, desconcertada, tras un aseo apresurado.)

¡Cielos!

ESCENA XII

Los mismos. Roxana, Cristián, el fraile, Ragueneau, lacayos, la dueña.

DE GUICHE

(A Roxana.) ¿Usted?

(Reconociendo a Cristián, asombrado.)

¿Él?

(Inclinándose, con admiración, ante Roxana.)

¡Hábilmente tramado!

(A Cirano.)

Mis felicitaciones, señor fabricante de artefactos. Su historia detendría a las puertas de San Pedro a los santos ansiosos por su Paraíso. Anote bien los detalles. ¡A fe mía, harían un libro apasionante!

CIRANO
(Inclinándose.) No dejaré de seguir su consejo.

EL FRAILE
(Mostrando con satisfacción a los dos enamorados a De Guiche.) ¡Hermosa pareja, hijo, hecha una por ti!

DE GUICHE
(Con mirada glacial.) ¡Sí!

(A Roxana.)

Despídase tiernamente de su esposo, señora.

ROXANA
¿Por qué?

DE GUICHE
(A Cristián.) El regimiento parte ahora mismo. ¡Únase a él!

ROXANA
¿Va a la batalla?

DE GUICHE
Sin duda.

ROXANA
Pero ¿los Cadetes no van?

DE GUICHE
¡Oh, sí! Van.

(Sacando el papel que se había guardado en el bolsillo.)

Aquí está la orden.

(A Cristián.)

¡Barón, llévela, deprisa!

ROXANA

(Arrojándose en brazos de Cristián.) ¡Cristián!

DE GUICHE

(Con sorna, a Cirano.) ¡La noche de bodas está lejos, me parece!

CIRANO

(Aparte.) ¡Cree darme con esto pena de muerte!

CRISTIÁN

(A Roxana.) ¡Oh! ¡Otra vez! ¡Tus labios!

CIRANO

¡Vamos, vamos, basta!

CRISTIÁN

(Sin dejar de besar a Roxana.) Es duro dejarla, no sabes...

CIRANO

(Tratando de apartarlo.) Lo sé.

(Redoble de tambores en la distancia, tocando una marcha.)

DE GUICHE

¡El regimiento parte!

ROXANA

(A Cirano, reteniendo a Cristián, a quien Cirano aparta.) ¡Oh! ¡Te lo confío! Prométeme que ningún riesgo pondrá su vida en peligro.

CIRANO

Haré cuanto pueda, pero prometer... eso no puedo.

ROXANA
Pero ¡jura que será prudente!

CIRANO
De nuevo, haré lo posible, pero...

ROXANA
¡En el sitio, que no sufra!

CIRANO
Todo lo que un hombre pueda, yo...

ROXANA
¡Que será fiel!

CIRANO
Sin duda, pero...

ROXANA
¡Que escribirá a menudo!

CIRANO
(Deteniéndose.) ¡Eso, te lo prometo!

Cae el telón.

ACTO CUARTO

Los cadetes de Gascuña

Puesto ocupado por la compañía de Carbon de Castel-Jaloux en el sitio de Arras.

Al fondo, un terraplén cruza todo el escenario. Más allá, vista de la llanura que se extiende hasta el horizonte. El campo está cubierto de trincheras. Las murallas de Arras y la silueta de sus tejados se dibujan a lo lejos contra el cielo. Tiendas. Armas esparcidas, tambores, etc. Amanece, con un débil resplandor amarillo de sol naciente en oriente. Centinelas en diversos puntos. Hogueras. Los cadetes de Gascuña, envueltos en sus mantos, duermen. Carbon de Castel-Jaloux y Le Bret hacen guardia. Están muy pálidos y flacos. Cristián duerme entre los demás, con su capa, en primer plano, el rostro iluminado por el fuego.

Silencio.

ESCENA I

Cristián, Carbon de Castel-Jaloux, Le Bret, los cadetes, luego Cirano.

LE BRET
Es terrible.

CARBON
Ni una migaja.

LE BRET
¡Mordioux!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CARBON

(Haciéndole señas de que hable más bajo.) Maldiga por lo bajo. Los despertará.

(A los cadetes.)

¡Chitón! Sigan durmiendo.

(A Le Bret.)

¡Quien duerme, cena!

LE BRET

¡Pero es pobre consuelo para los desvelados!... ¡Qué hambre!

(Se oyen disparos a lo lejos.)

CARBON

¡Maldito sea su fuego! Despertará a mis hijos.

(A los cadetes, que alzan la cabeza.)

¡Sigan durmiendo!

(Vuelven a oírse disparos, esta vez más cerca.)

UN CADETE

(Moviéndose.) ¡El diablo!... Otra vez.

CARBON

¡No es nada! ¡Es Cirano que vuelve!

(Los que habían alzado la cabeza se disponen a dormir de nuevo.)

UN CENTINELA

(Desde fuera.) ¡Ventrebieu! ¿Quién vive?

LA VOZ DE CIRANO

Bergerac.

EL CENTINELA
(Que está en el reducto.) ¡Ventrebieu! ¿Quién vive?

CIRANO
(Apareciendo en lo alto.) ¡Bergerac, idiota!

(Baja; Le Bret sale ansioso a su encuentro.)

LE BRET
¡Cielos!

CIRANO
(Haciendo señas de que no despierte a los otros.) ¡Chitón!

LE BRET
¿Herido?

CIRANO
¡Oh! Ya sabes que se ha hecho costumbre que me disparen cada mañana y que fallen.

LE BRET
¡Esto pasa de todo! Llevar cartas cada amanecer. Arriesgar...

CIRANO
(Deteniéndose ante Cristián.) Prometí que escribiría a menudo.

(Lo mira.)

Duerme. ¡Qué pálido está! Pero qué apuesto sigue, a pesar de sus sufrimientos. Si su pobre damita supiera que se muere de hambre...

LE BRET
Vete pronto a la cama.

CIRANO
No, nunca regañes, Le Bret. Corrí poco riesgo. He encontrado un sitio para pasar las líneas españolas, donde cada noche yacen borrachos.

LE BRET
Deberías intentar traernos provisiones.

CIRANO
¡Quien quiera pasar por allí no debe cargar peso! Pero esta noche habrá una sorpresa para nosotros. Los franceses comerán o morirán... ¡si no me equivoco!

LE BRET
¡Oh!... ¡Cuéntame!...

CIRANO
No, todavía no. No estoy seguro... ¡Ya verás!

CARBON
¡Es una vergüenza que pasemos hambre mientras sitiamos!

LE BRET
¡Ay, qué lleno de complicaciones está este sitio de Arras! Pensar que, mientras sitiamos, nosotros mismos estamos atrapados y sitiados por el Cardenal Infante de España.

CIRANO
Sería buena cosa que él fuera sitiado a su vez.

LE BRET
Hablo en serio.

CIRANO
¡Oh, ya!

LE BRET
Pensar que arriesgas una vida tan preciosa... por una carta... Ingrato.

(Viéndolo volverse para entrar en la tienda.)

¿Adónde vas?

CIRANO
Voy a escribir otra.

(Entra en la tienda y desaparece.)

ESCENA II

Los mismos, menos Cirano. Amanece con luz rosada. La ciudad de Arras se dora en el horizonte. A lo lejos se oye el estampido del cañón, seguido enseguida por el redoble de tambores muy lejos a la izquierda. Otros tambores se oyen mucho más cerca. Rumores de movimiento en el campamento. Voces de oficiales en la distancia.

CARBON
(Suspirando.) ¡La diana!

(Los cadetes se mueven y se desperezan.)

¡Sueño nutritivo! Tú has terminado... Bien sé cuál será su primer grito.

UN CADETE
(Incorporándose.) ¡Tengo tanta hambre!

OTRO
Me muero de hambre.

A LA VEZ
¡Oh!

CARBON
¡Arriba!

TERCER CADETE
No puedo mover un miembro.

CUARTO CADETE
Yo tampoco.

EL PRIMERO
(Mirándose en un trozo de armadura.) Tengo la lengua amarilla. El aire de esta época del año es difícil de digerir.

OTRO
¡Mi corona de conde por un pedazo de queso de Chester!

OTRO
Si nadie le proporciona a mi estómago con qué hacer una pinta de quilo, me retiraré a mi tienda, ¡como Aquiles!

OTRO
¡Oh, algo! ¡Aunque sea una corteza!

CARBON
(Yendo a la tienda y llamando en voz baja.) ¡Cirano!

TODOS LOS CADETES
¡Nos morimos!

CARBON
(Hablando bajo ante la abertura de la tienda.) Ven en mi ayuda, tú que tienes el arte de la réplica pronta y la broma alegre. Ven, anímalos.

SEGUNDO CADETE
(Lanzándose hacia otro que mastica algo.) ¿Qué estás royendo ahí?

PRIMER CADETE
¡Tacos de cañón empapados en grasa de eje! ¡La caza es pobre alrededor de Arras!

UN CADETE
(Entrando.) He salido de caza.

OTRO
(Siguiéndolo.) Y yo de pesca.

TODOS
(Precipitándose sobre los dos recién llegados.) ¡Bien! ¿Qué han traído? ¿Un faisán? ¿Una carpa? ¡Vamos, enséñennos deprisa!

EL PESCADOR
¡Un gobio!

EL CAZADOR
¡Un gorrión!

TODOS A LA VEZ
(Fuera de sí.) ¡Esto no se puede soportar! ¡Nos amotinaremos!

CARBON
¡Cirano! Ven en mi ayuda.

(Ya ha llegado la luz del día.)

ESCENA III

Los mismos. Cirano.

CIRANO
(Apareciendo de la tienda, muy tranquilo, con una pluma detrás de la oreja y un libro en la mano.) ¿Qué ocurre?

(Silencio. Al primer cadete.)

¿Por qué arrastras las piernas tan tristemente?

EL CADETE
Tengo algo en los talones que me pesa.

CIRANO
¿Y qué puede ser?

EL CADETE
¡Mi estómago!

CIRANO
¡También yo, a fe mía!

EL CADETE
¿Te estorbará?

CIRANO
No, ¡me hace más alto!

UN TERCERO
Tengo el estómago vacío.

CIRANO
A fe mía, será un buen tambor para tocar al asalto.

OTRO
Me zumban los oídos.

CIRANO
No, no, es falso: un estómago hambriento no tiene oídos.

OTRO
¡Oh, comer algo... algo grasiento!

CIRANO
(Quitando el yelmo al cadete y tendiéndoselo.) ¡He aquí tu ensalada!

OTRO
¿Qué, en nombre de Dios, podemos devorar?

CIRANO
(Arrojándole el libro que lleva.) La Ilíada.

OTRO
¡El primer ministro de París hace sus cuatro comidas al día!

CIRANO
¡Sería cortés que les enviase unas perdices!

EL MISMO
¿Y por qué no? ¡Con vino también!

CIRANO
Un poco de Borgoña. ¡Richelieu, por favor!

EL MISMO
Podría enviarlo con uno de sus frailes.

CIRANO
¡Sí! Por Su Eminencia José en persona.

OTRO
¡Estoy hambriento como un ogro!

CIRANO
Entonces come tu paciencia.

PRIMER CADETE
(Encogiéndose de hombros.) ¡Siempre tu palabra aguda!

CIRANO

¡Sí, palabras agudas!
Querría morir así, una suave tarde de verano,
haciendo una palabra aguda por una buena causa.
Tener un fin de soldado a espada de soldado,
esgrimida por algún valiente adversario; morir
en césped manchado de sangre, no en lecho de fiebre,
una punta en mis labios, una punta en mi corazón.

GRITOS DE TODOS

¡Tengo hambre!

CIRANO

(Cruzándose de brazos.)

¡Todos sus pensamientos son de comer y beber!
¡Bertrand el pífano! Fuiste pastor un día:
saca de su doble funda de cuero tu pífano,
toca para estos soldados glotones y golosos. Toca
viejos aires del campo de ritmo quejumbroso y recurrente,
donde acechan dulces ecos de las queridas voces del hogar,
cada una de cuyas notas llama como una hermanita,
esos aires que suben lentos, lentos, como las volutas de humo
se alzan de los hogares de nuestras aldeas natales.
¡Su música hiere el oído como el patois gascón!...

(El viejo se sienta y prepara su flauta.)

Tu flauta era ahora un guerrero cautivo;
pero sobre su caña tus dedos danzan
un minué de pájaro. ¡Oh flauta! Recuerda
que las flautas se hicieron primero de cañas, no de laburno;
haznos una música que evoque los días pastoriles,
el tiempo del alma de tu juventud en los pastos del campo.

(El viejo empieza a tocar los aires del Languedoc.)

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

¡Escuchen la música, gascones! Ya no es
el agudo pífano del campamento, sino que bajo sus dedos
suena la flauta de los bosques. Ya no es la llamada al
combate,
¡es la canción de amor de los cabreros errantes!
¡Escuchen! Es el valle, los landes húmedos, el bosque,
el pastorcillo tostado de sol con boina escarlata,
el crepúsculo de la tarde sobre el río Dordoña...
¡Es Gascuña! ¡Escuchen, gascones, la música!

(Los cadetes están sentados con la cabeza gacha; sus ojos tienen una mirada lejana, como soñando, y se enjugan a hurtadillas las lágrimas con los puños y la punta de las capas.)

CARBON

(A Cirano, en un susurro.) ¡Pero los haces llorar!

CIRANO

Sí, de nostalgia. Un dolor más noble que el hambre: ¡es del alma, no del cuerpo! Me complace ver que su pena cambia de entrañas. Es mejor el dolor de corazón que el dolor de estómago.

CARBON

¡Pero debilitas su valor tocándoles así las cuerdas del corazón!

CIRANO

(Haciendo señas a un tambor para que se acerque.) Yo no. El héroe que duerme en sangre gascona está siempre listo para despertar en ellos. Bastaría...

(Hace una señal; redobla el tambor.)

TODOS LOS CADETES

(Se levantan y corren a tomar las armas.) ¿Qué? ¿Qué pasa?

CIRANO
(Sonriendo.) ¿Lo ven? ¡Un redoble basta! Adiós sueños, añoranzas, patria, amor... ¡Todo lo que el pífano evocó lo ha ahuyentado el tambor!

UN CADETE
(Mirando hacia el fondo del escenario.) ¡Eh! Aquí viene el señor de Guiche.

TODOS LOS CADETES
(Murmurando.) ¡Puf!... ¡Puf!...

CIRANO
(Sonriendo.) ¡Una acogida lisonjera!

UN CADETE
¡Estamos hartos de él!

OTRO CADETE
¡Con su cuello de encaje sobre la armadura, haciendo de gran señor!

OTRO
¡Como si se llevase lienzo sobre el acero!

EL PRIMERO
Serviría de venda si le salieran forúnculos en el cuello.

EL SEGUNDO
¡Otro cortesano intrigante!

OTRO CADETE
¡Sobrino de su tío!

CARBON
Con todo, gascón.

EL PRIMERO

¡Sí, falso gascón!... No te fíes de él... Los gascones deben ser siempre alocados... No hay nada más peligroso que un gascón razonable.

LE BRET

¡Qué pálido está!

OTRO

¡Oh! Tiene hambre, igual que nosotros, pobres diablos; pero bajo su coraza, con sus finos clavos dorados, su dolor de estómago reluce valiente al sol.

CIRANO

(Con presteza.) ¡No parezcamos sufrir tampoco! Fuera con sus cartas, pipas y dados...

(Todos empiezan a extender los juegos sobre los tambores, los taburetes, el suelo y las capas, y encienden largas pipas.)

Y yo leeré a Descartes.

(Se pasea, leyendo un librito que ha sacado del bolsillo. Cuadro. Entra De Guiche. Todos parecen absortos y felices. Está muy pálido. Se acerca a Carbon.)

ESCENA IV

Los mismos. De Guiche.

DE GUICHE

(A Carbon.) ¡Buenos días!

(Se examinan. Aparte, con satisfacción.)

Está verde.

CARBON

(Aparte.) No le quedan más que ojos.

DE GUICHE

(Mirando a los cadetes.)

¡Aquí están los rebeldes! Sí, señores, por todas partes
oigo que en sus filas se burlan de mí;
que los Cadetes, estos patanes criados en la montaña,
pobres escuderos de aldea y barones del Perigord,
apenas hallan para mí, su Coronel, desdén
suficiente. ¡Me llaman intrigante, cortesano astuto!
No place a su grandeza ver
un cuello de encaje de punto sobre mi coraza de acero,
y rabian porque un hombre, a fe mía,
pueda no ser un harapiento y, aun así, gascón.

(Silencio. Todos fuman y juegan.)

¿Ordeno a su Capitán que los castigue?
No.

CARBON

Soy libre, además, y no castigaré...

DE GUICHE

¡Ah!

CARBON

He pagado a mi compañía: es mía. Solo me inclino ante el cuartel general.

DE GUICHE

¿Así? ¡A fe mía! Eso bastará.

(Dirigiéndose a los cadetes.)

Puedo despreciar sus pullas. Es bien sabido cómo me porto en la guerra. En Bapaume, ayer, vieron la furia con que rechacé al conde de Bucquoi; reuniendo a mis propios hombres, me abatí sobre los suyos, ¡y cargué tres veces distintas!

CIRANO

(Sin levantar los ojos de su libro.) ¿Y su banda blanca?

DE GUICHE

(Sorprendido y halagado.) ¿Conoce ese detalle?... Pues sí. Ocurrió así: mientras caracoleaba para reagrupar a las tropas para la tercera carga, una banda de fugitivos me arrastró consigo, junto a las filas enemigas. Estaba en peligro: ¡captura, muerte súbita!, cuando pensé en el buen expediente de soltar y dejar caer la banda que indicaba mi rango militar. Así logré, sin despertar atención, alejarme de los enemigos y, volviendo de pronto, reforzado con mis propios hombres, ¡dispersarlos! Y ahora, ¿qué dice usted, señor?

(Los cadetes fingen no escuchar, pero las cartas y los cubiletes quedan suspendidos en sus manos, y el humo de las pipas en sus mejillas. Esperan.)

CIRANO

Digo que Enrique IV no se vio forzado, por ninguna ventaja peligrosa del enemigo, a despojarse del penacho blanco de su yelmo.

(Deleite silencioso. Caen las cartas, suenan los dados. Se exhala el humo.)

DE GUICHE

¡La treta tuvo éxito, sin embargo!

(Misma suspensión del juego, etc.)

CIRANO

¡Oh, puede ser! Pero no se abdica a la ligera del honor de servir de blanco al enemigo.

(Cartas y dados caen de nuevo y los cadetes fuman con evidente deleite.)

Si yo hubiera estado presente cuando cayó su banda *(nuestro valor, señor, es de otra clase)*, la habría recogido y me la habría puesto.

DE GUICHE

¡Oh, sí! ¡Otra fanfarronada gascona!

CIRANO

¿Fanfarronada? Préstemela. Me comprometo a que esta noche, con ella cruzada sobre el pecho, dirigiré el asalto.

DE GUICHE

¡Otra jactancia gascona! Sabe que la banda yace con el enemigo, a orillas del arroyo... el lugar está ahora acribillado a tiros; ¡nadie puede traerla!

CIRANO

(Sacándose la banda del bolsillo y tendiéndosela.) Aquí está.

(Silencio. Los cadetes ahogan la risa en las cartas y los cubiletes. De Guiche se vuelve y los mira; ellos se ponen graves al instante y se aplican al juego. Uno de ellos silba con indiferencia el aire que acaba de tocar el pífano.)

DE GUICHE

(Tomando la banda.) Se lo agradezco. Ahora me permitirá hacer una señal que me había abstenido de hacer hasta ahora.

(Va al parapeto, trepa y agita la banda tres veces.)

TODOS

¿Qué es eso?

EL CENTINELA

(Desde lo alto del parapeto.) ¿Ven a aquel hombre allá abajo, que corre?...

DE GUICHE

(Bajando.) Es un falso espía español, extremadamente útil para mis fines. Las noticias que lleva al enemigo son las que yo le dicto; en suma, ¡tenemos influencia en sus decisiones!

CIRANO

¡Canalla!

DE GUICHE

(Anudándose la banda con indiferencia.) Es oportuno. ¿Qué decíamos? ¡Ah! Tengo noticias para ustedes. Anoche, para abastecernos, el Mariscal intentó un último esfuerzo: fue en secreto a Dourlens, donde están las provisiones del Rey. Pero, para volver al campamento con más facilidad, se llevó un buen contingente de tropas. ¡Quienes nos atacaran ahora tendrían buena ocasión! ¡La mitad del ejército está ausente del campamento!

CARBON

Sí, si los españoles lo supieran, mal para nosotros, ¿pero no saben nada?

DE GUICHE

¡Oh! Lo saben. Nos atacarán.

CARBON

¡Ah!

DE GUICHE

Pues mi falso espía vino a avisarme de su ataque. Dijo: «Puedo decidir el punto de su asalto; ¿dónde lo quiere? Les diré que es el menos defendido, y por allí intentarán». Respondí: «Bien. Salga del campamento, pero vigile mi señal. Elija el punto de donde venga».

CARBON
(A los cadetes.) ¡Prepárense!

(Todos se levantan; ruido de espadas y cinturones que se ciñen.)

DE GUICHE
Será dentro de una hora.

PRIMER CADETE
¡Bien!...

(Todos vuelven a sentarse y retoman sus juegos.)

DE GUICHE
(A Carbon.) Hay que ganar tiempo. El Mariscal volverá.

CARBON
¿Cómo ganarlo?

DE GUICHE
Tendrán todos la bondad de dejarse matar.

CIRANO
¡Venganza! ¡Oho!

DE GUICHE
No digo que, si los amase, los hubiera elegido a ustedes y a los suyos; pero, tal como están las cosas, y como su valor no cede la palma a ningún cuerpo, sirvo a mi Rey y sirvo también a mi rencor.

CIRANO
Permita que exprese mi gratitud...

DE GUICHE
Sé que les gusta pelear contra cien; no se quejarán ahora de la escasa ventaja del enemigo.

(Se retira con Carbon.)

CIRANO

(A los cadetes.) Añadiremos al escudo de armas gascón, con sus seis barras de azul y oro, una más: ¡la barra rojo sangre que le faltaba!

(De Guiche habla en voz baja con Carbon al fondo. Se dan órdenes. Los preparativos avanzan. Cirano se acerca a Cristián, que está con los brazos cruzados.)

CIRANO

(Poniendo la mano en el hombro de Cristián.) ¡Cristián!

CRISTIÁN

(Moviendo la cabeza.) ¡Roxana!

CIRANO

¡Ay!

CRISTIÁN

|
Al menos enviaría la despedida de mi corazón
a ella en una hermosa carta...

CIRANO

Sospechaba que sería hoy.

(Saca una carta del jubón.)

Y ya la había escrito...

CRISTIÁN

¡Muestra!

CIRANO

¿Quieres...?

CRISTIÁN

(Tomando la carta.) ¡Sí!

(La abre y lee.)

¡Alto!

CIRANO
¿Qué?

CRISTIÁN
¡Esta manchita!

CIRANO
(Tomando la carta, con aire inocente.) ¿Una mancha?

CRISTIÁN
¡Una lágrima!

CIRANO
Los poetas, al fin, a fuerza de fingir, toman lo fingido por verdadero: ese es el encanto. Esta carta de despedida era muy triste; ¡yo mismo lloré al escribirla!

CRISTIÁN
¿Lloraste? ¿Por qué?

CIRANO
¡Oh!... La muerte misma apenas es terrible... ¡pero no volver a verla! Ese es el aguijón de la muerte. Pues yo nunca...

(Cristián lo mira.)

Nosotros...

(Rápidamente.)

Quiero decir, tú...

CRISTIÁN
(Arrebatándole la carta.) ¡Dame esa carta!

(Un rumor, lejos, en el campamento.)

VOZ DE UN CENTINELA
¿Quién vive? ¡Hola!

(Disparos, voces, cascabeles de coche.)

CARBON
¿Qué es eso?

UN CENTINELA
(Sobre el parapeto.) ¡Es un coche!

(Todos corren a ver.)

GRITOS
¿En el campamento? ¡Entra! ¡Viene del enemigo! ¡Fuego! ¡No! ¡El cochero grita! ¿Qué dice? ¡«Al servicio del Rey»!

(Todos están en el parapeto, mirando. Los cascabeles se acercan.)

DE GUICHE
¿Al servicio del Rey? ¿Cómo?

(Todos bajan y se forman en fila.)

CARBON
¡Descúbranse todos!

DE GUICHE
¡Del Rey! ¡Formen en fila! ¡Que describa su curva como corresponde!

(Entra el coche a toda velocidad, cubierto de polvo y barro. Las cortinillas están muy corridas. Dos lacayos detrás. Se detiene de golpe.)

CARBON
¡Tocad saludo!

(Redoble de tambores. Los cadetes se descubren.)

DE GUICHE
¡Bajad los estribos del coche!

(Dos cadetes se precipitan. Se abre la portezuela.)

ROXANA
(Saltando del coche.) ¡Buenos días!

(Todos se inclinan hasta el suelo, pero al sonido de una voz de mujer todas las cabezas se alzan al instante.)

ESCENA V

Los mismos. Roxana.

DE GUICHE
¡Al servicio del Rey! ¿Usted?

ROXANA
¡Sí, del rey Amor! ¿Qué otro rey?

CIRANO
¡Gran Dios!

CRISTIÁN
(Precipitándose hacia ella.) ¿Por qué has venido?

ROXANA
Este sitio... ¡dura demasiado!

CRISTIÁN
Pero ¿por qué?...

ROXANA
¡Te lo contaré todo!

CIRANO
(Que, al oír su voz, se ha quedado clavado en el suelo, sin atreverse a alzar los ojos.) ¡Dios mío! ¿Me atrevo a mirarla?

DE GUICHE
¡No puede quedarse aquí!

ROXANA
(Alegre.) ¡Pero yo digo que sí! ¿Quién me rueda un tambor hasta aquí?

(Se sienta en el tambor que le acercan.)

¡Así! Gracias.

(Ríe.)

Dispararon contra mi coche

(orgullosa)

¡los de la patrulla! ¡Miren! ¿No pensarían que está hecho de calabaza, como la carroza de Cenicienta en el cuento, y los lacayos de ratas?

(Enviando un beso con los labios a Cristián.)

¡Buenos días!

(Examinándolos a todos.)

¡Ninguno de ustedes tiene aire alegre! ¡Ah! ¿Saben que es largo el camino hasta Arras?

(Viendo a Cirano.)

¡Primo, encantada!

CIRANO
(Acercándose a ella.) Pero ¿cómo, por el Cielo...?

ROXANA
¿Cómo encontré el camino al ejército? Fue bastante sencillo, pues solo tuve que seguir adelante y adelante, hasta donde vi el campo asolado. ¡Ah, qué horrores había allí! Si no los hubiera visto, jamás lo habría creído. Pues bien, señores, si tal es el servicio de su Rey, ¡prefiero servir al mío!

CIRANO
¡Pero es pura locura! ¿Por dónde, en nombre del demonio, pasaste?

ROXANA
¿Por dónde? Por las líneas españolas.

PRIMER CADETE
¡Para la astucia sutil, denme una mujer!

DE GUICHE
Pero ¿cómo pasó por sus líneas?

LE BRET
¡A fe mía, eso debió de ser cosa difícil!...

ROXANA
No demasiado. Solo avancé tranquilamente en mi coche, y, cuando algún hidalgo de aire altivo quería detenerme, ¡mostraba en la ventanilla mi sonrisa más dulce! Y como estos señores son *(sin faltaros al respeto)* los caballeros más galantes del mundo, ¡pasaba!

CARBON
Es cierto, esa sonrisa es pasaporte. Pero debieron de pedirle a menudo, señora, que explicase adónde iba.

ROXANA
Sí, a menudo. Entonces respondía: «Voy a ver a mi amante». Al oír esa palabra, el más fiero de todos los españoles cerraba gravemente la portezuela y, con un gesto que un rey envidiaría, hacía señal a sus hombres de bajar los mosquetes que me apuntaban; luego, con digna aunque melancólica y graciosa dignidad, con el sombrero al viento para que las plumas ondeasen gallardas, se inclinaba mucho y me decía: «¡Pase, señorita!»

CRISTIÁN
Pero, Roxana...

ROXANA
Perdóname que dijera «mi amante». Pero piensa que, si hubiera dicho «mi marido», ni uno me habría dejado pasar.

CRISTIÁN
Pero...

ROXANA
¿Qué te pasa?

DE GUICHE
¡Debe dejar este lugar!

ROXANA
¿Yo?

CIRANO
¡Y al instante!

LE BRET
No hay tiempo que perder.

CRISTIÁN
Sí, debes hacerlo.

ROXANA
¿Y por qué debo?

CRISTIÁN
(Turbado.) Es que...

CIRANO
(Igual.) En tres cuartos de hora...

DE GUICHE
(Igual.) O por...

CARBON
(Igual.) Sería mejor...

LE BRET
(Igual.) Podrías...

ROXANA
¿Vais a pelear? Entonces me quedo aquí.

TODOS
¡No, no!

ROXANA
¡Es mi marido!

(Se arroja en brazos de Cristián.)

¡Nos matarán a los dos juntos!

CRISTIÁN
¿Por qué me miras así?

ROXANA
¡Te diré por qué!

DE GUICHE
(Desesperado.) ¡Es un puesto de peligro mortal!

ROXANA
(Volviéndose.) ¡Peligro mortal!

CIRANO
¡Prueba bastante de que él nos ha puesto aquí!

ROXANA
(A De Guiche.) Así, señor, ¿me habría hecho viuda?

DE GUICHE
No, por mi palabra...

ROXANA
¡No me iré! Ahora estoy temeraria y no me moveré de aquí. Además, ¡es divertido!

CIRANO
¡Ajá! ¡Así que nuestra preciosa es una heroína!

ROXANA
Señor de Bergerac, soy su prima.

UN CADETE
¡La defenderemos bien!

ROXANA
(Cada vez más exaltada.) ¡No lo temo, amigos!

OTRO
(En éxtasis.) ¡Todo el campamento huele dulcemente a lirio de Florencia!

ROXANA
Y, por suerte, ¡elegí un sombrero que irá bien con el campo de batalla!

(Mirando a De Guiche.)

Pero ¿no sería más sensato que el Conde se retirase? Podrían empezar el ataque.

DE GUICHE
¡No lo toleraré! Voy a inspeccionar los cañones y volveré. Aún hay tiempo: ¡reflexione!

ROXANA
¡Jamás!

(Sale De Guiche.)

ESCENA VI

Los mismos, menos De Guiche.

CRISTIÁN
(Suplicante.) ¡Roxana!

ROXANA
¡No!

PRIMER CADETE
(A los demás.) ¡Se queda!

TODOS
(Apresurándose, empujándose, arreglándose.) ¡Un peine! ¡Jabón! ¡Tengo el uniforme roto! ¡Una aguja! ¡Una cinta! ¡Préstame tu espejo! ¡Mis puños! ¡Tu rizador! ¡Una navaja!...

ROXANA
(A Cirano, que aún le ruega.) ¡No! ¡Nada me hará moverme de este sitio!

CARBON

(Que, como los demás, se ha estado abrochando, sacudiendo, cepillando el sombrero, arreglando la pluma y poniéndose los puños, se adelanta hacia Roxana, ceremonioso.) Quizá sea más decoroso, ya que las cosas están así, que le presente a algunos de estos caballeros que están a punto de tener el honor de morir ante sus ojos.

(Roxana se inclina y se queda apoyada en el brazo de Cristián, mientras Carbon le presenta a los cadetes.)

¡El barón de Peyrescous de Colignac!

EL CADETE

(Con profunda reverencia.) Señora...

CARBON

(Continuando.) ¡El barón de Casterac de Cahuzac, vidame de Malgouyre Estressac Lésbas d'Escarabiot, caballero de Antignac-Juzet, barón Hillot de Blagnac-Salechan de Castel Crabioules...

ROXANA

Pero ¿cuántos nombres tienen cada uno?

BARÓN HILLOT

¡Decenas!

CARBON

(A Roxana.) Le ruego que abra la mano que sostiene su pañuelo.

ROXANA

(Abre la mano y cae el pañuelo.) ¿Por qué?

(Toda la compañía se adelanta para recogerlo.)

CARBON
(Alzándolo rápidamente.) Mi compañía no tenía bandera. Pero ahora, por mi fe, ¡tendrá la más hermosa de todo el campamento!

ROXANA
(Sonriendo.) Es algo pequeña.

CARBON
(Atando el pañuelo al asta de su lanza.) ¡Pero es de encaje!

UN CADETE
(A los demás.) Podría morir feliz, tras haber visto un rostro tan dulce, si tuviera algo en el estómago, aunque fuera una nuez.

CARBON
(Que lo ha oído, indignado.) ¡Vergüenza! ¡Hablar de comer cuando una bella mujer...!

ROXANA
Pero el aire de su campamento es agudo; yo misma estoy famélica. Empanadas, fricasé frío, vinos añejos: ¿no es ese mi menú? Háganlo traer todo aquí.

(Consternación.)

UN CADETE
¿Todo eso?

OTRO
Pero ¿dónde diablos encontrarlo?

ROXANA
(Tranquila.) En mi coche.

TODOS
¿Cómo?

ROXANA

Ahora, ¡sirvan, trinchen! Miren un poco más de cerca a mi cochero, señores, y reconocerán a un hombre muy bienvenido. ¡Todas las salsas pueden llegar calientes a la mesa, si queremos!

LOS CADETES

(Precipitándose en tropel al coche.) ¡Es Ragueneau!

(Aclamaciones.)

¡Oh, oh!

ROXANA

(Mirándolos.) ¡Pobres muchachos!

CIRANO

(Besándole la mano.) ¡Hada bondadosa!

RAGUENEAU

(De pie en el pescante, como un charlatán de feria.) ¡Señores!...

(Júbilo general.)

LOS CADETES

¡Bravo! ¡Bravo!

RAGUENEAU

...Los españoles, al contemplar a una dama tan delicadamente bella, ¡pasaron por alto el delicado banquete!...

(Aplausos.)

CIRANO

(En un susurro a Cristián.) ¡Escucha, Cristián!

RAGUENEAU

...Y, ocupados en galanterías, no advirtieron...

(Saca un plato de debajo del asiento y lo alza.)

...¡la galantina!...

(Aplausos. La galantina pasa de mano en mano.)

CIRANO

(Siempre susurrando a Cristián.) ¡Te ruego una palabra!

RAGUENEAU

Y Venus atrajo tanto sus ojos que Diana pudo pasar en secreto con...

(Alza una espaldilla de cordero.)

...¡su cervatillo!

(Entusiasmo. Veinte manos se tienden para coger la espaldilla.)

CIRANO

(En un susurro bajo a Cristián.) ¡Debo hablarte!

ROXANA

(A los cadetes, que bajan con los brazos cargados de comida.) ¡Pónganlo todo en el suelo!

(Lo dispone todo sobre la hierba, ayudada por los dos lacayos imperturbables que iban detrás del coche.)

ROXANA

(A Cristián, justo cuando Cirano lo aparta.) ¡Vamos, hazte útil!

(Cristián viene a ayudarla. La inquietud de Cirano aumenta.)

RAGUENEAU

¡Pavo real trufado!

PRIMER CADETE

(Radiante, bajando y cortando una gran loncha de jamón.) ¡Por la misa! ¡No afrontaremos la última suerte sin habernos llenado el gaznate!

(Corrigiéndose rápidamente al ver a Roxana.)

¡Perdón! ¡Un festín de Baltasar!

RAGUENEAU

(Arrojando los cojines del coche.) ¡Los cojines están rellenos de ortolanos!

(Alboroto. Rasgan y vacían el contenido de los cojines. Estallidos de risa y regocijo.)

TERCER CADETE

¡Ah! ¡Viedaze!

RAGUENEAU

(Arrojando a los cadetes botellas de vino tinto.) ¡Frascos de rubíes!

(Y de vino blanco.)

¡Frascos de topacio!

ROXANA

(Tirando un mantel doblado a la cabeza de Cirano.) ¡Desdóblame esa servilleta! ¡Vamos, vamos, ágil!

RAGUENEAU

(Agitando un farol.) ¡Cada una de las lámparas del coche es una despensita!

CIRANO

(En voz baja a Cristián, mientras arreglan juntos el mantel.) Debo hablarte antes de que le hables a ella.

RAGUENEAU

¡El mango de mi látigo es una salchicha de Arlés!

ROXANA

(Sirviendo vino, ayudando.) Ya que vamos a morir, que el resto del ejército se las arregle. Todo por los gascones. ¡Y ojo! Si viene De Guiche, ¡que nadie lo invite!

(Yendo de uno a otro.)

¡Vamos, vamos! Tienen tiempo de sobra. ¡No coman tan deprisa! Beban un poco. ¿Por qué lloran?

PRIMER CADETE

¡Está todo tan bueno!...

ROXANA

¡Bah! ¿Tinto o blanco? ¡Pan para el señor de Carbon! ¡Un cuchillo! ¡Pasen su plato! ¿Un poco de corteza? ¿Más? ¡Dejen que los ayude! ¿Champán? ¿Un ala?

CIRANO

(Que la sigue con los brazos cargados de platos, ayudándola a servir a todos.) ¡Cómo la adoro!

ROXANA

(Acercándose a Cristián.) ¿Qué quieres?

CRISTIÁN

Nada.

ROXANA

¡No, no, toma este bizcocho empapado en moscatel! ¡Vamos!... ¡Solo dos gotas!

CRISTIÁN

(Tratando de retenerla.) ¡Oh, dime por qué has venido!

ROXANA

Espera; mi primer deber es con estos pobres muchachos. ¡Chitón! En unos minutos...

LE BRET

(Que había subido a pasar un pan en la punta de una lanza al centinela del parapeto.) ¡De Guiche!

CIRANO

¡Rápido! ¡Escondan frascos, platos, fuentes, cestas de caza! ¡Aprisa! ¡Todos con aire inocente!

(A Ragueneau.)

¡Súbete a tu asiento! ¿Está todo cubierto?

(En un instante todo ha sido metido en las tiendas o escondido bajo jubones, capas y sombreros. Entra De Guiche apresuradamente, se detiene de golpe, olfateando el aire. Silencio.)

ESCENA VII

Los mismos. De Guiche.

DE GUICHE

Aquí huele bien.

UN CADETE

(Tarareando.) ¡Lo! ¡Lo-lo!

DE GUICHE

(Mirándolo.) ¿Qué le pasa? Está muy colorado.

EL CADETE

¿Que qué me pasa? ¡Nada! Es mi sangre, que hierve ante la idea de la batalla que viene.

OTRO

Pum, pum, pum...

DE GUICHE

(Volviéndose.) ¿Qué es eso?

EL CADETE
(Algo bebido.) ¡Nada! Es una canción, un poco...

DE GUICHE
¡Está alegre, amigo!

EL CADETE
¡La proximidad del peligro embriaga!

DE GUICHE
(Llamando a Carbon de Castel-Jaloux para darle una orden.) ¡Capitán! Yo...

(Se detiene en seco al verlo.)

¡Que me lleve la peste! ¡Usted también tiene buen aspecto!

CARBON
(Rojo como la grana, ocultando una botella a la espalda con un movimiento evasivo.) ¡Oh!...

DE GUICHE
Me queda un cañón y lo he hecho llevar allí

(señala entre bastidores)

a aquel rincón... Sus hombres pueden usarlo en caso de necesidad.

UN CADETE
(Tambaleándose un poco.) ¡Encantadora atención!

OTRO
(Con sonrisa graciosa.) ¡Amable solicitud!

DE GUICHE
¿Cómo? ¿Se han vuelto locos todos?

(Secamente.)

Como no están hechos al cañón, cuidado con el retroceso.

PRIMER CADETE
¡Bah!

DE GUICHE
(Furioso, acercándose a él.) Pero...

EL CADETE
¡Los cañones gascones no retroceden nunca!

DE GUICHE
(Tomándolo del brazo y sacudiéndolo.) ¡Está ebrio! ¿De qué?

EL CADETE
(Grandilocuente.) ¡Del olor de la pólvora!

DE GUICHE
(Encogiéndose de hombros y apartándolo, luego va rápido a Roxana.) En suma, señora, ¿qué decisión se digna tomar?

ROXANA
Me quedo aquí.

DE GUICHE
¡Debe huir!

ROXANA
¡No! Me quedaré.

DE GUICHE
Ya que las cosas son así, ¡dénme un mosquete, alguno de ustedes!

CARBON
¿Para qué?

DE GUICHE
Porque yo también pienso quedarme.

CIRANO
¡Por fin! ¡Eso es verdadero valor, señor!

PRIMER CADETE
¿Entonces es usted gascón después de todo, a pesar de su cuello de encaje?

ROXANA
¿Qué es todo esto?

DE GUICHE
No dejo a ninguna mujer en peligro.

SEGUNDO CADETE
(Al primero.) ¡Oye! ¿No crees que podríamos darle algo de comer?

(Todas las viandas reaparecen como por arte de magia.)

DE GUICHE
(Con los ojos centelleantes.) ¡Víveres!

TERCER CADETE
¡Sí, los verá salir de debajo de cada casaca!

DE GUICHE
(Dominándose, altivo.) ¿Creen que voy a comer sus sobras?

CIRANO
(Saludándolo.) Hace usted progresos.

DE GUICHE
(Orgulloso, con un ligero acento en la palabra «desayunar».) ¡Combatiré sin romper el ayu-u-uno!

PRIMER CADETE

(Con deleite salvaje.) ¡Ayu-u-uno! ¡Ya tiene el acento!

DE GUICHE

(Riendo.) ¿Yo?

EL CADETE

¡Es un gascón!

(Todos empiezan a bailar.)

CARBON DE CASTEL-JALOUX

(Que había desaparecido tras el parapeto, reapareciendo en la cresta.) He formado en línea a mis piqueros. Es una tropa resuelta.

(Señala una hilera de picas, cuyas puntas se ven por encima de la cresta.)

DE GUICHE

(Inclinándose ante Roxana.) ¿Aceptará mi mano y me acompañará mientras los paso revista?

(Ella la toma y suben hacia el parapeto. Todos se descubren y los siguen.)

CRISTIÁN

(Yendo hacia Cirano, ansioso.) ¡Dímelo deprisa!

(Al aparecer Roxana en la cresta, las puntas de las lanzas desaparecen, bajadas en saludo, y se alza un grito. Ella saluda.)

LOS PIQUEROS

(Fuera.) ¡Vivat!

CRISTIÁN

¿Qué es este secreto?

CIRANO

Si Roxana...

CRISTIÁN
¿Si...?

CIRANO
¿Hablara de las cartas?...

CRISTIÁN
¡Sí, lo sé!...

CIRANO
No lo estropees todo mostrándote sorprendido...

CRISTIÁN
¿De qué?

CIRANO
¡Debo explicártelo!... ¡Oh! No es gran cosa; solo lo pensé hoy al verla. Tú has...

CRISTIÁN
¡Dilo deprisa!

CIRANO
Has... escrito a Roxana más a menudo de lo que crees...

CRISTIÁN
¿Cómo?

CIRANO
Pues así, a fe mía. Me había encargado de expresar tu llama. A veces escribía sin decir: «¡Estoy escribiendo!»

CRISTIÁN
¡Ah!...

CIRANO
¡Es bastante simple!

CRISTIÁN
Pero ¿cómo te las arreglaste, estando nosotros aislados, así...?

CIRANO
...¡Oh! Antes del alba... pude pasar...

CRISTIÁN
(Cruzándose de brazos.) ¿Eso también era simple? Y, dime, ¿cuántas veces he escrito? ¿Dos por semana? ¿Tres? ¿Cuatro?

CIRANO
Aún más a menudo.

CRISTIÁN
¡Cómo! ¿Cada día?

CIRANO
Sí, cada día, dos veces.

CRISTIÁN
(Con violencia.) ¿Y eso se volvió para ti una alegría tan loca que desafiaste la muerte...?

CIRANO
(Viendo volver a Roxana.) ¡Chitón! ¡Ante ella no!

(Entra deprisa en su tienda.)

ESCENA VIII

Roxana, Cristián. A lo lejos, cadetes yendo y viniendo. Carbon y De Guiche dan órdenes.

ROXANA
(Corriendo hacia Cristián.) ¡Ah, Cristián, por fin!...

CRISTIÁN

(Tomándole las manos.)

Ahora dime por qué...
¿por qué, por estos caminos terribles y peligrosos,
a través de estas filas de soldadesca ribalda,
has venido?

ROXANA

¡Amor, tus cartas me trajeron!

CRISTIÁN

¿Qué dices?

ROXANA

¡Es culpa tuya si corrí riesgos!
¡Tus cartas me trastornaron! ¡Ah! En todo este mes,
¡cuántas! Y cada última superaba
a la anterior.

CRISTIÁN

¡Cómo! ¡Por unas pocas
cartas de amor sin importancia!

ROXANA

¡Calla!
¡Ah, no puedes concebirlo! Desde
aquella noche en que, con una voz toda nueva para mí,
bajo mi ventana revelaste tu alma...
¡Ah, desde entonces te adoro! Ahora,
tus cartas todo este mes... me parecía
oír esa voz tan tierna, verdadera,
protectora, cercana. ¡Es culpa tuya, digo! Me atrajo
la voz de la noche. ¡Oh! La sabia Penélope
no se habría quedado bordando junto a su hogar
si su Ulises hubiera podido escribir tales cartas;
habría arrojado sus husos de seda
y habría huido a unirse a él, loca de amor como Helena.

CRISTIÁN
Pero...

ROXANA
Leí y releí... me desvanecí de amor;
fui tuya por completo. Cada página
era como un pétalo de flor que revolotea, desprendido
de tu propia alma y llevado así a la mía.
Impreso en cada palabra ardiente había un amor
sincero, todopoderoso...

CRISTIÁN
¡Un amor sincero!
¿Puede sentirse eso, Roxana?

ROXANA
¡Sí, puede!

CRISTIÁN
¿Vienes...?

ROXANA
Oh, Cristián, mi verdadero señor, vengo...
(Si me arrojase aquí a tus rodillas,
me levantarías; pero es mi alma la que deposito
a tus pies, ¡y no podrás levantarla jamás!)
vengo a implorar tu perdón. (Sí, es hora
de pedir perdón, ahora que la muerte puede llegar)
por la ofensa que te hice cuando, frívola,
al principio solo te amé por tu rostro.

CRISTIÁN
(Horrorizado.) ¡Roxana!

ROXANA

Y luego, amor menos frívolo,
como un pájaro que abre las alas pero no puede volar,
detenida por tu belleza, atraída
por tu alma, amé por ambas cosas a la vez.

CRISTIÁN

¿Y ahora?

ROXANA

¡Ah! Tú mismo has triunfado sobre ti mismo,
y ahora te amo solo por tu alma.

CRISTIÁN

(Retrocediendo.) ¡Roxana!

ROXANA

Sé feliz. Ser amado por la belleza,
pobre disfraz que el tiempo gasta tan pronto,
debe de ser para las almas nobles, las almas aspirantes,
un tormento. Tus queridos pensamientos han borrado ya
esa belleza que tanto me ganó al principio.
Ahora veo más claro... y ya no la veo.

CRISTIÁN

¡Oh!...

ROXANA

¿Dudas de tal victoria?

CRISTIÁN

(Dolido.) ¡Roxana!

ROXANA

Veo que aún no puedes creerlo.
¿Tal amor...?

CRISTIÁN

¡No pido un amor así!
Querría ser amado más sencillamente; pues...

ROXANA

¿Por aquello
que todas amaron en ti, cada una a su vez?
¡Qué vergüenza! ¡Oh, sé amado de ahora en adelante de mejor modo!

CRISTIÁN

¡No! ¡El primer amor era mejor!

ROXANA

¡Ah, cuánto te equivocas!
Ahora es cuando amo más, ¡cuando amo bien! Eso es tu verdadero yo, ¡mira!, ¡lo que adoro!
Aunque tu brillo se apagase...

CRISTIÁN

¡Calla!

ROXANA

¡Te amaría aún!
Sí, aunque tu belleza hoy se marchase...

CRISTIÁN

¡No digas eso!

ROXANA

¡Sí, lo digo!

CRISTIÁN

¿Feo? ¿Cómo?

ROXANA

¡Feo! ¡Juro que te amaría aún!

CRISTIÁN

¡Dios mío!

ROXANA
¿Estás contento por fin?

CRISTIÁN
(Con voz ahogada.) ¡Sí!...

ROXANA
¿Qué ocurre?

CRISTIÁN
(Apartándola suavemente.) Nada... Tengo que decir dos palabras; un segundo...

ROXANA
¿Pero...?

CRISTIÁN
(Señalando a los cadetes.)

Esos pobres muchachos, condenados pronto a morir,
mi amor los priva de verte.
Ve, háblales, sonríeles antes de que mueran.

ROXANA
(Profundamente conmovida.) Querido Cristián...

(Va hacia los cadetes, que se agolpan respetuosos a su alrededor.)

ESCENA IX

Cristián, Cirano. Al fondo, Roxana conversa con Carbon y algunos cadetes.

CRISTIÁN
(Llamando hacia la tienda de Cirano.) ¡Cirano!

CIRANO
(Reapareciendo, completamente armado.) ¿Qué? ¿Por qué estás tan pálido?

CRISTIÁN
¡No me ama!

CIRANO
¿Qué?

CRISTIÁN
¡Es a ti a quien ama!

CIRANO
¡No!

CRISTIÁN
¡Porque me ama solo por mi alma!

CIRANO
¿De veras?

CRISTIÁN
¡Sí! Y ves, esa alma eres tú... ¡Por tanto, es a ti a quien ama! ¡Y tú la amas a ella!

CIRANO
¿Yo?

CRISTIÁN
¡Oh, lo sé!

CIRANO
Sí, es cierto.

CRISTIÁN
¡La amas hasta la locura!

CIRANO
¡Sí! ¡Y peor!

CRISTIÁN
¡Entonces díselo!

CIRANO
¡No!

CRISTIÁN
¿Y por qué no?

CIRANO
¡Mira mi cara! ¡Ya tienes la respuesta!

CRISTIÁN
Me amaría aunque fuera feo.

CIRANO
¿Eso dijo?

CRISTIÁN
¡Sí! ¡Con esas palabras!

CIRANO
Me alegro de que te lo dijera. Pero ¡bah!, no lo creas. Me complace que pensara decírtelo. No lo tomes por verdad. No te vuelvas feo jamás: ¡me lo reprocharía!

CRISTIÁN
¡Eso pienso descubrirlo!

CIRANO
¡No, te lo ruego!

CRISTIÁN
¡Sí! Ella elegirá entre nosotros. ¡Dile todo!

CIRANO
¡No, no! ¡No lo consentiré! ¡Ahórrame esto!

CRISTIÁN
Porque mi rostro es acaso hermoso, ¿voy a destruir tu felicidad? ¡Sería demasiado injusto!

CIRANO
Y yo, porque por capricho de la Naturaleza tengo el don de decir todo lo que tú tal vez sientes, ¿voy a ser fatal para tu felicidad?

CRISTIÁN
¡Dile todo!

CIRANO
Está mal tentarme así.

CRISTIÁN
Demasiado tiempo he llevado dentro de mí un rival de mí mismo. ¡Pondré fin!

CIRANO
¡Cristián!

CRISTIÁN
Nuestra unión, sin testigos, secreta, clandestina, puede disolverse fácilmente si sobrevivimos.

CIRANO
¡Dios mío! ¡Aún persiste!

CRISTIÁN
¡Quiero ser amado yo mismo, o nada! Voy a ver qué hacen, allí, al final del puesto. Háblale, y que ella elija a uno de los dos.

CIRANO
Serás tú.

CRISTIÁN
¡Dios lo quiera!

(Llama.)

¡Roxana!

CIRANO
¡No, no!

ROXANA
(Acercándose rápidamente.) ¿Qué?

CRISTIÁN
Cirano tiene cosas importantes para tu oído...

(Ella corre hacia Cirano. Cristián sale.)

ESCENA X

Roxana, Cirano. Luego Le Bret, Carbon de Castel-Jaloux, los cadetes, Ragueneau, De Guiche, etc.

ROXANA
¿Importantes? ¿Cómo?

CIRANO
(Desesperado, a Roxana.) ¡Se ha ido! ¡No es nada! Oh, ya sabes cómo ve importancia en una bagatela.

ROXANA
(Con calor.) ¿Dudó de lo que dije? Ah, sí, vi que dudaba.

CIRANO
(Tomándole la mano.) Pero ¿estás segura de haberle dicho toda la verdad?

ROXANA
Sí, lo amaría aunque fuera...

(Vacila.)

CIRANO
¿Esa palabra te turba delante de mi cara, Roxana?

ROXANA
Yo...

CIRANO
(Sonriendo con tristeza.) No me herirá. Dila. Si fuera feo...

ROXANA
¡Sí, feo!

(Detonación de mosquete fuera.)

¡Escucha! Oigo un disparo.

CIRANO
(Ardiente.) ¡Horrible!

ROXANA
¡Horrible, sí!

CIRANO
Desfigurado.

ROXANA
¡Sí!

CIRANO
¿Grotesco?

ROXANA
¡No podría ser grotesco para mí!

CIRANO
¿Lo amarías igual?...

ROXANA
Igual, ¡más aún!

CIRANO

(Perdiendo el dominio de sí; aparte.) ¡Dios mío! Es cierto: ¡quizá allí me espera el amor!

(A Roxana.)

Yo... Roxana... escucha...

LE BRET

(Entrando apresurado; a Cirano.) ¡Cirano!

CIRANO

(Volviéndose.) ¿Qué?

LE BRET

¡Chitón!

(Le susurra algo.)

CIRANO

(Soltando la mano de Roxana y exclamando.) ¡Ah, Dios!

ROXANA

¿Qué ocurre?

CIRANO

(Para sí, aturdido.) Todo ha acabado ahora.

(Nuevas detonaciones.)

ROXANA

¿Qué pasa? ¡Escucha! Otro disparo.

(Sube a mirar fuera.)

CIRANO

Es tarde ya: ¡nunca podré decírselo!

ROXANA

(Tratando de salir corriendo.) ¿Qué ha ocurrido?

CIRANO

(Precipitándose a detenerla.) ¡Nada!

(Entran unos cadetes, tratando de ocultar algo que llevan, y se cierran a su alrededor para impedir que Roxana se acerque.)

ROXANA

¿Y esos hombres?

(Cirano la aparta.)

¿Qué ibas a decirme antes de...?

CIRANO

¿Qué decía? ¡Nada ya, lo juro!

(Solemne.)

Juro que el alma de Cristián, su naturaleza, eran...

(Corrigiéndose de prisa.)

No, que son las más nobles, las más grandes...

ROXANA

¿Eran?

(Con un fuerte grito.)

¡Oh!

(Se precipita hacia ellos, apartando a todos.)

CIRANO

¡Todo ha acabado ya!

ROXANA

(Viendo a Cristián tendido en el suelo, envuelto en su capa.) ¡Oh, Cristián!

LE BRET

(A Cirano.) ¡Alcanzado por el primer disparo del enemigo!

(Roxana se arroja junto a Cristián. Nuevas detonaciones de cañón, choque de armas, clamor, redoble de tambores.)

CARBON

(Con la espada en alto.) ¡Vamos! ¡Los mosquetes!

(Seguido de los cadetes, pasa al otro lado de los parapetos.)

ROXANA

¡Cristián!

LA VOZ DE CARBON

(Desde el otro lado.) ¡Eh! ¡Dense prisa!

ROXANA

¡Cristián!

CARBON

¡FORMEN LA LÍNEA!

ROXANA

¡Cristián!

CARBON

¡MANEJEN LA MECHA!

(Ragueneau llega corriendo, trayendo agua en un yelmo.)

CRISTIÁN

(Con voz moribunda.) ¡Roxana!

CIRANO

(Rápido, susurrando al oído de Cristián, mientras Roxana, distraída, arranca un trozo de lienzo de su pecho y lo moja en el agua, tratando de detener la sangre.) Se lo dije todo. Te ama aún.

(Cristián cierra los ojos.)

ROXANA

¿Cómo, dulce amor mío?

CARBON
¡SAQUEN LAS BAQUETAS!

ROXANA
(A Cirano.) ¿No está muerto?

CARBON
¡ABRAN LAS CARGAS CON LOS DIENTES!

ROXANA
¡Su mejilla se enfría contra la mía!

CARBON
¡LISTOS! ¡APUNTEN!

ROXANA
(Viendo una carta en el jubón de Cristián.) ¡Una carta!... ¡Es para mí!

(La abre.)

CIRANO
(Aparte.) ¡Mi carta!

CARBON
¡FUEGO!

(Detonaciones de mosquete, gritos, ruido de batalla.)

CIRANO
(Tratando de soltar su mano, que Roxana, de rodillas, sostiene.) ¡Pero, Roxana, escucha: combaten!

ROXANA
(Reteniéndolo.) Quédate un momento. Pues él está muerto. Tú lo conocías, solo tú.

(Llorando quedamente.)

¡Ah! ¿No era la suya un alma hermosa, un alma maravillosa?

CIRANO
(De pie, descubierto.) Sí, Roxana.

ROXANA
¿Un poeta inspirado?

CIRANO
Sí, Roxana.

ROXANA
¿Y una mente sublime?

CIRANO
¡Oh, sí!

ROXANA
¿Un corazón demasiado hondo para que las mentes comunes lo sondeen, un espíritu sutil, encantador?

CIRANO
(Con firmeza.) Sí, Roxana.

ROXANA
(Arrojándose sobre el cuerpo muerto.) ¡Muerto, amor mío!

CIRANO
(Aparte, desenvainando la espada.) Sí, y que muera yo hoy, pues, sin saberlo, ella me llora a mí... en él.

(Suenan trompetas a lo lejos.)

DE GUICHE
(Apareciendo en el parapeto, descubierto, con una herida en la frente, con voz de trueno.)

¡Es la señal! ¡Toques de trompeta!
¡Los franceses traen las provisiones al campamento!
¡Resistan un poco más el puesto!

ROXANA
Mira, hay sangre en la carta... ¡y lágrimas!

UNA VOZ
(Fuera, gritando.) ¡Ríndanse!

VOZ DE LOS CADETES
¡No!

RAGUENEAU
(De pie sobre su coche, mira la batalla por encima del parapeto.) ¡El peligro es cada vez mayor!

CIRANO
(A De Guiche, señalando a Roxana.) ¡Cargaré yo! ¡Llévesela!

ROXANA
(Besando la carta, con voz casi extinguida.) ¡Oh, Dios! ¡Sus lágrimas! ¡Su sangre!...

RAGUENEAU
(Saltando del coche y corriendo hacia ella.) ¡Se ha desmayado!

DE GUICHE
(En el parapeto, a los cadetes, furioso.) ¡Resistan!

UNA VOZ
(Fuera.) ¡Depongan las armas!

LOS CADETES
¡No!

CIRANO
(A De Guiche.) Ahora que ha probado su valor, señor...

(Señalando a Roxana.)

¡huya y sálvela!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

DE GUICHE

(Corriendo hacia Roxana y llevándosela en brazos.) ¡Sea! Ganen solo tiempo: ¡la victoria es nuestra!

CIRANO

Bien.

(Llamando a Roxana, a quien De Guiche, ayudado por Ragueneau, se lleva desmayada.)

¡Adiós, Roxana!

(Tumulto. Gritos. Reaparecen cadetes, heridos, cayendo en la escena. Cirano, lanzándose al combate, es detenido por Carbon de Castel-Jaloux, que chorrea sangre.)

CARBON

¡Cedemos! ¡Estoy herido, herido dos veces!

CIRANO

(Gritando a los gascones.) ¡GASCONES! ¡EH, GASCONES! ¡NUNCA VUELVAN LA ESPALDA!

(A Carbon, a quien sostiene.)

¡No temas! Tengo dos muertes que vengar: la de mi amigo caído y la de mi felicidad muerta.

(Bajan; Cirano blande la lanza a la que está atado el pañuelo de Roxana.)

¡Ondea ahí, pañuelo de encaje bordado con su nombre!

(Lo clava en tierra y grita a los cadetes.)

¡CAIGAN SOBRE ELLOS, GASCONES! ¡APLÁSTENLOS!

(Al pífano.)

¡Pífano, toca!

(Suena el pífano. Los heridos tratan de incorporarse. Algunos cadetes, cayendo unos sobre otros por la pendiente, se agrupan

en torno a Cirano y la banderita. El coche está lleno de hombres, dentro y fuera, y, erizado de arcabuces, se convierte en fortaleza.)

UN CADETE

(Apareciendo en la cresta, rechazado hacia atrás pero aún combatiendo, grita.) ¡Están escalando el reducto!

(Y cae muerto.)

CIRANO

¡Saludémoslos!

(El parapeto se cubre al instante de una formidable hilera de enemigos. Se alzan los estandartes de los imperiales.)

¡Fuego!

(Descarga general.)

UN GRITO EN LAS FILAS ENEMIGAS

¡Fuego!

(Una andanada mortífera responde. Los cadetes caen por todas partes.)

UN OFICIAL ESPAÑOL

(Descubriéndose.) ¿Quiénes son estos hombres que corren a la muerte?

CIRANO

(Recitando, erguido, entre una tormenta de balas.)

Los audaces Cadetes de Gascuña,
de Carbon de Castel-Jaloux,
pendencieros, fanfarrones y jactanciosos...

(Se lanza adelante, seguido de unos pocos supervivientes.)

Los audaces Cadetes...

(Su voz se pierde en el fragor de la batalla.)

Cae el telón.

ACTO QUINTO

La gaceta de Cirano

Quince años después, en 1655. Parque de las Hermanas de la Santa Cruz, en París.

Árboles magníficos. A la izquierda, la casa: anchos escalones a los que se abren varias puertas. Un enorme plátano en medio del escenario, solo. A la derecha, entre grandes bojes, un banco semicircular de piedra.

Todo el fondo del escenario está cruzado por una alameda de castaños que lleva, a la derecha, a la puerta de una capilla que se ve entre las ramas. A través de la doble hilera de árboles de esta alameda se ven prados, otras alamedas, grupos de árboles, los recodos del parque, el cielo.

La capilla se abre por una puertecita lateral a una columnata cubierta de hojas de otoño, que se pierde de vista un poco más allá, en primer plano a la derecha, tras los bojes.

Es otoño. Todo el follaje es rojo contra el verde fresco de los prados. Los bojes y tejos verdes destacan oscuros.

Bajo cada árbol, una mancha de hojas amarillas.

El escenario está sembrado de hojas muertas, que crujen bajo los pies en las alamedas y cubren a medias los escalones y los bancos.

Entre los bancos de la derecha y el árbol, un gran bastidor de bordado, delante del cual se ha puesto una sillita. Cestas llenas de madejas y ovillos de lana. Un tapiz comenzado.

Al levantarse el telón, unas monjas pasean de un lado a otro por el parque; algunas están sentadas en el banco en torno a una hermana mayor.

Caen las hojas.

ESCENA I

Madre Margarita, hermana Marta, hermana Clara, otras hermanas.

HERMANA MARTA
(A la Madre Margarita.) La hermana Clara se miró en el espejo una vez, no, dos, para ver si le sentaba bien la toca.

MADRE MARGARITA
(A la hermana Clara.) Eso no está bien.

HERMANA CLARA
Pero yo vi a la hermana Marta coger una ciruela de la tarta.

MADRE MARGARITA
(A la hermana Marta.) Eso estuvo mal hecho, hermana.

HERMANA CLARA
¡Una mirada de nada!

HERMANA MARTA
¡Y una ciruela tan pequeña!

MADRE MARGARITA
Se lo diré al señor Cirano.

HERMANA CLARA
¡No, por favor, no lo haga! ¡Se burlará!

HERMANA MARTA
¡Dirá que las monjas somos vanidosas!

HERMANA CLARA
¡Y golosas!

MADRE MARGARITA
(Sonriendo.) ¡Sí, y buenas!

HERMANA CLARA
¿No es cierto, madre Margarita, que viene cada semana, los sábados, desde hace diez años, al convento?

MADRE MARGARITA
¡Sí! Y más. Desde hace catorce años, el día en que su prima trajo aquí, entre nuestras tocas de lana, el luto mundano de su velo de viuda, como ala de mirlo entre palomas de convento.

HERMANA MARTA
Solo él tiene la habilidad de apartar su mente del dolor, aún no suavizado por el Tiempo, aún no sanado.

TODAS LAS HERMANAS
¡Es tan gracioso! ¡Da alegría cuando viene! ¡Nos burla! Pero todas lo queremos mucho. ¡Le hacemos pastelillos de angélica!

HERMANA MARTA
Pero no es un católico fiel.

HERMANA CLARA
¡Lo convertiremos!

LAS HERMANAS
¡Sí! ¡Sí!

MADRE MARGARITA
Les prohíbo, hijas mías, intentar ese tema. No, no lo fatiguen: ¡podría venir menos a menudo!

HERMANA MARTA
Pero... Dios...

MADRE MARGARITA
¡No teman! Dios lo conoce bien.

HERMANA MARTA
Pero cada sábado, cuando llega, me dice: «¡Hermana, yo como carne los viernes!»

MADRE MARGARITA
¡Ah! ¿Eso dice? Pues la última vez que vino no le había pasado alimento por los labios en dos días enteros.

HERMANA MARTA
¡Madre!

MADRE MARGARITA
Es pobre.

HERMANA MARTA
¿Quién se lo dijo, querida madre?

MADRE MARGARITA
El señor Le Bret.

HERMANA MARTA
¿Nadie lo ayuda?

MADRE MARGARITA
No lo permite.

(Por una alameda del fondo aparece Roxana, vestida de negro, con toca y velo de viuda. De Guiche, de aspecto imponente y visiblemente envejecido, camina a su lado. Pasean despacio. La Madre Margarita se levanta.)

Es hora de entrar; la señora Magdalena pasea por el jardín con una visita.

HERMANA MARTA

(A la hermana Clara, en voz baja.) ¿El mariscal de Grammont?

HERMANA CLARA

(Mirándolo.) Creo que es él.

HERMANA MARTA

Hace muchos meses que no venía a verla.

LAS HERMANAS

¡Está tan ocupado! La Corte, el campo...

HERMANA CLARA

¡El mundo!

(Salen. De Guiche y Roxana avanzan en silencio y se detienen junto al bastidor.)

ESCENA II

Roxana; el duque de Grammont, antes conde de Guiche. Luego Le Bret y Ragueneau.

EL DUQUE

¿Y sigue usted aquí, siempre bella en vano,
siempre de luto?

ROXANA

Siempre.

EL DUQUE

¿Todavía fiel?

ROXANA

Todavía.

EL DUQUE

(Tras una pausa.) ¿Estoy perdonado?

ROXANA
Sí, pues estoy aquí.

(Otra pausa.)

EL DUQUE
¿Tenía alma, dice usted?...

ROXANA
¡Ah, si lo hubiera conocido!

EL DUQUE
¡Ah, quizá!... Yo tal vez lo conocí muy poco.
¿Y su última carta, siempre junto a su corazón?

ROXANA
Colgada de esta cadena, como un dulce escapulario.

EL DUQUE
¿Y, muerto, aún lo ama?

ROXANA
A veces me parece
que solo está muerto en parte: nuestros corazones aún hablan,
¡como si su amor, aún vivo, me envolviera!

EL DUQUE
(Tras otra pausa.) ¿Cirano viene a verla?

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ROXANA

A menudo, sí.
¡Querido y bondadoso viejo amigo! Lo llamamos mi «Gaceta».
Nunca falta: bajo este árbol
le ponen la silla si hace buen tiempo. Yo espero,
bordo; da la hora; con la última campanada
oigo *(pues ya nunca me vuelvo a mirar)*
con certeza el golpe de su bastón en los escalones;
se sienta; con suave burla
se mofa de mi tapiz, que nunca se acaba;
me cuenta todos los chismes de la semana...

(Aparece Le Bret en los escalones.)

¡Mire, aquí está Le Bret!

(Le Bret baja.)

¿Cómo está nuestro amigo?

LE BRET

¡Mal! Muy mal.

EL DUQUE

¿Cómo?

ROXANA

(Al duque.) ¡Exagera!

LE BRET

Todo lo que profeticé: abandono, miseria...
Sus cartas ahora le ganan nuevos enemigos.
Ataca a los falsos nobles, a los falsos devotos,
a los falsos valientes, a los autores ladrones, ¡a todo el mundo!

ROXANA

¡Ah, pero su espada aún los contiene a todos!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Nadie lo vence.

EL DUQUE

(Moviendo la cabeza.) ¡El tiempo lo dirá!

LE BRET

Ah, pero por él temo, no el ataque de los hombres,
sino la soledad, el hambre, los fríos días de diciembre
que, como lobos, se cuelan en su triste cuarto:
¡he ahí los asesinos que temo para él!
Cada día se aprieta un agujero más el cinturón.
Esa pobre nariz, teñida como marfil viejo.
Conserva un solo traje raído de sarga.

EL DUQUE

Sí, hay uno que no tiene premios de la Fortuna.
Y sin embargo no hay que compadecerlo.

LE BRET

(Con sonrisa amarga.) ¡Señor Mariscal!...

EL DUQUE

¡No lo compadezca! Ha vivido sus votos,
libre en sus pensamientos, libre en sus actos.

LE BRET

(En el mismo tono.) ¡Señor!...

EL DUQUE

(Altivo.)

Cierto, yo lo tengo todo, y él nada...
Y sin embargo me enorgullecería de estrecharle la mano.

(Inclinándose ante Roxana.)

¡Adiós!

ROXANA

Voy con usted.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

(El duque se inclina ante Le Bret y se dirige con Roxana hacia los escalones.)

EL DUQUE

(Deteniéndose mientras ella sube.)

Sí, cierto, lo envidio.
Mire usted: cuando la vida rebosa de éxito
(aunque el pasado no encierre ninguna acción vil), uno siente
mil disgustos de sí mismo cuya suma
no es remordimiento, sino una vaga y tenue inquietud;
y, al subir los escalones de la fama mundana,
los mantos forrados del Duque arrastran en sus pliegues
un rumor de ilusiones muertas, de vanos pesares,
un roce, apenas un susurro, como cuando,
al subir los escalones de la terraza, su vestido de luto
barre en su cola las hojas moribundas del otoño.

ROXANA

(Con ironía.) ¿Está pensativo?

EL DUQUE

¡Es cierto, lo estoy!

(Cuando va a salir, de pronto.)

¡Señor Le Bret!

(A Roxana.)

¿Una palabra, con su permiso?

(Va hacia Le Bret y, en voz baja.)

Es cierto que nadie se atreve a atacar a su amigo; pero muchos lo odian. Ayer, en el juego de naipes de la Reina, se dijo: «¡Que Cirano puede morir... por accidente!». Que se quede en casa, ¡que sea prudente!

LE BRET
(Alzando los brazos al cielo.) ¡Prudente! ¡Él!... Viene hacia aquí. Se lo advertiré, pero...

ROXANA
(Que se ha quedado en los escalones, a una hermana que viene hacia ella.) ¿Qué ocurre?

LA HERMANA
Ragueneau desea verla, señora.

ROXANA
Que venga.

(Al duque y a Le Bret.)

Viene a contarnos sus penas. Habiendo sido autor *(¡Dios nos libre!)*, pobre hombre, ahora es por turnos cantante...

LE BRET
Bañero...

ROXANA
Luego actor...

LE BRET
Pertiguero...

ROXANA
Peluquero...

LE BRET
Maestro de laúd...

ROXANA
¿Qué será hoy, por casualidad?

RAGUENEAU
(Entrando apresurado.) ¡Ah, señora!

(Ve a Le Bret.)

¡Ah, está usted aquí, señor!

ROXANA

(Sonriendo.) Cuéntele todas sus miserias; yo volveré enseguida.

RAGUENEAU

Pero, señora...

(Roxana sale con el duque. Ragueneau se dirige a Le Bret.)

ESCENA III

Le Bret, Ragueneau.

RAGUENEAU

Ya que está usted aquí, mejor que ella no lo sepa.
Iba hacia su amigo hace un momento, estaba a pocos
pasos de la casa, cuando lo vi
salir. Corrí hacia él. Lo vi doblar
la esquina... De pronto, desde una ventana
junto a la que pasaba *(¿fue casualidad?... ¡quizá!)*
un lacayo dejó caer un gran trozo de madera.

LE BRET

¡Cobardes! ¡Oh, Cirano!

RAGUENEAU

Corrí, vi...

LE BRET

¡Es atroz!

RAGUENEAU

Vi a nuestro poeta, señor, a nuestro amigo, derribado al suelo, con una gran herida en la cabeza.

LE BRET
¿Ha muerto?

RAGUENEAU
No, pero... lo llevé a su cuarto... ¡Ah, su cuarto! ¡Qué cosa para ver! ¡Esa buhardilla!

LE BRET
¿Sufre?

RAGUENEAU
No, la conciencia lo ha abandonado.

LE BRET
¿Vio usted a un médico?

RAGUENEAU
Uno fue bondadoso y vino.

LE BRET
¡Mi pobre Cirano! No debemos decírselo de golpe a Roxana. ¿Qué dijo ese galeno?

RAGUENEAU
Dijo no sé qué: fiebre, meningitis. ¡Ah, si lo viera, con toda la cabeza vendada! Pero ¡apresurémonos! ¡No hay nadie junto a su cama! Y, si intenta levantarse, señor, ¡podría morir!

LE BRET
(Arrastrándolo hacia la derecha.) ¡Venga! ¡Por la capilla! Es el camino más corto.

ROXANA
(Apareciendo en los escalones y viendo a Le Bret alejarse por la columnata que lleva a la puerta de la capilla.)
¡Señor Le Bret!

(Le Bret y Ragueneau desaparecen sin responder.)

¡Le Bret se va cuando lo llamo! Será alguna nueva pena del buen Ragueneau.

(Baja los escalones.)

ESCENA IV

Roxana sola. Dos hermanas, un momento.

ROXANA

¡Ah, qué belleza a finales de septiembre!
Mi pena se alivia. La alegría de abril la deslumbraba,
pero el otoño la gana con su calma moribunda.

(Se sienta ante el bastidor. Dos hermanas salen de la casa y traen un gran sillón bajo el árbol.)

Ahí viene el famoso sillón donde se sienta él, ¡querido y fiel amigo!

HERMANA MARTA

Es el mejor del locutorio.

ROXANA

Gracias, hermana.

(Se van las hermanas.)

Ahora llegará.

(Se sienta. Suena un reloj.)

Da la hora. ¿Mis sedas? Pero ¡si ya ha dado la hora! Qué extraño que hoy llegue tarde, por fin. Quizá la portera... ¿dónde está mi dedal?... Aquí. Le está predicando. Sí, debe de estar predicando. ¡Seguro que no tardará! ¡Ah, una hoja seca!

(Se quita la hoja de la labor.)

Nada, además, podría... ¿las tijeras? En mi bolsa. Podría impedirle...

UNA HERMANA

(Acercándose a los escalones.) El señor de Bergerac.

ESCENA V

Roxana, Cirano y, un momento, la hermana Marta.

ROXANA

(Sin volverse.) ¿Qué decía?...

(Borda. Aparece Cirano, muy pálido, con el sombrero calado sobre los ojos. La hermana que lo había anunciado se retira. Baja despacio los escalones, con visible dificultad para mantenerse erguido, apoyándose pesadamente en su bastón. Roxana sigue con su tapiz.)

ROXANA

El tiempo ha apagado los matices...

¿Cómo armonizarlos ahora?

(A Cirano, con juguetón reproche.)

¡Por primera vez tarde! ¡Por primera vez en estos catorce años!

CIRANO

(Que ha logrado llegar a la silla y se ha sentado, con voz viva, en gran contraste con su rostro pálido.) ¡Sí! Es abominable. Me enfurecí... me detuvieron...

ROXANA

¿Quién?...

CIRANO

Una visita audaz e inoportuna.

ROXANA

(Distraída, trabajando.) ¿Algún acreedor?

CIRANO

Sí, prima, el último acreedor que tiene una deuda que reclamarme.

ROXANA

¿Y se la has pagado?

CIRANO

¡No, aún no! La aplacé. Le dije: «Perdone usted, es sábado, y tengo una cita fija que nada aplaza. ¡Vuelva dentro de una hora!»

ROXANA

(Con descuido.) ¡Oh, bueno! ¡Un acreedor siempre puede esperar! No te dejaré marchar antes de que caiga el crepúsculo.

CIRANO

Quizá, forzosamente, te deje antes de que caiga.

(Cierra los ojos y calla un momento. La hermana Marta cruza el parque de la capilla a la escalinata. Roxana, al verla, le hace señas de que se acerque.)

ROXANA

(A Cirano.) ¿Y bien? ¿No has molestado a la hermana?

CIRANO

(Abriendo los ojos con presteza.) ¡Cierto!

(Con voz cómicamente fuerte.)

¡Hermana, venga aquí!

(La hermana se desliza hacia él.)

¡Ja, ja! ¿Qué? ¿Esos ojos brillantes siempre clavados en el suelo?

HERMANA MARTA

(Que hace un gesto de asombro al ver su rostro.) ¡Oh!

CIRANO

(En un susurro, señalando a Roxana.) ¡Chitón! No es nada.

(En voz alta, fanfarrona.) ¡Ayer rompí el ayuno!

HERMANA MARTA

(Aparte.) ¡Lo sé, lo sé! Por eso está tan pálido. Venga luego al refectorio; le haré beber un famoso tazón de sopa... ¿Vendrá?

CIRANO

¡Sí, sí!

HERMANA MARTA

¡Ya ve! ¡Hoy está usted más razonable!

ROXANA

(Que los oye susurrar.) ¿La hermana quiere convertirlo?

HERMANA MARTA

¡No, yo no!

CIRANO

¡Alto! Pero es verdad. Ya no me predica usted, ¡usted, antes tan locuaz con las palabras santas! Me asombra...

(Con furia burlesca.)

Espere, ¡yo también la sorprenderé! Escuche, le permito...

(Finge buscar algo con que burlarse de ella y haberlo encontrado.)

...¡es algo nuevo! Rezar por mí esta noche, a la hora de la capilla.

ROXANA
¡Oh! ¡Oh!

CIRANO
(Riendo.) ¡La buena hermana Marta ha enmudecido!

HERMANA MARTA
(Con dulzura.) No esperé su permiso para rezar por usted.

(Sale.)

CIRANO
(Volviéndose a Roxana, que sigue inclinada sobre su labor.) ¡Ese tapiz! ¡Maldita sea si mis ojos lo ven alguna vez terminado!

ROXANA
Estaba segura de oír esa broma conocida.

(Una ligera brisa hace caer las hojas.)

CIRANO
¡Las hojas de otoño!

ROXANA
(Alzando la cabeza y mirando por la alameda lejana.)
Suave castaño dorado, como el cabello de una veneciana.
¡Mira cómo caen!

CIRANO
Sí, mira qué valientes caen
en su último viaje desde la rama,
a pudrirse en el barro; y aun así, hermosas,
ocultando el horror de la última descomposición
con toda la gracia caprichosa de un vuelo descuidado.

ROXANA
¿Melancólico tú?

CIRANO
(Recobrándose.) ¡No, no, Roxana!

ROXANA
Entonces que caigan las hojas muertas como quieran... Y charlemos. ¿No tienes nada nuevo que contarme, mi Gaceta de la Corte?

CIRANO
Escucha.

ROXANA
¡Ah!

CIRANO
(Poniéndose cada vez más blanco.) Sábado diecinueve: habiendo comido en exceso conserva de pera, el Rey sintió fiebre; la lanceta sofocó esta traidora revuelta, y el augusto pulso late a ritmo normal. En el baile de la Reina del domingo se consumieron seiscientas velas de la mejor cera blanca. Nuestras tropas, dicen, han ahuyentado a los austriacos. Se ahorcó a cuatro hechiceros. El perrito de la señora de Athis tomó una purga...

ROXANA
¡Te ordeno que calles, señor de Bergerac!

CIRANO
Lunes... poca cosa: Clara cambió de protector.

ROXANA
¡Oh!

CIRANO

(Cuyo rostro cambia más y más.) Martes: la Corte se trasladó a Fontainebleau. Miércoles: la Montglat dijo al conde de Fiesque... ¡No! Jueves: ¡Mancini, reina de Francia! *(¡casi!)*. Viernes: la Montglat al conde de Fiesque dijo: «¡Sí!». Y sábado veintiséis...

(Cierra los ojos. La cabeza se le cae hacia delante. Silencio.)

ROXANA

(Sorprendida de que su voz cese, se vuelve, lo mira y, levantándose, aterrada.) ¡Se desmaya!

(Corre hacia él gritando.)

¡Cirano!

CIRANO

(Abriendo los ojos, con voz despreocupada.) ¿Qué es esto?

(Ve a Roxana inclinada sobre él y, calándose deprisa el sombrero y encogiéndose en la silla.)

¡No, por mi palabra, no es nada! ¡Déjame!

ROXANA

Pero...

CIRANO

Esa vieja herida de Arras, a veces... ya sabes...

ROXANA

¡Querido amigo!

CIRANO

No es nada, pasará pronto.

(Sonríe con esfuerzo.)

¡Mira, ya ha pasado!

ROXANA

Cada uno tiene su herida; sí, yo tengo la mía, nunca cerrada, aún no cerrada, mi vieja herida.

(Se lleva la mano al pecho.)

Está aquí, bajo esta carta ya parda por los años, toda manchada de lágrimas y aún manchada de sangre.

(Empieza a caer el crepúsculo.)

CIRANO

¡Su carta! ¡Ah! Me prometiste un día que podría leerla.

ROXANA

¿Qué quieres? ¿Su carta?

CIRANO

Sí, desearía, hoy...

ROXANA

(Dándole la bolsita que lleva colgada del cuello.) ¡Mira, aquí está!

CIRANO

(Tomándola.) ¿Tengo tu permiso para abrirla?

ROXANA

¡Ábrela, léela!

(Vuelve a su bastidor, lo pliega, ordena sus lanas.)

CIRANO

(Leyendo.)

«¡Roxana, adiós! Pronto debo morir.
Esta misma noche, amada; y siento
mi alma pesada de amor no dicho.
¡Muero! Ya no, como en otros tiempos,
mis ojos amantes y ansiosos se deleitarán

en tu menor gesto, ¡sí, el menor!
Recuerdo cómo te tocas la mejilla
con el dedo, suavemente, al hablar.
¡Ay de mí! ¡Conozco bien ese gesto!
¡Mi corazón grita, y yo grito: "¡Adiós!"»

ROXANA

¡Pero cómo lee esa carta! Cualquiera diría...

CIRANO

(Continuando la lectura.)

«Vida mía, amor mío, joya mía, dulzura mía,
¡mi corazón ha sido tuyo en cada latido!»

(Las sombras de la tarde caen imperceptibles.)

ROXANA

Lees con una voz tan extraña... y sin embargo... ¡no es la primera vez que oigo esa voz!

(Se acerca muy suavemente, sin que él lo advierta, pasa por detrás de su silla y, inclinándose sin ruido sobre él, mira la carta. La oscuridad se hace más densa.)

CIRANO

«Aquí, muriendo, y allá, en la tierra de lo alto,
yo soy el que amó, el que te ama: yo...»

ROXANA

(Poniéndole la mano en el hombro.) ¿Cómo puedes leer? ¡Está demasiado oscuro para ver!

(Él se sobresalta, se vuelve, la ve cerca de sí. De pronto alarmado, baja la cabeza. Luego, en el crepúsculo, que ya los envuelve por completo, ella dice, muy despacio, con las manos juntas.)

Y, durante catorce años, has representado este papel de viejo amigo bondadoso que viene a reír y charlar.

CIRANO
¡Roxana!

ROXANA
¡Fuiste tú!

CIRANO
¡No, nunca! ¡Roxana, no!

ROXANA
Debí adivinarlo, cada vez que él dijo mi nombre.

CIRANO
¡No, no fui yo!

ROXANA
¡Fuiste tú!

CIRANO
¡Lo juro!

ROXANA
Veo a través de todo el generoso engaño: las cartas, ¡tú!

CIRANO
No.

ROXANA
¡Las dulces y locas palabras de amor! ¡Tú!

CIRANO
¡No!

ROXANA
¡La voz que estremeció la noche: tú, tú!

CIRANO
Juro que te equivocas.

ROXANA
El alma... ¡era tu alma!

CIRANO
Yo no te amaba.

ROXANA
¿No me amaba?

CIRANO
¡Fue él!

ROXANA
¡Me amaba!

CIRANO
¡No!

ROXANA
¡Mira cómo titubeas ahora!

CIRANO
No, dulce amor mío, ¡nunca te amé!

ROXANA
¡Ah! Las cosas muertas, muertas hace tiempo, ¡mira cómo se alzan de nuevo! ¿Por qué, por qué guardaste silencio estos catorce años, cuando en esta carta, que él nunca escribió, las lágrimas eran las tuyas?

CIRANO
(Tendiéndole la carta.) La sangre era la de él.

ROXANA
Entonces, ¿por qué ese noble silencio, mantenido tanto tiempo y roto hoy por primera vez? ¿Por qué?

CIRANO
¿Por qué?...

(Entran corriendo Le Bret y Ragueneau.)

ESCENA VI

Los mismos. Le Bret y Ragueneau.

LE BRET
¡Qué locura! ¿Aquí? ¡Bien lo sabía!

CIRANO
(Sonriendo y erguido.) ¿Qué pasa ahora?

LE BRET
Se ha traído la muerte viniendo, señora.

ROXANA
¡Dios! ¡Ah, entonces ese desmayo de hace un momento...?

CIRANO
¡Pues cierto! Interrumpió la «Gaceta»: sábado veintiséis, a la hora de la cena, asesinato de De Bergerac.

(Se quita el sombrero; ven su cabeza vendada.)

ROXANA
¿Qué dice? ¡Cirano! ¡Toda la cabeza vendada! ¡Ah, qué ha ocurrido! ¿Cómo? ¿Quién?...

CIRANO
«Ser abatido, atravesado por la espada en el corazón, por mano de un héroe.»
¡Eso había soñado! ¡Oh, burla del Destino!
¡Muerto yo, entre todos los hombres, en una emboscada!
Golpeado por la espalda y por mano de un lacayo.
Está bien. Fracaso, fracaso en todo,
hasta en mi muerte.

RAGUENEAU
¡Ah, señor!...

CIRANO
(Tendiéndole la mano.) Ragueneau, no llores tan amargamente... ¿Qué haces ahora, viejo camarada?

RAGUENEAU
(Entre lágrimas.) Despabilar las luces del teatro de Molière.

CIRANO
¡Molière!

RAGUENEAU
Sí; pero mañana me iré. ¡No lo soporto! Ayer representaron «Scapin»: vi que le había robado una escena a usted.

LE BRET
¡Cómo! ¿Una escena entera?

RAGUENEAU
¡Oh, sí, señor! La famosa: «Que diable allait-il faire dans cette galère?»

LE BRET
¿Molière ha robado eso?

CIRANO
¡Bah! Hizo bien...

(A Ragueneau.)

¿Cómo fue la escena? Surtió efecto... ¿creo que surtió efecto?

RAGUENEAU
(Sollozando.) ¡Ah, cómo se rieron!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CIRANO

Mira, mi vida fue
ser el apuntador a quien todos olvidan.

(A Roxana.)

Aquella noche en que bajo tu ventana habló Cristián,
bajo tu balcón, ¿te acuerdas? ¡Pues bien!
Ahí estuvo la alegoría de toda mi vida:
yo, en la sombra, al pie de la escalera,
mientras otros suben ligeros al Amor y a la Fama.
¡Justo! ¡Muy justo! Aquí, en el umbral sombrío
de la muerte, pago mi tributo con los demás,
al genio de Molière, al hermoso rostro de Cristián.

(Suena la campana de la capilla. Se ve a las monjas pasar por la alameda del fondo, para rezar el oficio.)

¡Que vayan a rezar, a rezar, cuando suena la campana!

ROXANA

(Levantándose y llamando.) ¡Hermana! ¡Hermana!

CIRANO

(Reteniéndola.) No llames a nadie. No me dejes; cuando vuelvas, me habré ido para siempre.

(Todas las monjas han entrado en la capilla. Suena el órgano.)

Tenía algo de ganas de música... ¡escucha! Ya llegó.

ROXANA

¡Vive, porque te amo!

CIRANO

No. En los cuentos de hadas,
cuando la dama dice al príncipe desdichado
«¡Te amo!», toda su fealdad se desvanece al punto.
Pero yo sigo siendo el mismo hasta el último momento.

ROXANA
¡He arruinado tu vida, yo, yo!

CIRANO
¡Tú bendijiste mi vida!
Nunca sobre mí se había posado el amor de una mujer.
Ni mi madre pudo hallarme hermoso;
no tuve hermana; y, ya hombre,
temí a la amante que se burlara de mí.
|
Pero he tenido tu amistad: gracias a ti
el encanto de una mujer ha cruzado mi camino.

LE BRET
(Señalando la luna, que se ve entre los árboles.) Ha llegado tu otra dama.

CIRANO
(Sonriendo.) Ya la veo.

ROXANA
¡Amé una sola vez, y dos veces pierdo mi amor!

CIRANO
Escucha, Le Bret: pronto llegaré a la luna. ¡Esta noche, solo, sin ayuda de ningún proyectil!...

LE BRET
¿Qué dices?

CIRANO
Te digo que allí, allí es donde me envían a mi Paraíso; allí hallaré por fin las almas que amo, en el exilio: ¡Galileo, Sócrates!

LE BRET

(Rebelde.) ¡No, no! ¡Es demasiado torpe, demasiado injusto! ¡Un corazón tan grande! ¡Un poeta tan grande! ¿Morir así? Cómo, ¿morir...?

CIRANO

¡Oigan a Le Bret, que regaña!

LE BRET

(Llorando.) Querido amigo...

CIRANO

(Incorporándose de golpe, con los ojos extraviados.) ¡Eh! ¡Cadetes de Gascuña! La masa elemental... ¡ah, sí! El hic...

LE BRET

¡Su ciencia aún... delira!

CIRANO

Copérnico dijo...

ROXANA

¡Oh!

CIRANO

Mais que diable allait-il faire,
Mais que diable allait-il faire dans cette galère?...
Filósofo, metafísico,
rimador, pendenciero y músico,
famoso por su expedición lunar
y por los innumerables duelos que libró,
y también amante *(¡por interposición!)*,
aquí yace Hércules Saviniano
de Cirano de Bergerac,
que lo fue todo y no fue nada.
Perdonadme, pero no puedo quedarme;
vean el rayo de luna que viene a llamarme.

(Ha caído hacia atrás en su silla; los sollozos de Roxana lo devuelven a la realidad; la mira largo rato y, tocándole el velo.)

No quisiera que llorases con menos fidelidad
al bueno y valiente Cristián; solo quisiera pedir
que, cuando mi cuerpo esté frío en la tierra,
lleves esos negros hábitos de luto por dos
y llores un rato por mí, llorando por él.

ROXANA

¡Te lo juro!...

CIRANO

(Estremeciéndose violentamente, luego levantándose de pronto.) ¿Ahí no! ¿Cómo, sentado? ¡No!

(Se lanzan hacia él.)

Que nadie me sostenga...

(Se apoya contra el árbol.)

¡Solo el árbol!

(Silencio.)

Llega. Ya mis pies se han vuelto piedra, mis manos están enguantadas de plomo.

(Se yergue.)

Pero, ya que viene la Muerte, la recibo aún de pie,

(desenvaina la espada)

¡y espada en mano!

LE BRET

¡Cirano!

ROXANA

(Medio desvanecida.) ¡Cirano!

(Todos retroceden aterrados.)

CIRANO

Creo bien que se atreve
a burlarse de mi nariz. ¡Ea, insolente!

(Alza la espada.)

¿Qué dices? ¿Que es inútil? Sí, lo sé,
pero ¿quién pelea esperando el éxito?
¡Peleé por una causa perdida y por una búsqueda sin fruto!
¡Vosotros ahí, quiénes sois! ¡Sois miles! ¡Ah!
Los conozco ya, viejos enemigos míos.
¡La Mentira!

(Golpea el aire con la espada.)

¡A ella! ¡Ja! ¡Y el Compromiso!
¡El Prejuicio, la Traición!...

(Golpea.)

¿Que me rinda yo?
¿Parlamentar? ¡No, nunca! Tú también, Necedad, ¿tú?
Sé que al fin me derribarás;
¡déjalo! Pero caigo luchando, luchando aún.

(Hace pases en el aire y se detiene, sin aliento.)

Me arrancan el laurel y la rosa.
¡Tomen todo! A pesar suyo hay una cosa
que conservo contra todos ustedes, y cuando esta noche
entre en las bellas cortes de Cristo y, humildemente
inclinado,
barra con el casco quitado el umbral azul de los cielos,
una cosa me queda que, sin mancha ni tizne,
me llevo a pesar suyo.

(Se lanza adelante con la espada en alto; esta se le cae de la mano; se tambalea y cae hacia atrás en brazos de Le Bret y Ragueneau.)

ROXANA

(Inclinándose y besándole la frente.) ¿Es...?

CIRANO

(Abriendo los ojos, reconociéndola y sonriendo.) Mi penacho.

Cae el telón.

Notas de la traducción

El texto base. Se usó la edición inglesa de Thomas y Guillemard (Project Gutenberg n.º 1254). Sus acotaciones están traducidas. La división en escenas sigue la de esa edición: 7 escenas en el primer acto, 11 en el segundo, 12 en el tercero, 10 en el cuarto y 6 en el quinto.

Verso y prosa. El original francés está en alejandrinos con rima. Esta traducción pasó los pasajes versificados a versos libres, línea por línea, y los demás a prosa. El estribillo de la balada («¡Al final del envío, toco!») se conserva en cada estrofa.

Nombres. Se usan Cirano, Cristián y Roxana, como en la tradición española de la obra. Se conservan Le Bret, De Guiche, Ragueneau, Lignière y los demás apellidos franceses. La dueña de Roxana aparece como «la dueña», sin nombre propio, como en el texto base.

Juramentos gascones y francés. Expresiones como *Mordioux*, *Ventrebieu* y *Morbleu* se dejaron en francés porque funcionan como el color local de los cadetes gascones. También quedó en francés el verso que recita Montfleury en la escena de la función y la cita de Molière en el último acto: *Que diable allait-il faire dans cette galère?*

La nariz. La gran tirada de Cirano sobre su nariz y la lista de insultos «mejorados» que enumera se tradujeron completas, con los mismos tonos (agresivo, descriptivo, cortés, curioso, etc.). Algunos juegos de palabras solo funcionan en francés o inglés y se adaptaron al español sin explicarlos en el texto.

El «No, gracias». El gran monólogo de Cirano sobre su independencia («No, gracias»; en el texto inglés *Grammercy*) se tradujo verso a verso y conserva el estribillo y el tono de desafío.

Los viajes a la Luna. En el tercer acto, Cirano enumera siete maneras de llegar a la Luna para entretener a De Guiche. Las siete se tradujeron completas. Son una sátira de los inventos y teorías de la época (los frascos de rocío, los espejos, el imán, la marea).

El contexto histórico. La obra se basa libremente en el escritor francés Savinien de Cyrano de Bergerac (1619-1655). Los cuatro primeros actos ocurren en 1640, año del sitio de Arras; el quinto, en 1655, quince años después, el año en que murió el Cirano histórico.

El «penacho». La palabra final de Cirano, *panache* en el original, se tradujo como «mi penacho»: el adorno de plumas del sombrero, y a la vez el honor y el brío con que se enfrenta uno al mundo.



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Cirano de Bergerac, de Edmond Rostand

leythra.com